

04
CIC

TEATRO

MASO

COMO

EL PEZ

EN EL

AGUA

Y GARA

EL

SIGNO

P06504

A2

0000



1020027237



LIBRERIA NACIONAL
URUGUAY

Núm. Clas.	862.6
Núm. Autor	B644e
Núm. Adg.	32887
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	gcy
Catalogó	

32887

Biblioteca de instruccion y recreo

COMO EL PEZ

EN EL AGUA

Juguete cómico en un acto

ORIGINAL DE

D EUSEBIO BLASCO



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EUSEBIO REYES"
MONTERREY, MEXICO

MEXICO
IMPRESA DE J. M. AGUILAR Ortiz
1ª de Santo Domingo núm 5

1877

098220

32887

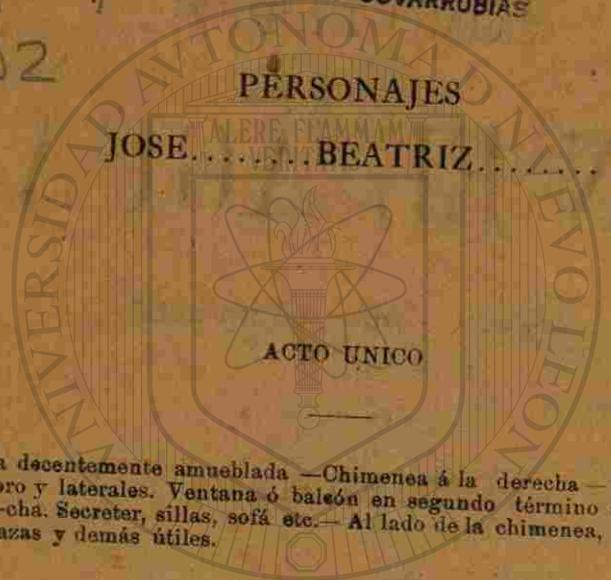
862

B

PQ 6504

A2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Sala decentemente amueblada — Chimenea á la derecha — Puerta al foro y laterales. Ventana ó balcón en segundo término á la derecha. Secreter, sillas, sofá etc. — Al lado de la chimenea, fuelle, tenazas y demás útiles.

ESCENA I.

JOSE

(Aparece escribiendo; un momento después de alzado el telón, se levanta y se dirige al público).

Esta calma me mata! Y de todo tiene la culpa Homobono. Hace cuatro meses le dije: sabes que me proponen un matrimonio con una muchacha joven, bonita, honrada y que lleva seis mil duros de dote? si me respondió — pues cástate inmediatamente. — Sigo su consejo y me caso: mi mujer no es fea, todo lo contrario; pero no tiene alma, ni arranque, ni voluntad, ni pasiones. Es sencillota, insípida, ahí si las cosas se pudieran hacer dos veces!.... Digo si algunas se pudieran deshacer una vez siquiera!.... Pero nada. Estoy condenado á cadena perpétua! *(Breve pausa)* El afán de

70386

poseer conduce á los hombres á la cárcel, á presidio, al cadalso hasta la Vicaría. Si Sr., la mayor parte de los que van á la vicaría se casan por tener algo propio. Se acabó; *(Tira la pluma)* no quiero escribir más. Mi vida es como el estanque del Retiro, sin oleaje, sin alteración ninguna. Dentro de poco estará mi mujer muy limpia, muy bien peinada eso si; y me dira: "Buenos dias, mi querido Pepe. Como te encuentras hoy? Quieres almorzar, Pepe mio?" Esta es mi existencia hace cuatro meses. Que infierno! Ella viene *(Recoge los papeles en el secreter que cierra guardando las llaves. Beatriz en la puerta izquierda).*

ESCENA II.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1226 MONTERREY, MEXICO

BEATRIZ, JOSE

Beat. Buenos dias mi querido Pepe,
 José. *(No lo decia yo?)*
 Beat. Como te encuentras hoy? quieres almorzar, Pepe mio?
 José. *(La oración de todas las mañanas; no le falta una letra).*
 Beat. Hoy te vá á servir el desayuno tu mujercita.
 José. Pues y la criada.
 Beat. Mé pidió permiso para ir á Alcalá á ver á su tia.
 José. Alcalá! una población donde hay cuatro regimientos de caballeria! La tia será probablemente algun cabo de Gastadores.
 Beat. No sé.
 José. Por qué le has dado licencia?
 Beat. Temes que no te sirva yo tambien como ella? Pierde cuidado, Francisca lo ha dejado todo prevenido ántes de marcharse; y ya ves que buen fuego tiene la chimenea!
 José. Si si
 Beat. Te daré una rueda de merluza, dos chuletas de ternera, en poquito de queso de bola, una manzana, media botelia, de Vallepeñas y tu café. Creo que estará contento mi Pepito. Voy á traer el velador. *(Sale por la derecha).*
 José. Esta es mi vida hace cuatro meses; como, bebo, duermo nada me duele; qué desesperación!
 Beat. *(Sacando una mesa pequeña ya servida, la cual coloca junto, al secreter). Aquí está ya todo.*
 José. *(acercándose)* Que chuletas son estas?
 Beat. No me has dicho que te gustan poco asadas?
 José. Pero no tan poco. Quieres que me alimente con carne cruda.

- Beat. como los leones de Mr. Bernabó?
Vamos, no te incomodes. Las pondré en la parrilla, mientras te vistas.
- José. Es verdad, tengo que vestirme. (Qué vida!)
- Beat. No te apures, que no llegarás tarde á la oficina,
- José. La oficina! ... Eso es lo que menos me importa. Ya no se firma al entrar.
- Beat. Me alegro.
- José. Vamos á vestirmos.
- Beat. Eso es, anda, hijo mio, que cuando vuelvas todo lo encontrarás á tu gusto.
- José. (A mi gusto). (yéndose por la izquierda). (Esta es mi existencia, hace cuatro meses).

ESCENA III.

BEATRIZ sola

(Mira el bolsillo cuando sale José; en seguida saca de su bolsillo otra llave, abre vivamente el secreter y toma el libro de memorias de su marido).

Veamos si este bribón ha añadido algo! "Balbina.... Dolores.... Adela" todo esto es antiguo; aqui hay tinta fresca. "Reniego de Homobono. El tiene la culpa de mi enlace con Beatriz. "Mi mujer no es fea; al contrario; pero no tiene alma, ni arranques, ni pasiones, ni caprichos siquiera. Es sencillota insípida...." Insípida, eh?... "Mi vida es un lago como el estanque del Retiro, sin oleage, sin movimiento alguno. Me aburro, me desespero" ... Y yo amaba á ese tunante; (coloca el manuscrito en el secreter y cierra guardándose la llave) Ah! conque necesitas mujeres sentimentales, apasionadas, romanticas, celosas.... pues las tendrás, Gardanápalo, las tendrás. Dices que las chuletas están algo crudas, las quieres más doradas?... espera, yo te las daré bien asadas. (Las pone en la chimenea). Deseas oleage en el lago de tu vida?... Yo soplaré y tendremos borrascas deshechas. Prevente hijo mio, mis años están afiladas. (Se sienta en el sofá).

ESCENA IV.

BEATRIZ sentada junto á la chimenea, JOSE en traje de calle

- José. La camisa estaba preparada hasta con los gemelos, la corbata, todo, no falta ni un botón, comprendo el suicidio). Calla

- á que huelo aqui? dame las chuletas. (Se sienta junto á la mesa.).
- Beat. (Se levanta y coge las chuletas con las tenazas de la chimenea). Aquí las tienes amor mio.
- José. Que es esto?
- Beat. Que las he dsrado un poquito más.
- José. Dorado? si las ha convertido en carbón.
- Beat. (Va tomándo un tono poético, teniendo hasta su tiempo, cogidas las tenazas). Que quieres? la existencia es una lucha el cielo azul... la vida hermosa... los pájaros cantan pii... pii... (pasándole las tenazas cerca de la cara).
- José. Que dices?
- Beat. Las flores, los perfumes Pepe crees tu en la inmortalidad del alma?
- José. (Si se habrá vuelto loca?) Mira deja las tenazas.
- Beat. El paraíso no ser más que un vapor tenue imperceptible, vagar por el espacio, dar vueltas como las golondrinas..... fun... fun... fun... (repite el mismo juego anterior).
- José. (Estará soñando?)
- Beat. No tener que pensar en la compra, ni en tomar la cuenta á la lavandera no comer, no dormir, vagar, dar vueltas... frun... frun... frun... Cantad ángeles del cielo, cantad! (Le echa las chuletas en la mesa, quedándose con las tenazas en la mano).
- José. (Será sonámbula?)
- Beat. Pepe: como se llaman esos pájaros que tienen las alas verdes y el cuello amarillo?
- José. Los gorriones?
- Beat. Silencio ¿no oyes como gorgean? Pero tu no puedes oirlos, tú no eres poeta... Uno de ellos voló mirale se pone sobre la torre del santuario.
- José. Será una lechuza.
- Beat. Ven acá Pepe mio.
- José. Qué quieres? (Llevando á la boca un poco de pan).
- Beat. (Sentándose en el sofá detrás del cual coloca las tenazas). Siéntate aqui á mi lado.
- José. Ya lo estoy (se sienta junto á ella). (Esto no es natural).
- Beat. Asi estas bien. Ahora deja que mi cabeza repose sobre tu pecho, y cuente los latidos de tu corazón. Te acuerdas, amigo mio, te acuerdas de los ocho días que pasamos en S. Sebastián?
- José. Si.
- Beat. De nuestros deliciosos paseos por la mar?
- José. Vaya si me acuerdo. Pero á que viene esa pregunta?
- Beat. La mar? ... Abismo tenebroso, insondable! Qué espectáculo!

- culo tan temible! A este ledo el sol acostándose envuelto en un manto de púrpura y oro más allá una multitud de velas blancas como las gavias, que se alejan y desaparecen (*agitando su pañuelo*) Dónde irán los pobres marinos? (*cantando*). Al ver en la inmensa llanura del mar "... Dime, si yo me muriese te volverías á casar?
- José. Eso no se pregunta! (Vaya una conversación estrambótica).
- Beat. Que miserable cosa es la vida!
- José. Ciertamente.
- Beat. Cuánto sufro Dios mío!
- José. Estas mala?
- Beat. No conoces en mi semblante que debo tener alguna lesión?
- José. Cómo? dónde?
- Beat. Aquí, en el pecho jum jum (*Jose*) mira, mira como toso. (*Se sienta en un sillón junto á la mesa*).
- José. (*Sentándose junto á ella, tomándole el pulso*). Es verdad! Llámanos al médico.
- Beat. Y para qué? ya no hay remedio para mi.
- José. "Truéquese en risa mi dolor profundo, que haya un cadáver más que importa al mundo?" Pero tranquilízate, todo lo dejo arreglado; aquí tienes mi libro de cuentas: Léelo. (*Lo saca del bolsillo y se lo dá*).
- Beat. Déjate de cuentas. Ya sé yo que eres una mujer muy arreglada. Demasiado arreglada!
- José. No importa. Lee, yo lo quiero ... yo te lo suplico.
- Beat. Bien está, me enteraré. (Aquí es donde tiene la lesión). (*tocándose la frente*).
- José. Lee.
- Beat. Día 5: un conejo, una gallina, un caballo"... Como? caballo?
- José. Inglés, Pepe mío, inglés; una compra excelente
- Beat. "Látigo, silla, arneses"... También silla y arneses?
- José. Claro está. No querrás que monte en pelo como las Amazonas del circo del príncipe Alfonso.
- Beat. Lo que yo no quiero es que V. monte de ninguna manera (*Tirando el libro*).
- José. Tirano déspota! Pretendes acibarar mis últimos instantes! No lo conseguirás; moriré, pero disfrutando el ruido de las fiestas, la embriaguez del wals y de la música, el brillante resplandor de las luces, nuevos vestidos, diamantes...
- Beat. Espera, espera... (*Está loca no hay duda*) Donde vés? qué es esto?
- José. (*Sacando de la cómoda, los objetos que va indicando*). Un chapeau (*se lo pone*; mi látigo; los polvos de arroz, la tohalla de Venus...
- Beat. También se pinta...

- Beat. (Ahora el número 2; la caprichosa y elegante).
- José. Mira, Beatriz, es preciso que hablemos; qua hablemos formalmente. Oyeme.
- Beat. (*Se coloca el sombrero de medio lado y chasquea el látigo con coquetería*) Déjame en paz. Estas modistas lo hacen todo á su capricho; y si yo no tuviese un gusto tan delicado!... Oh! estoy segura de figurar en primer término, de llamar la atención donde quiera que me presente.
- José. (Esta no es mi mujer, se puede serlo ... Alguien me la ha cambiado!)
- Beat. Pepe esto no puede seguir así
- José. Ya lo sé.
- Beat. Necesitamos un cocinero y un par de carruajes. Que persona de buen tono deja de tener á su mesa todos los días tres ó cuatro amigos de confianza? Quien puede pensar en la Castellana como no vaya en coche? Nadie! algunas tardes bajaremos á caballo
- José. (Pues sí; la cosa marcha).
- Beat. Te advierto que deseo tener un abono en el Teatro Real. Y que no vuelvo á pasar otro verano en Madrid.
- José. Descuida, lo pasarás en Leganes.
- Beat. Caballero ¿piensa V. que estoy loca?
- José. De remate.
- Beat. (*Blandiendo el látigo*). Pepito, no me saques de mis casillas
- José. (*Quitándole el látigo*). Basta!
- Beat. No basta.
- José. (*Señalando el sombrero con el látigo*) Quitese vd ese sombrero inmediatamente.
- Beat. (*dando un grito*) Ah! Dios mío! Ha tenido vd. el atrevimiento de levantar la mano para su esposa?
- José. Yo?
- Beat. Porque estoy sola porque no tengo quien me defienda.
- José. Pero, mujer, si yo no...
- Beat. Bien dice mamá.
- José. Tu madre no puede decir otra cosa, sino que debes respetar á tu marido.
- Beat. No señor.
- José. Y obedecerle á ciegas.
- Beat. No señor.
- José. Ser mujer de tu casa.
- Beat. No señor, no señor.
- José. Pues bien, si no lo dice tu madre, lo digo yo, y te lo repetiré mientras vivas. Se acabaron las contemplaciones. Ahora mismo voy á quemar ese chapeau.
- Beat. Tá?

- José. Yo.
 Beat. Lo veremos.
 José. Dónde tiene vd. su caballo?
 Beat. De pupilo en la calle del Infante.
 José. Mañana lo saco del colegio; y lo vendo á la empresa de la plaza de toros.
 Beat. Te guardarás muy bien de hacerlo.
 José. Yo no puedo sufragar ese gasto.
 Beat. Conque no puedes?... No estas empleado y tienes una casa en Madrid?
 José. No, señora, la tengo en Chamberí más allá de la Iglesia.
 Beat. Es lo mismo; Chamberí está dentro del ensanche.
 José. Este donde quieras, yo no me puedo ensanchar como Madrid, mis rentas no son suficientes para satisfacer tus locuras (Ahora la celosa). Hola! con que quieres escatimar á tu esposa el dinero? Es claro, te hará falta para obsequiar á otras personas.
 José. Qué personas?
 Beat. Pepe tu tienes una queriça.
 José. No es verdad.
 Beat. Qué infamia; ya me lo daba á mí el corazón.
 José. No digas disparates, mujer. *(Se sienta junto á la mesa)*.
 Beat. Anoche has salido á las ocho y has vuelto á las doce. Que has hecho en esas cuatro horas?
 José. Yo, ir al café.
 Beat. El café! Esa es la tapadera de todos los malos maridos. Dicen á sus mujeres: voy al café y van á sus trapisondas.
 José. Repito que fui al café... al café de los dos amigos. Homobono estuvo conmigo y jugamos unas copas al dominó á dos mil tantos.
 Beat. A ver el dinero que llevas en el chaleco. *(Mirándole los ojos fijamente)*.
 José. *(Sacando)* Mira.
 Beat. Tú tenias veintiseis reales; aquí hay diez y nueve y cinco cuartos ¿Que has hecho de los seis reales y tres cuartos que faltan?
 José. Yo?
 Beat. Habla, habla... si tienes la conciencia tranquila.
 José. Cuatro reales de las copas que perdí.
 Beat. Con que es vd jugador? con que pierde vd. y que más?
 José. Cuatro cuartos de propina al mozo.
 Beat. Cuatro cuartos! ni que fuera vd un duque. Es decir que no tienes reparo en dar cuatro cuartos á un mozo de café, y le niegas á tu mujer un caballo? Adelante ¿que más? has gastado?
 José. Dos cuartos en la correspondencia.

- Beat. Si, ya sé; mi regalo de todas las noches. Faltan catorce cuartos ¿Que has hecho de ellos?
 José. No me acuerdo...
 Beat. Con que no te acuerdas?... Niega hora que mantienes una querida.
 José. Pero Beatriz ni que se mantuviera con alpiztle:
 Beat. Infame, y yo entretanto, hecha una esclava.... Dime es muy guapa esa mujer?
 José. Estas insufrible.
 Beat. Tienes razón. Yo no debo quejarme. Es la historia de todos los maridos. Conquistán nuestro inesperto corazón con cuatro paseos por la acera de enfrente y algunos billetitos en tonto.
 José. Gracias!
 Beat. Despues hacen el sacrificio de firmar nuestra carta de dote y á los tres meses de casados, corren en busca de otras mujeres, *(rápido)* las regalan trajes sin cuento, perlas y diamantes, magníficos trenes, suntuosos palacios, casas de recreo, ... mientras que á nosotras las fieles guardadoras de su honra, nos traen por la noche: la Correspondencia de España, Pepe ¿qué has hecho de los catorce cuartos?
 José. *(Poniéndose el sombrero)*. Señora esto es intolérable adios.
 Beat. No vayas á la casa de esa Julieta y te perdono.
 José. Pero si yo no conozco á ninguna Julieta.
 Beat. No vuelväs á verla, y todo lo olvido; mirame á tus piés. Devuélveme sus cartas. *(Con resignación)* Dónde la tienes?
 José. Beatriz, yo te doy mi palabra de caballero... *(Reniego de las mujeres celosas)*.
 Beat. *(Sentándose junto al secreter y llorando)* Ji..ji..ji..
 José. *(Sentándose al otro extremo y volviendo la espalda á Beatriz)*. Ya vino el diluvio.
 Beat. Ji..ji..ji Quien.. me hubiera... dicho... cuando.. me casé
 José. Es verdad, si no lo hubieran dicho, no hubiera llegado este caso, pero como su mamá de vd. me aseguró que su hija era un angel de bondad.
 Beat. Caballero, esta vd. insultando á mi madre! Es vd. un villano
 José. *(Con desenfado)* Bah, ya partió el tren.
 Beat. *(Acechándose)* Te fastidias á mi lado ¿verdad?
 José. No hija: me estoy divirtiendo soberanamente *(con ironía)*.
 Beat. Quisieras estar en los brazos de tu Julieta?
 José. Si, si y si!
 Beat. Y lo confiesas! Ah! no se lograrán tus deseos. *(Coje las tenazas de la chimenea y amenaza con ellas á José. Este levanta la cabeza y al ver la actitud de Beatriz, dice pasando al otro lado.)*
 José. Beatriz! mujer! no vayas á hacer una barbaridad.

- Beat. Cobarde, tienes miedo á una mujer? Pues bien, vive para mi rival. Yo saldre de esta casa para siempre. Me vuelvo con mi familia.
- José. Haz lo que quieras.
- Beat. Me echas?
- José. No... quedate si quieres.
- Beat. Que me quede! Para que todo lo tenga arregladito... Mira, como lo arreglo (*Rompe los platos y tira los muebles*).
- José. Beatriz!
- Beat. (*con voz muy fuerte*) Me ahoga!... ah! es vd. una hiena! Vé vd. que me consume la tisis; si señor, la tisis, y se goza vd. en atormentarme!
- José. Pero si no soy yo quien te atormenta.
- Beat. No sé lo que siento..... los nervios..... 'vinagre... vinagre (*Da gritos inarticulados y haciendo muchas convulsiones, cae en el sofá*).
- José. Ahora se pone mala; (*ayudándola á sentarse*) calmate.
- Beat. Dónde vive Julieta? dímelo quiero matarla!... me 'muero! vinagre!
- José. Aquí tienes las vinajeras (*se arrodilla y con una de las vinajeras que ha tomado, la hace aspirar vinagre*). Aspira, mujer, aspira (*pausa*).
- Beat. Dónde estoy? que es lo que he dicho? creo haberte acusado (*con voz lúgubre*). Si, si! Dios mío! tengo yo, por ventura, derecho para acusarte?
- José. Vamos tranquilízate.
- Beat. No... no... sé que me has engañado!
- José. Otra vez!
- Beat. No te arrepientas de haberme confesado tu falta.
- José. Pero si yo no, he confesado tal cosa.
- Beat. Me has engañado! Es justicia de Dios! Ya estoy castigada!
- José. Castigada? (*extrañando*) De qué?
- Beat. No me lo preguntes; mi pasado me pertenece. El tuyo te pertenece á ti... A cada uno nos pertenece nuestro pasado.
- José. No señora, vd. me pertenece con todos sus tiempos de pasado, presente y futuro.
- Beat. Calla; eres libre... serás vengado. Todo se acabó... Vé á la casa de tu Julieta. Déjame... necesito morir... amo á otro. Tú?
- José. Mátame..... mátame (*Doblando la rodilla*).
- José. A otro?
- Beat. Le amo ántes de nuestro casamiento.
- José. Y porque no me lo confesó vd. entonces?
- Beat. Porque no me acordé; cuando una se casa, tiene tantas cosas en que pensar.

- José. Su nombre.
- Beat. [*se levanta y dice con orgullo*]. Alvaro!
- José. (*con voz terrible y amenazadora*) Alvaro!
- Beat. Mátame [*arrodillándose á sus piés*]; haz de mí lo que quieras; yo no puedo dejar de quererle. Razona acasa la pasión?
- José. Señora: hágame vd. favor de explicarme.
- Beat. Cómo lo he amado? Lo se yo por ventura? Acababan de vestirme de largo, vino á casa, le ví y le amé; ya lo sabe vd. todo [*sacudiendo sus cabellos y pasando al otro lado*].
- José. Y despues?
- Beat. Qué importa lo demás?
- José. Señora...
- Beat. (*pasando al otro lado*) Qué me importan á mi las preocupaciones del mundo? Le amo.
- José. Su profesión, señora.; su profesión.
- Beat. Jugador de billar.
- José. Un vago.
- Beat. Que puede darle á vd. noventa carambolas por cieuto.
- José. Dónde vive ese hombre?
- Beat. Marchó á América en busca de mejor fortuna y yo ingrata me he casado con otro. Quizá en este mismo instante espira al pié de una palmera ó bajo las uñas de un chacal.
- José. Poco me importa la manera, con tal que espire.
- Beat. Me llama... mi pueso está á su lado... yo quiero partir... pero necesito oro... Ah! mis diamantes (*coje la caja de la moda*).
- José. (*Corriendo hácia ella*). Poco á poco, señora, esas alhajas se las he regalado yo á vd.
- Beat. Y que importa? razona acaso la pasión; yo soy libre... tengo oro... (*se dirige á la puerta del foro*).
- José. (*cogiéndola del brazo y rechazándola bruscamente*) No saldrá vd. de mi casa.
- Beat. Quiere vd. aprisionarme?... Pues bien, me envenenaré y escribiré á los jueces que ha sido vd. mi asesino.
- José. Yo? [*se queda inmóvil*].
- Beat. Razona la pasión? Yo soy libre... tengo oro. [*Se vá por la izquierda con la caja en la mano*].

ESCENA V.

JOSE SOLO

Uy! esto es horroroso. Si la detengo, se envenena y me ahorcan; si la deajo ir, mañana dirán en los periódicos: "Ayer se fugó con un amante la esposa de cierto empleado que vive en el numero 8 del callejón del Perro. Sentimos no poder revelar su nombre á nuestros lectores".... Ya... no revelarán mi nombre; pero todo el mundo me señalará con el dedo.

Y qué hacer? ... no me queda otro recurso que encerrar á mi esposa, aunque se envenene y me ahorquen, ó envenenarme yo para que la ahorquen á ella... Bonito recurso!... Bien empleado me está! Viví feliz y tranquilo como el pez en el agua de una presa, y he renegado de mi suerte.

ESCENA VI.

JOSE BEATRIZ como cuando salió la primera vez

Beat. Buenos dias mi querido Pepe. Como te encuentras hoy? Quieres almorzar, Pepe mio?

José. Eh?.....

Beat. Soy una loca! Ya me olvidaba que Francisca está en Alcalá pero no importa; almorzaremos en la fonda que te parece mi proyecto?

José. En la fonda?

Beat. No tienes dinero? sácalo de tu secreter. No encuentras la llave? te prestaré la mia.

José. La tuya?

Beat. He mandado hacer otra igual.
(Abre el secreter y saca el libro de memorias).

José. *(Mi libro de memorias).*

Beat. Si no quieres que almorzemos en la fonda... yo no tengo más gusto que el tuyo; carezco de voluntad propia, soy sencilla, insípida.

José. *(comprendiendo)* Ah!.....

Beat. No soy sentimental; como Balbina, ni caprichosa como Dolores....

José. *(Todo lo sabe).*

Beat. Ni celosa como Adela, ni como Hortensia romántica y apasionada; pero si es tu gusto, lo seré con el tiempo, con un poco de trabajo y buena voluntad.

José. No por Dios; sigue siendo como hasta aquí.

Beat. No echarás de menos en adelante?

José. *(abrazándola)* Oh! nunca, yo estaba loco.

Beat. Envidia lo que tiene aun aquel que tiene más; y nadie sabe jamás lo que mejor le conviene.

José. De ese riesgo me previene tu lección Beatriz amada; nada anhelo.

Beat. Nada?

José. Nada.

Beat. Vamos que sí!

José. No lo creas!

Beat. Hombre yo se que deseas escuchar una palmada.

(FIN)

JOSE ECHEGARAY

EL ESTIGMA

DRAMA EN TRES ACTOS y en PROSA

ORIGINAL DE

JOSE ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del

15 de Noviembre de 1895

HABANA

IMPRENTA MILITAR

VIUDA DE SORER

—1896—

Y qué hacer? ... no me queda otro recurso que encerrar á mi esposa, aunque se envenene y me ahorquen, ó envenenarme yo para que la ahorquen á ella... Bonito recurso!... Bien empleado me está! Viví feliz y tranquilo como el pez en el agua de una presa, y he renegado de mi suerte.

ESCENA VI.

JOSE BEATRIZ como cuando salió la primera vez

Beat. Buenos dias mi querido Pepe. Como te encuentras hoy? Quieres almorzar, Pepe mio?

José. Eh?

Beat. Soy una loca! Ya me olvidaba que Francisca está en Alcalá pero no importa; almorzaremos en la fonda que te parece mi proyecto?

José. En la fonda?

Beat. No tienes dinero? sácalo de tu secreter. No encuentras la llave? te prestaré la mia.

José. La tuya?

Beat. He mandado hacer otra igual.
(Abre el secreter y saca el libro de memorias).

José. *(Mi libro de memorias).*

Beat. Si no quieres que almorzemos en la fonda... yo no tengo más gusto que el tuyo; carezco de voluntad propia, soy sencilla, insípida.

José. *(comprendiendo)* Ah!.....

Beat. No soy sentimental; como Balbina, ni caprichosa como Dolores....

José. *(Todo lo sabe).*

Beat. Ni celosa como Adela, ni como Hortensia romántica y apasionada; pero si es tu gusto, lo seré con el tiempo, con un poco de trabajo y buena voluntad.

José. No por Dios; sigue siendo como hasta aquí.

Beat. No echarás de menos en adelante?

José. *(abrazándola)* Oh! nunca, yo estaba loco.

Beat. Envidia lo que tiene aun aquel que tiene más; y nadie sabe jamás lo que mejor le conviene.

José. De ese riesgo me previene tu lección Beatriz amada; nada anhelo.

Beat. Nada?

José. Nada.

Beat. Vamos que sí!

José. No lo creas!

Beat. Hombre yo se que deseas escuchar una palmada.

(FIN)

JOSE ECHEGARAY

EL ESTIGMA

DRAMA EN TRES ACTOS y en PROSA

ORIGINAL DE

JOSE ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del

15 de Noviembre de 1895

HABANA

IMPRENTA MILITAR

VIUDA DE SORER

—1896—

REPARTO

PERSONAJES.

EUGENIA	Srita. Guerrero
FERNANDA	Valdivia
DOÑA ROSARIO	Sra. Dominguez
ROBERTO	Sr. Diaz de Mendoza
MAURICIO	Garcia Ortega
DON JENARO	Donato Jimenez
DON JUAN	Cirera
DON LEANDRO	Carsi
DON MARCOS	Mendiguchia
GREGORIO (criado)	Robles
NICOLAS [idem]	Torner

ACTORES.

ESCENA CONTEMPORANEA

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón elegante. En el fondo una puerta, por la cual se ven las antecámaras. A la derecha, otra puerta, que comunica con las habitaciones de Don Jenaro. A la izquierda, otra tercera que da entrada á las de Roberto. Mesas de lujo, candelabros, sofás, etc., etc. Es ya de noche, pero no hay más que dos ó tres luces encendidas.

ESCENA PRIMERA

GREGORIO y NICOLAS. Son dos criados. Nicolás tendido en un sofá, medio dormido. Gregorio buscando por las mesas

Greg. ¡No se encuentra nada! Me dijo el señorito que guardase los libros que estaban sobre la mesa... y no hay tales libros... ¿yo no los veo.

Nic. Mal handas de la vista.

Greg. Si es que tienes el salón á oscuras. Podías haber dado luz á los candelabros.

Nic. ¿Y para qué! Hoy recibimos de confianza. Vendrá poca gente, los que hacen compañía á doña Mercedes y á don Jenaro.

Greg. Y además los amigos de don Roberto. ¡Apenas si tiene amigos! (Enumerando) Los del Club, los diputados, senadores y hombres públicos; los del foro; lasseño-

ras que con pretexto de acompañar á doña Mercedes vienen á pedir recomendaciones á mi amo ó á pedir billetes de tribuna diplomática... ¡Buenas diplomáticas están ellas! Y vendrá don Juan y su hija Eugenia. ¡Vamos, hombre, que por la señorita Eugenia ya debías iluminar la casa! ¡Iluminación general!

Nic ¡Qué matraca! Por allá dentro ya está todo bien iluminado Pero este es, como el que dice, un salón de paso. Y como es de paso, puede pasar con la luz que hay ¡Ahí tienes!

Greg *(Que ha seguido buscando por la mesa.)* ¡No tengo nada, porque no encuentro nada!

Nic Pero, ¿qué buscas, que pareces propiamente un perro perdido? *(Incorporándose algo.)*

Greg ¡Todo, todo lo de mi amo! Don Roberto me dijo, dice: «Todo.» Pues todo.

Nic ¿Pero es que os mudais? *(Con tono de burla.)*

Greg ¡Quién sabe! ¡Hay novedades! ¡No sabes nada! ¡No sabe nada don Jenaro! ¡Eso sí que no lo creo!

Nic ¿Qué tonterías son esas? ¡Siempre andas con misterios!

Greg ¡Misterios!... Puede ser. Pero no te hagas de nuevas, viejo marrajo. Cosas de don Roberto, de seguro las sabe don Jenaro, y sabiéndolas don Jenero, las sabes tú.

Nic Pues don Jenaro... nada. Y yo... nada.

Greg ¡Si no es posible! ¡Si se quieren como si fuesen de la misma sangre! ¡Don Jenaro como padre y don Roberto como hijo! ¡Estamos? Pues por eso viven juntos, por lo mucho que se estiman. Don Jenaro y su hermana Mercedes, de esa parte. *(Señalando las habitaciones de la derecha.)* Y de esta otra parte, *(Señalando las de la izquierda.)* nosotros: mi amo don Roberto y yo. Y este salón, salón de paso para las dos familias. ¡Conque más intimidad!... ¡Y había de estar á oscuras don Jenaro!...

Nic Pues estamos á oscuras. Conque acaba de una vez. ¡Qué sucede?

Greg *(En voz baja y recatándose)* Sucede... sucede... que nos vamos

Nic ¿Os vais?

Greg Sí, eso mismo. Se va el señorito Roberto y yo... con él.

Nic ¡Pero cuándo? ¡Adónde? ¡Por qué?

Greg ¡Mira tú, todo eso quisiera yo saberlo! ¡Cuándo? Mañana temprano, esto sí lo sé. ¡A dónde? Ni lo sé yo, ni lo sabe mi amo.— «Nos vamos— me dijo;— prepáalo todo.»— «¡Y á dónde!»— dije yo.— «No sé, á cualquier parte; en el primer tren que salga.» Y parecía como si hablase en sueños. Y yo:— «¿Por mucho tiempo? Lo pregunto para ver qué ropa pongo»— No lo preguntaba por eso; lo preguntaba por saberlo. Pero á los amos nunca se les dice la verdad.

Nic ¡Nunca! *(Con profunda convicción.)*

Greg ¡Pues eso es!

Nic ¡Y él, qué contestó? *(Ya interesado.)*

Greg Contestó con voz muy bronce: «¡Para siempre!» *(Se quedan mirándose.)*

Nic ¿Se ha vuelto loco?

Greg Eso creo.

Nic Pues era muy cuerdo.

Greg Mucho, y muy bueno, y muy aplomado, y muy considerado, y muy generoso: siempre pagaba las cuentas sin mirarlas. ¡Así se porta un caballero!

Nic ¡Así!

Greg Pero, qué quieres, ¡cosas del mundo! Yo tenía una *saboneta* más fija que el sol; pues le dieron un golpe, y desde entonces marcha á trompicones. No hay hora en que marque la hora; cuando no adelanta cuatro, atrasa cinco, de esta *conformidad* digo yo que está el amo. Le habrán dado algún golpe.

Nic Me figuro que sí, y que ha sido alguna mujer. A mi *saboneta* le dió el golpe la *doncella* de doña Mercedes. Pues al señorito Roberto le habrá dado algún porrazo gordo cualquier *doncellita*. ¡No hay como una *doncella* para atontar á un hombre!

Nic Con todo eso, digo que no es posible. ¡Si tiene que pronunciar mañana un discurso en el Congreso! ¡Pues poco hablan los periódicos de tal discurso! ¡Si dirá blanco, si dirá negro! Y todo el día no nos dejan, pidiendo papeletas para oírle. ¡Que no puede ser! Yo he oído á los amigos del señorito que cuando se tiene un discurso en el cuerpo, hay que soltarlo. ¡Y cómo se ha

de marchar sin soltar el discurso?
 Greg Pues los baules ya están hechos.
 Nic Entonces es lo que dices: perdió el juicio.
 Greg Lo que yo digo es que algo le pasa. Anoche no pegó los ojos. Paseo arriba, paseo abajo; á veces hablaba alto y daba unos puñetazos.
 Nic ¿Hablabas alto y daba puñetazos? . . . Entonces es el discurso.
 Greg Y los dos vasos de agua que le dejé se los había bebido.
 Nic ¿Lo quieres más claro? ¡El discurso!
 Greg A eso de las tres me acerque á la puerta y decía no sé que de una infamia
 Nic ¿Qué duda tiene? Cuando se habla en público y se habla gordo, hay que decir esas cosas.
 Greg No va por ahí. Atiende. Entré á las ocho, y la cama como la dejé: ¡no se había acostado! La luz, consumida: estuvo ardiendo toda la noche. El, sentado junto á la mesa con la cabeza entre las manos, así. *(Indicando la posición)* Y á su lado un puro hecho ceniza. Al oírme entrar se levantó de golpe y me miró como espantado— «¿Qué hora?» — Las ocho, señorito. — «¿Qué quieres?» — Venía á ver si necesitaba algo el señorito. — «Nada» — ¡Estaba pálido como un muerto! Pues oye: por lo visto había dado un puñetazo sobre el cigarro, y como luego se llevó las manos á la cabeza, tenía la frente llena de ceniza. Y se lo dije: «El señorito tiene una mancha en la frente.» — ¡No hubieras tú hecho lo mismo? ¡Señor, qué cara puso! Me cogió por el brazo y me gritó: — «¿Qué dices, imbécil!» — ¡El, que siempre es tan bueno y tan dulce! temblando se lo expliqué, y él va al espejo y se mira y rompe á reír. ¡Qué modo de reír! Conque yo eché á correr, diciendo: — «Vuelvo»
 Nic ¡Hombre! . . . ¡hombre! . . . ¡hombre! . . . ¡hay que contar todo eso á don Jenaro! ¡Yo se lo cuento!
 Greg ¡Sí, cuéntaselo! Ahí le tienes. ¡Anda! . . . ¡Anda! . . . ¡Buena ocasión!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Avda. LOS MONTERREY, MEXICO

ESCENA II

NICOLÁS Y GREGORIO. DON JENARO, que viene de la derecha con un parquete de cartas

Jen ¿No ha venido el señorito?
 Greg No, señor. Salió esta mañana á las nueve y no ha vuelto en todo el día.
 Jen ¡Eso es: y todos me piden papeletas, y yo no sé qué contestar! ¡Tome usted, todas esas cartas son para el señorito! *(Le da un paquete á Gregorio.)*
 Greg *(A Nicolás)* ¡Anda, cuéntaselo!
 Nic *(A Gregorio.)* ¡A eso voy! ¡Don Jenaro!
 Jen Qué, ¿decía usted algo? Pero, ¿cómo no ha dado usted luz á esos candelabros? ¡Hombre de Dios, que es muy tarde, y pronto vendrán los amigos! ¡Dé usted luz, dé usted luz!
 Greg Ya voy, señor. *(A Anda tú!)* *(A Nicolás.)*
 Nic Sí, señor; ya va ese. Yo tenía que contarle al señor una cosa muy seria, ¡muy seria! Y lo siento, porque le voy á dar un disgusto al señor. Pero cuando hay que dar un disgusto se da.
 Jen ¿Piden más papeletas?
 Nic ¡No es eso! ¡Papeletas! . . . ¡Me parece que todos se quedarán lo mismo! *(Entra Gregorio con los candelabros encendidos, ó da luz á los eléctricos. Han encendido también los de la antesala.)*
 Jen ¡Eso me parece á mí! ¡Pero yo tengo la mía segura! Y teniendo para mí, para Eugenia y para su padre, los demás, que en tren como puedan ó que se queden dando vuelitas al rededor de la Estatua de Cervantes.
 Nic Me parece que el señor se quedará como todos.
 Jen ¿Eh?
 Nic Perdone el señor. Es que don Roberto no echa el discurso.
 Jen Pero. Nicolás, ¿qué está usted diciendo? ¿Se ha vuelto usted loco?
 Nic Yo, á Dios gracias, estoy en mi juicio. El que parece

que no está en sus cabales, es el señorito.
¡Hombre del diablo, no maree usted con sus tonterías!

Jen
Nic
Greg

¡Señor! . . .
(Desde la puerta.) ¡Aquí están el señor de Vergara y la señorita Eugenia!

Nic
Jen

Cuando pasen, se lo diré todo.
¡Bueno! . . . ¡Bueno! . . . ¡Entren! ¡entren que ya los esperaba con impaciencia!

ESCENAX III

EUGENIA Y DON JUAN, por el foto. NICOLÁS, GREGORIO Y DON JENARO

Jen
Juan
Eug

¡Mi querido don Juan! . . . ¡Eugenia! . . .
¡Felices, don Jenaro! . . .
(Con afán y precipitación.) ¡Tenemos ya las papeletas para mañana!

Jen
Eug

¡Pues no falta más! . . . ¡Ya tienen ustedes sus papeletas! . . .
(Apretándole la mano.) ¡Gracias! . . . ¡gracias! . . . ¡Es usted muy bueno! . . . ¡Ya te lo decía yo, papá! ¡Don Jenaro no nos olvida, estaba segura, segurísima!

Juan

Mal hecho: nunca se debe tener esa confianza ciega: una excesiva confianza, da muchos disgustos. ¿Verdad, don Jenaro?

Jen
Juan

En mí, puede confiar Eugenia.
¡Qué criatura, don Jenaro, qué criatura! . . . (Hablan en voz baja con Jenaro y don Juan. Eugenia recorre el salón, reparando en todo.)

Eug

¡Pobre mesa! ¡Qué desamparada está! ¡Aquí faltan muchos libros de Roberto!

Jen
Greg

¡Qué dice esta chica?
¡La señorita tiene razón! . . . ¡El señor me mandó recogerlos! . . .

Juan
Eug
Juan

¡En todo repara! (A don Jenaro.)
¡Ay! . . .
¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

Eug

¡Que aquí falta aquella fotografía tan bonita! . . . ¡Aquel grupo . . . él y nosotros! ¿No se acuerdan ustedes? El año pasado, en San Sebastián.

Jen
Eug
Greg
Eug

¡Sí! . . . ¡sí me acuerdo . . .
Pues no está . . .
El señor me mandó recogerla.
Por lo visto ha mandado recogerlo todo . . . ¿Está en casa?

Greg

No, señorita. Salió esta mañana temprano, y no ha vuelto.

Eug
Juan
Eug
Jen

¿No ha vuelto? ¡Pues á él sí que había que recogerlo!
¿Podemos saludar á doña Mercedes? . . . ¿Cómo sigue? . . .
Es verdad; ¿como está?

Juan

Está más fuertecita, más animada. En el gabinete la tienen ustedes.

Jen

Vamos allá. ¿Qué miras? (A Eugenia.)

Eug

Estará observando si falta algo. ¡Chiquilla, vienes á embargarme y estás haciendo el inventario de la casa! (Mirando á todas partes.) No sé . . . no sé . . . Noto algo . . .
Vamos á ver á doña Mercedes . . . (Con resolución repentina, marcando siempre su carácter nervioso y espontáneo.)

Jen
Eug
Juan

¡Vamos todos! ¡Pasen ustedes!
¡Ay! (Deteniéndose y escuchando.)
¿Qué ocurre? ¡Con tus exclamaciones repentinas, me das cada susto!

Eug

¡Nada! Que de pronto ha parado un coche. Debe ser Roberto que vendrá á recogerse. Vamos á ver á doña Mercedes.

Juan
Greg

Esta criatura es un manojito de nervios.
(A Nicolás.) ¡Bueno se pondrá el manojito de nervios cuando sepa lo que ocurre!

Jen
Nic
Jen

Venga usted, Nicolás.
Sí señor.
¡Pasen! . . . ¡pasen! . . . (A don Juan y á Eugenia.) ¡Tiene usted que acabar de explicarme! . . . (A Nicolás.)

Nic
Eug

Sí, señor.
¡No sé por qué, pero no me siento bien!

ESCENA IV

GREGORIO; á poco ROBERTO

Greg Ahora Nicolás se lo cuenta á don Jenaro. Y don Jenaro se alarma y se lo cuenta á la señorita Eugenia. Y á la señorita Eugenia le da algo. . y ya tenemos en casa á don Roberto.

Rob ¡Cuánta luz! (Reparando en las luces.)

Greg ¡Le molestan al señorito?

Rob ¡Tú qué sabes? ¡Empezó á venir gente?

Greg Allá dentro está don Juan y la señorita Eugenia.

Rob ¡Ah! . . ¡Eugenia! . . (Da media vuelta y se dirige hacia la puerta como para marcharse.)

Greg ¡Se va el señorito otra vez?

Rob Quien se va en seguida, eres tú. (Volviendo rápidamente sus movimientos son violentos y rapidos á la vez.)

Greg Sí, señor. (¡Le sigue, le sigue la ventolera!) Han traído todas estas cartas.

Rob ¡Déjalas ahí! ((Las deja Gregorio sobre una de las mesas que abre en primer término.

Greg Sí, señor. (Sale por la izquierda, mirando con curiosidad y recelo á Roberto.

ESCENA V

ROBERTO, solo. luego DON JENARO, por la derecha

Rob ¡No quisiera verla! ¡Sí: la veré: será la última vez! . . ¡Mañana, lejos y en franquía! ¡Oyendo los consejos crueles y estúpidos de la conciencia y ahogando los desesperados gritos del corazón! ¡El corazón, que sufra, que se retuerza, que estalle si no puede más! ¡Le tocó en suerte un hombre honrado, y tiene que resignarse!

¡Hubiérale tocado un tunante, y estaría á sus anchas y sería feliz! (Se pasea agitado.) ¡Mañana, solo, solo conmigo mismo! ¡Así tendré más tiempo para averiguar lo que soy! ¡Un hombre honrado, víctima del deber, ó un vanidoso imbecil, que se desgarró la piel á latigazos, para tener el gusto de mirarse al espejo el cuerpo ensangrentado, proclamándose mártir con estrafalarie orgullo! ¡Soy un mártir! ¡Se compreren los mártires con sayal de estameña y cilicio! ¡Pero un mártir de levita y sombrero de copa, es un ser ridículo! . . (Mirándose al espejo) ¡Ea! . . ¡Mártir sublime. á ponerte el frac, el plastón almidonado, y la corbata blanca, que viene gente! . . (Se dirige á su cuarto.)

Jen ¡No te vayas. Roberto.

Rob ¡Ah! . . ¡Es usted? ¡Buenos días! . . (Deteniéndose: deja el sombrero sobre una mesa.) ¡No: buenas noches, no sé en qué hora vivo! . . ¡Desca usted algo?

Jen Hacerte una pregunta.

Rob Venga la pregunta.

Jen (Con emoción.) Lo que me ha dicho Nicolás, es una tontería, ¿no es verdad?

Rob Si él la dijo, tontería será.

Jen Lo es, y mayúscala. Pero ¿cuál es el propietario? ¿Tú, ó él? ¿Quién es el insensato? ¿El, ó tú?

Rob Cuando me diga usted de qué se trata, sabré quién es el insensato. Aunque de antemano puedo asegurarle que los dos lo somos, Cada uno en su clase. Yo, insensato en clase de amo; el insensato en clase de criado. Aun hay clases.

Jen Basta de preámbulos. ¿Es cierto que te marchas mañana de Madrid?

Rob ¡Ah! ¡Ya se lo contaron á usted? Pues bien; ciertísimo. (Don Jenaro, conmovido, y preguntando con duda y timidez.)

Jen ¡Y á qué hora vuelves?

Rob ¡A qué hora? Qué sé yo la hora que sonará en el reloj del tiempo cuando yo vuelva.

Jen (Como antes.) ¡Es que no vuelves en todo el día? Pero, hijo, ¿y el discurso? ¡Ese discurso que todo el mundo espera como revelación de una nueva política y dogma de un nuevo partido?

Rob el discurso se queda sin pronunciar; muere en flor.
 Jen Pero, Roberto, hijo mío!..
 Rob «Que haya un cadáver más » digo: «que haya un discurso menos, que le importa al mundo » Ni en verso lo sé decir: ¡seré yo prosaico! Pero no se asuste usted, discursos no faltarán; de esta fruta siempre hay buena cosecha.
 Jen Vamos, que no te quiero comprender. ¡Es que lo abandonas todo!
 Rob Todo no; puesto que no me abandono a mí mismo, no lo abandono todo. Voy en compañía de mi propia persona y de mi soberana voluntad.
 Jen (Comovidismo.) ¿Y es para siempre?
 Rob Usted lo ha dicho.
 Jen ¡Ay, Dios mío! ¿Pero por qué haces eso?
 Rob (Dejando el tono irónico) Porque no quiero cometer una infamia y sufrir un desengaño. Oigalo usted: estoy enamorado como un loco de Eugenia; como los condenados deben estar enamorados del cielo. Ella me quiere, ó porque le deslumbra la aureola que hoy me rodea, ó porque me quiere de veras. Y si continúa a su lado, viéndola, adorándola, deseándola. concluiremos por casarnos. Ahí tiene usted la infamia, la traición, y acaso el desengaño; el horrible desengaño para ella y para mí.
 Jen Hombre, ¿por qué?
 Rob Me asombra la pregunta.
 Jen ¿No es ella libre? ¿No lo eres tú? ¿No es para como un ángel? ¿No eres honrado como ninguno? ¿No es ella rica? ¿No tienes tú una posición brillante y altísima, sin contar un bufete de primera? ¿Os separa algo? ¿No os atrae el amor? Pues el casamiento, ni es infamia, ni es traición, sino felicidad. Y además, hasta un deber.
 ¡Hola, hola! El hombre tiene el deber de ser feliz, cuando puede serlo honradamente!
 Rob Es que honradamente yo no puedo serlo.
 Jen ¿Por qué?
 Rob Usted conoce mi vida: toda mi vida: ¿y usted me lo pregunta? O le ciega á usted el cariño, ó ha perdido usted el sentido moral.
 Jen Tú has sido siempre muy bueno, muy bueno, casi un

santo; casi un mártir; un mártir, sin el casi.
 Rob ¡Mártir! Pues déjeme usted seguir representando mi papel, á ver si lo represento bien hasta en fin. A veces un drama va marchando perfectamente hasta que llega el último acto, la última escena, y en la última escena se hunde. Déjeme usted acabar con lucimiento el drama de mi martirio. ¿Don Jenaro, estoy en la escena final! No me quite usted aliento para el último arranque.
 Jen Esa ironía me hace daño, mucho daño.
 Rob No es ironía es la verdad. Es que no soy un ser perfecto: Cumpro mi deber, pero de mala gara, protestando, desesperado, maldiciendo la pureza de mi conciencia tiránica, insultando mis escrúpulos, llanándome con todos los gritos toncos de mi garganta: ¡estúpido, imbecil, quíjote!
 Jen ¿Qué afán de calumniarte!
 Rob ¿Calumniarme? ¡No! Si obedeciese á mis instintos. buscaría á Eugenia, la estrecharía en mis brazos. la llevaría al altar, y en siendo ya mi esposa, me volvería de cara al mundo, gritando con regocijo feroz: «Ya es mía! ¡Ahora mancha, escupe, húndenos á los dos juntos! ¿Me dió la vida su mayor placer? Pues ahora venga su mayor dolor, que cuando cobro, cobro; y cuando pago, pago; y no me asista la gran liquidación final.»
 Jen Esos son delirios; ¡pero qué demonio Prefiero tus delirios á tus sacrificios.
 Rob No es posible, no debe ser. ¡Y aun si supiese que Eugenia no se arrepentía nunca: que nunca habia de despreciarme! Pero, ¿y si no me quiere como yo la quiero? Y si llega un día en que me diga: «Me engañaste, Roberto.» ¡Y si al decirme eso, al despreciarme ella á mi, tengo yo que despreciarla á ella! ¡No, no quiero poner á prueba el único ideal de mi existencia!
 Jen Hay un medio de salvar tus escrúpulos.
 Rob ¿Cuál?
 Jen Decir la verdad. Contarle tu historia. Pintarle tu sacrificio.
 Rob (Con repugnancia.) ¡Ah! ¡Basta! ¡Buen medio! ¡Pero no ve usted que entonces ya no es sacrificio! ¡Sacrificio que se pregona, es vanidad, miseria, venta egoísta de la

pureza del deber por el apetito del aplauso!

Jen ¡Roberto!

Rob ¡Bonita idea! ¡Mirenme ustedes, que voy á trompetear las grandezas de mi ser! ¡Atención! ¡Yo soy un alma novilísima! ¡Yo hice esto y esto; yo sufrí tanto y tanto, y ahora tengo el gusto en lucir mis sublimidades!»

Jen ¡No, eso no! ¡Tenería asco de mi mismo! se hace lo que se hace, porque debe hacerse, ¡Imperios de la voluntad recta, valen más que dulzores regalados del alma!

Rob Pues á ella sola; á Eugenia sola se lo cuentas todo.

Jen Hoy ella, porque me conviene que ella lo sepa, eso es. Mañana á otra persona, si otra nueva conveniencia lo exige. Venta al por menor de una conciencia. ¡Es preferible venderla de una vez! Nada, don Jenaro, soy muy terco.

Jen Pues yo también. Y no tolero locuras Y no consiento que así, de golpe, destruyas tu porvenir, tu felicidad y la felicidad de ese angelito con el corazón de un niño destilando mieles.

Rob ¿Y qué va usted á hacer?

Jen Convencerte.

Rob No es fácil.

Jen Pues decirselo á Eugenia. Enter dámonos; decirle lo que te propones hacer. De lo demás... yo no vendo secretos que no me pertenecen.

Rob No le diga usted nada á Eugenia.

Jen Pues renuncia á tus desatinados propósitos.

Rob No renuncio

Jen Pues yo tampoco.

Rob Lo exijo.

Jen El mismo caso hago yo de tus exigencias, que tú de las mías.

Rob Haga usted lo que quiera.

Jen Sin tu permiso pensaba hacerlo, con que ahora que lo tengo... figúrate.

ESCENA VI

ROBERTO Y DON JENARO: DOÑA ROSARIO Y DON LEANDRO por el fondo, precedidos de NICOLÁS

Nic (Anunciando.) ¡Los señores de Nogales!

Jen (Adelantándose.) ¡Doña Rosario!... Amigo don Leandro!

Ros ¿Y Mercedes?

Jen Mejor está... mejor.

Lean Mejor es así.

Ros (Dándole la mano) ¡Roberto!... ¡Tanto gusto!..

Rob ¡Señora!

Ros (Dándole también la mano.) ¡Tanto gusto, señor de Pedrosa!..

Rob ¡Señor de Nogales!..

Jen ¿Quieren ustedes pasar? Allí tienen ustedes á Eugenia y á su padre.

Ros Antes quiero echar un párrafo con Roberto.

Lean Echaremos varios párrafos con Roberto, y después saludaremos á doña Mercedes.

Rob Me tienen ustedes á sus órdenes.

Jen Como ustedes gusten. Pues, entre tanto yo, voy con su permiso..

Ros Sí, señor.

Jen Tengo que decir á Eugenia algo muy urgente.

Lean Pues lo urgente no admite demora, es indemorable. (¿Se podrá decir indemorable? Lo consultaré con don Perfecto.)

Jen (A Roberto.) ¿Y tú, qué dices?

Rob Nada, lo que dije antes.

Jen ¡Bueno... perfectamente! (¡Ya veras! ¡Ya verás tú!) (Vase)

ESCENA VII

DOÑA ROSARIO, DON LEANDRO Y ROBERTO

Ros ¡Conque mañana tendremos el gusto de oírle á usted y de admirarle!

Lean De oírle y de admirarle una vez más.

Rob Son ustedes muy amables; pero sospecho que no habrá mucho que oír y que aun habrá menos que admirar.

Ros No sea usted modesto. A usted se le admira siempre.

Lean Siempre se le admira á usted. Es usted uno de nuestros hombres.

Ros Es usted uno de nuestros hombres, Roberto.
 Rob Yo soy un buen amigo de todos ustedes.
 Ros ¿Pues y nosotros? Sepa usted que Leandro es uno de sus grandes admiradores. De mi no se diga!... Yo creo que á veces Leandro tiene celos! (Riendo. Don Leandro se ríe también.)
 Rob (Ríe á su vez.) No hay motivo, don Leandro, no hay motivo.
 Ros Pero Leandro... Leandro... Usted sabe que él nunca falta á la tribuna diplomática del Senado ¿Verdad que nunca faltas?
 Lean Nunca. La cosa pública por los altos intereses que representa, y el Senado por la seriedad con que se trata de la cosa pública, absorben de continuo mi atención. Pues mañana, amigo Roberto, por usted, sólo por usted dejo mi tribuna del Senado, por una tribuna del Congreso.
 Rob ¡Agradecidísimo, señor don Leandro!
 Ros No lo olvide usted, Roberto; somos sus fieles, sus leales. Cuando llegue usted al poder es preciso que Leandro le admire á usted, no desde una tribuna de cualquiera de los Cuerpos colegisladores, sino desde los escaños del Senado ó del Congreso.
 Lean ¡Por Dios, Rosario! Eso es comprometerle á que me haga senador ó diputado. No; mi amistad es desinteresada. Cuando usted me necesite, me encuentra. ¿En mi casa? Pues en mi casa. ¿En la tribuna? Pues en la tribuna. ¿En un escaño colegislador? Pues en el escaño colegislador. (¿Se podrá decir escaño colegislador? Se lo preguntaré á don Perfecto.)
 Rob No tenga usted cuidado. En cuanto yo sea poder, que quiera usted que no quiera, le sienta de golpe en el primer escaño que encuentre vacío.
 Lean ¡Por Dios, yo no merezco!
 Ros Tú lo tienes merecido hace mucho tiempo. Perdona usted, Roberto, esta franqueza, que pudiéramos llamar...
 Rob Franqueza conyugal.
 Lean Por Dios, no hablemos de mí. Hablemos de su discurso de mañana. Usted nada me ha dicho, pero yo adivino algo muy hondo; algo muy elevado; algo muy transcendental. Este viejo edificio de la política necesita fuertes pilares. Hay que *apilarar* la vetusta mole. (¿Se

podrá decir apilarar?) Pues bien, usted es uno de nuestros grandes pilares.
 Ros Eso es evidente; aun sin entender de esas cosas, se adivina.
 Rob Ustedes me abruman.
 Lean No, si no es adulación. Yo no adulo nunca á nadie por nada. Usted conoce la independencia de mi carácter y hasta mi radeza.
 Ros Somos así, amigo Roberto.
 Lean Así es que yo nada diré de usted, nada. Nada de su noble carácter, de su inteligencia elevadísima, de su elocuencia maravillosa, de su profundo saber, de su conocimiento del corazón humano, de su exquisito talento de su hermoso corazón... (Impaciencia y disgusto en Roberto.)
 Rob Y de mi gallarda apostura, que es lo único que le falta á usted.
 Ros Porque de eso me encargo yo. (Riendo. Todos rien.)
 Lean ¡Oh! Y esto no lo decimos por adularle.
 Ros Si usted no nos oyese, otras cosas diríamos.
 Lean Otras cosas le decíamos ayer á don Perfecto.
 Rob Lo creo. Bueno; pues ahora, á confiarnos al porvenir. Al porvenir mi enaltecimiento y su senaduría.
 Lean No se hable de eso. (Dándole la mano.) Soy de los fieles.
 Ros Leandro es de los fieles.
 Rob Mi enhorabuena, doña Rosario, si es de los fieles, porque de esos hay pocos. (No puedo más. Con disgusto.)

ESCENA VIII

ROBERTO, DOÑA ROSARIO Y DON LEANDRO; FERNANDA, muy elegante y entrando con cierto impetu: todo el impetu compatible con su clase y su sexo.
 Fern (Al criado que espera y está dentro.) No me anuncie

usted, no se moleste; ya sé el camino. ¡Mi querida Rosario, cuánto me alegro!

Ros
Fern
Fern
Leau
Fern
Rob
Fern
Rob
Fern
Rob
Fern
Rob
Fern
Rob
Fern
Leau
Fern
Rob

¡Querida Fernanda,
Mi enhorabuena. Ya sé que han ascendido al chico. Bien te ha servido el ministro. ¡Don Leandro!

Señora.
Va usted á Viena? Eso se dice. Estos diplomáticos.
La familia prospera. Todo el mundo la sirve A mi, nadie. Como no me sirva Roberto cuando sea poder, estoy perdida. (Dándole la mano.) ¡Tendré otro desengaño!

¡Amiga Fernanda, la vida es un puro desengaño!
No siempre. Usted es de los leales, y yo también. Ya tengo mi papeleta para mañana. Yo no entiendo de política, pero me arrebató la elocuencia. Y usted... no quiero regalarle el oído. Pero de seguro que no me gusta su discurso de mañana, como el que pronunció usted hace tres meses defendiendo á aquel pobre diablo. No se me olvida; me hizo usted llorar ¡Y usted casi lloraba! ¡Dios mío, Rosario, que hombre éste! ¿A que se ha olvidado usted de mi recomendación? De seguro. Si no, con la influencia que usted tiene, ya estaba resuelto mi pobre expediente. ¿Qué le importan al Estado ciento veinte ó ciento treinta mil duros? Ni más pobre ni más rico. Y á mí me colocaba los huesos en su sitio.

Ya están muy bien colocados.
No lo eche usted á broma. ¡Hizo usted la recomendación?
La hice en justicia.
Pues si no me la resuelven ellos, me la resolverá usted, y en justicia, que carga de justicia es.
Pero yo, ¿cómo?
No se haga usted el chiquillo. Todos dicen que mañana se hace usted el amo de España.
Realmente... no sé qué decir.
No se dice nada. Se bajan los ojos con modestia, y yo sigo diciendo: es usted el hombre de moda de las altas esferas; el triunfador, el héroe.
¡Una gran esperanza para la patria!
¡Y para todos nosotros!
Pues ya tengo los ojos inclinados al suelo; pero no sé qué contestar á ustedes. A poco más apelo á la fuga, y

no hay discurso, ni poder, ni esperanza, ni nada.

Fern
Rob
Fern
Rob
Fern
Rob
Fern
Rob
Fern
Rob
Fern

No sea usted vanidoso: no todos son elogios, ni todos son amigos. Cuando se tienen las aspiraciones de usted, enemigos no faltan.
Señora, yo no aspiro á nada.
¡No diga usted tonterías! ¡Todo el mundo aspira! ¡Todos aspiramos, y cuando no podemos aspirar otra cosa, aspiramos aire! ¡La humanidad se pasa la vida aspirando! ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... sin aspiraciones, la asfixia.
Con las aspiraciones del pulmón, no contaba.
Y con las del corazón, tampoco. Desengañese usted: usted tiene muchos enemigos, y formidables: los que le disputan el poder probable; los que le disputan la mujer amada; los que le disputan el aplauso recibido. La envidia y la calumnia, le acechan: ¡en guardia, Roberto!

¡Por qué dices eso?
¡Pero no han leído ustedes el periódico de esta mañana?
¡Cuál?
La Maza de Fraga. ¡Un periódico de lucha y de escándalo!
¿Y qué dice?
¡Horrores!... Es decir, yo no lo he leído; pero don Marcos estaba indignado. En fin, él se lo dirá á usted, porque aquí viene.

ESCANA IX

ROBERTO, DON LEANDRO, DOÑA ROSARIO, FERNANDA Y DON MARCOS

Criado
Marcos
Rob
Marcos

¡El señor de Oropesa!
¡Señoras!... ¡Señores!... ¡Amigo Pedross!... (Tendiéndole las dos manos.)
Siempre á sus órdenes.
Y yo á las suyas incondicionalmente, para todo y en todas las circunstancias de la vida. En la próspera como en la adversa fortuna. ¡Soy un amigo de veras!

Rob / Marcos / Fern / Ros / Marcos / Ros / Rob / Marcos / Rob / Lean / Marcos / Fern / Rob

¡Gracias, mil gracias! ¡No sé cómo agradecer! . . .
 ¡Calle usted, hombre! ¡Cuando esta mañana leí ese papelucho asqueroso, buen rato pasé! Mi primer impulso fué buscar al autorcillo, y estamparle el artículo en el rostro. Después, me contuve. Si llega el caso de castigar insolentes, que llegará, créame usted, llegará, Roberto no necesita mi ayuda, pero si la necesita. . . no digo nada: yo soy siempre el mismo, y todo el mundo sabe quién soy yo. (Le vuelve á dar la mano.)
 (A doña Rosario.) Si, don Marcos es así: ¡un hombre atroz!
 ¡Un hombre atroz, hija!
 En todo caso, cuente usted conmigo: yo no retrocedo.
 No; él no retrocede.
 Pero, ¿qué dice ese artículo?
 Nada; en sustancia nada. ¡Reticencias, dudas, preguntas!
 ¡Si en rigor no dice nada! ¡Pero es intencionado, muy intencionado! En fin, puede usted leerlo, aquí se lo traigo.
 ¡A ver qué dice! (Mirando á la derecha.) ¡Ah! . . . ¡Ella viene! Pero esto hay que leerlo con calma para resolver lo que proceda. Con su permiso de ustedes, voy á leerlo á mi despacho. ¡Eugenia Eugenia! ¡Lo sabrá todo! (Se dirige hacia la izquierda.)
 Pero no se preocupe usted mucho. Esas indignidades se desprecian.
 O se castigan.
 No; dice bien don Leandro: se desprecian.
 (Deteniéndose en la puerta con el periódico en la mano.) Dicen ustedes bien: el desprecio. . . ¡Ah! . . . ¡Qué consuelo tan grande es despreciar! . . . (Separándose un poco de la puerta.) Yo he pensado muchas veces, que así como para el niño que va á entrar en la vida, existe el bautismo, el agua santa que limpia del pecado, la sal de sapiencia, que castra en los labios la imbecilidad, debía existir para estas cosas mundanas en que nos revolvemos, otra especie de bautismo de alguna sustancia maravillosa con que nos embadurnasen todo el cuerpo, para que en ciertos momentos brotase de nuestra piel y á nuestro alrededor se extendiese así como un inmenso

Océano de desprecio, en cuyo oleaje se anegaran los miserables, los imbéciles y los canallas, sin llegar nosotros á tocarlos. Perdonen ustedes; creí que empuzaba mi discurso de mañana. (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X

FERNANDA, DOÑA ROSARIO, DON LEANDRO y DON MARCOS. Después EUGENIA

GENIA

Fern / Ros / Fern / Ros / Fern / Lean / Marcos / Lean / Marcos / Fern / Ros / Fern / Eng / Ros / Fern / Eng / Lean

(A doña Rosario.) ¡Oh! . . . ¡Qué talento tiene! . . .
 Mucho, mucho. . . (Al oído.) (Pero es un poco egoísta.)
 Muy frío de corazón.
 Eso no lo sabemos: lo sabrá Eugenia.
 Es verdad. (Hablan en voz baja, y ríen las dos señoras.)
 Es un hombre de gran mérito: quizás carece de experiencia.
 Para eso están sus amigos.
 ¿Quiénes?
 ¡Todos! . . . Nosotros por ejemplo. (Siguen hablando y paseando.)
 Pues no es tan segura su boda con Eugenia. Tiene un competidor: un competidor de cuenta.
 Sí el Vizconde; un primo segundo ó cosa así de Eugenia. En otro tiempo, estuvo concertada su boda con el Vizconde. Y Mauricio es guapo chico.
 (Entrando de pronto y mirando á todas partes.) ¡No está!
 ¡Eugenia! . . . ¡Querida Eugenia! . . .
 ¡Monisimas! . . . (Las dos se salen al encuentro cariñosas y expresivas.)
 ¡Gracias, Rosario! . . . ¡Gracias, Fernanda! . . . (Siguen hablando en voz baja.)
 ¿Usted cree en el equilibrio europeo? Yo no creo en el equilibrio europeo.

Marcos Ni yo tampoco. Digan lo que quieran, no me convencen.
 Lean Todo equilibrio acaba fatalmente por una conflagración.
 Sin embargo, ¿usted cree en una conflagración inmediata? Yo no creo en esa conflagración.
 Marcos ¿Qué he de creer, don Leandro, qué he de creer; Además, hoy el elemento económico se sobrepone al elemento político. Para mí, no hay más que el elemento económico.
 Lean Sin embargo... sin embargo...
 Marcos No le quede á usted duda. *(Siguen hablando.)*
 Fern *Al nido de Eugenia, que no deja de mirar á todas partes, llorosa y conmovida.* ¡No busques... no busques, que no está!
 Eug No, si no busco nada. Sentía calor allá dentro. ¡El gabinete de doña Mercedes es tan ahogado!... Y vine á respirar un rato.
 Ros ¿Tienes alguna pena, monina? Estás así... como llorosa.
 Eug *(Secándose los ojos)* ¡Qué disparate! Ya te lo he dicho: es el calor. Con el calor se me encienden los ojos.
 Fern No necesitan que los enciendan... ¡Pues si siempre parecen dos soles!
 Eug ¿Qué Fernanda!... *(Háblala distraídamente y siempre demostrando gran inquietud)*
 Ros Roberto está allá, en su despacho.
 Eug ¡Ah!
 Fern ¿Qué tienes?
 Eug Nada. Conque Roberto está... Pues no le he visto hoy.
 Fern Si á leer un periódico se fué, y estará pasando un mal rato.
 Eug *(Alarmada.)* ¿Por qué? ¿Ocurre algo? ¿Qué periódico es ese?
 Fern Un periódico en que dicen pestes de Roberto. Que quién es ese señor de Pedrosa; que dónde está su familia; que cuáles son sus antecedentes...
 Eug ¡Miserables! Vaya, ¡como si no conociese todo el mundo á Roberto!
 Lean ¡Querida Eugenia!
 Marcos ¡Eugenia!... *(Lds dos se acercan á Eugenia y la saludan.)* ¡Hablaban ustedes del artículo? Es el primero de una serie; según dicen.

Eug ¡Señor, qué infamias! Y ahora él... ¡Válgame Dios!
 Marcos Yo le traje el periódico.
 Eug ¡Mal hecho, mal hecho! La ha dado usted un mal rato, y luego... ¡sabe Dios! Roberto no es muy sufrido, y si se incomoda... ¡pues usted tendrá la culpa.
 Marcos ¿Pero quería usted que ese malvado quedase impune?
 Eug ¿Quién?
 Marcos El autor del artículo
 Eug Pues le buscaba usted callandito, sin que se enterase Roberto, y le decía cuatro verdades, ó se desahogaba usted con él. Si yo fuese valiente, como usted, eso haría. Lo demás, ¡vaya una gracia! Todos se echan á reír.)
 Marcos Es usted terrible, Eugenia.
 Lean Esta niña es heroica.
 Fern No tengas miedo. Roberto tiene muchos amigos, se le formará una guardia de honor.
 Marcos Y hasta una guardia de amazonas. ¿Quiere usted ser la capitana?
 Eug *(Riéndose.)* Ya no se estila eso, si se estilase ¿por qué no? ¡Si yo creo que el ser valiente es muy fácil. Por mucho miedo que se tenga, puede ser valiente cualquiera. Se hace uno lá cuenta de que ha muerto, y ya no le pueden hacer nada peor. ¡Morir por Roberto, y que él lo supiese y llorase mucho!
 Lean ¡Qué chiquilla!
 Marcos Es un encanto. ¡Y qué espontaneidad!
 Ros ¿En qué piensas? ¡Te has quedado embobada!
 Eug En nada. Tengo la cabeza un poco atardida.
 Fern *(En voz baja á doña Rosario.)* Está esperando á Roberto.
 Ros Pues te dejamos descansar, y vamos á saludar á doña Mercedes.
 Fern *(A don Leandro y á don Marcos.)* ¡Vienen ustedes?
 Lean Si, señora; con mucho gusto.
 Fern Hasta luego: no estés preocupada. *(A Eugenia.)*
 Ros Hasta luego: no estés tristes.
 Eug ¡Qué aprensión! si no tenga nada. *(Salen las dos señoras.)*
 Lean Yo le digo á usted y se lo he dicho á Roberto: hasta

que España no sea una nación de primer orden, no podrá estar en primera línea.

Marcos Y lo primero es resolver el problema económico. Se lo he dicho á Robert muchas veces. En el orden financiero, hasta que no tengamos resuelto el problema económico, no tendremos una situación despejada para la Hacienda.

Lean Precisamente.

Marcos No hay más. Estamos conformes.

ESCENA XI

EUGENIA Y ROBERTO

Eng Me parece que viene. ¡No, pues si ese hombre tiene corazón, también le voy á dar yo un buen ratol! *(Se sienta en el sofá y se vuelve de espaldas, mirando de reojo de cuándo en cuándo.)*

Rob ¡Eugenia!.. ¡Mi Eugenia!.. ¡Qué valiente soy cuando está lejos! ¡Qué cobarde cuando está cerca! ¡Para los cobardes, la fuga! *(Se dirige hacia el fondo y toma el sombrero, pero deteniéndose á veces para mirar á Eugenia.)*

Eng ¡Pues no se va!

Rob ¡Quién sabe! ¡Quizá no la volveré á ver más! ¡Ea, no soy un niño! ¡Adiós, vida de mi vida! *(Va á salir.)*

Eng ¡Roberto!

Rob ¡Ah!.. ¡Estaba usted?.. ¡Salía tan distraído!.. Dispense usted!.. ¡Una junta!.. ¡Una ocupación precisa!..

Eug ¡Tan precisa es, que no puede usted concederme cinco minutos!

Rob Por conceder.. le concedería á usted, no cinco minutos: ni vida entera.. ¡Y cien vidas más!

Eug *(Con mimo.)* Con una me basta. No: son cinco minutos.

Rob ¡Mire usted lo que es la prosa de la vida! Yo, que daría por usted mi existencia toda, desde su primer latido á su último aliento.. *(Conteniéndose y cambiando de tono.)* no puedo concederle esos cinco minutos, porque

unos señores muy viejos, muy feos y muy antipáticos me esperan. Y la dejo á usted por ellos. ¡Seré torpe, seré ingrato, seré imbécil!.. ¡Adiós, Eugenia!..

Eug Un momento, para que yo acabe la letanía. ¡Torpe, ingrato.. y sobre todo cruel! *(Con acento triste.)*

Rob Eso no. *(Volviendo rápidamente y dejando el sombrero.)*

Eug Eso sí, Me deja usted sola.

Rob No queda usted sola. Tiene usted familia, amigos, admiradores, adoradores también

Eug No recuerdo á ninguno.

Rob Sin ir más lejos. El vizconde, su primo Mauricio. Digo éste como pudiera decir otros muchos. Y el caso es que no quisiera decir estas cosas. *(Irritado consigo mismo.)*

Eug *(Riendo.)* ¡Mauricio! ¡Qué idea! ¡Y dicen que tiene usted talento! ¡Qué tiene usted penetración!

Rob ¡Verdad que no?

Eug No, si dice usted eso por motivarme.

Rob Perdone usted, Eugenia. Yo no tengo derecho para pedir explicaciones.. ni las pido.. ni quiero pedir las. ¡No haga usted caso de mí!

Eug Ni usted me pide explicaciones, ni yo las doy ni aquí se trata del vizconde, sino de usted.

Rob ¡De mí!

Eug Sí, señor. Ni entiendo de diplomacias ni de hipocresías. Digo lo que siento, y siento.. lo que siento. Si tengo alegría en el alma, por los ojos rebosa. Ni mis palabras son pulidos disfraces, ni sé fingir amistad y cariño para dar de pronto un disgusto de muerte. Y cuando digo de una vez «quiero», no hay fuerza humana, así, tan débil como soy, que me tuerza la buena voluntad.

Rob ¡Eugenia, sé todo eso; pero no la comprendo á usted!

Eug ¡Otra, mentira! ¡Es mucho hombre este! Unas veces demuestra usted cariño, afecto, amistad; es usted todo un panal de mieles. Pues al día siguiente, sin más ni más, se pone usted triste, hurano, desdenoso, y hasta descortés, por cada celdilla de panal, echa usted una púa de puercop espín. ¡Y por qué? ¡Por qué razón? ¡Si á usted no se le hace nada malo; si es usted el niño mimado de todos! Vamos, ¡por qué da usted estos cambiazos?

Rob ¡No sé; está en mí Pero hoy, ¿cómo me encuentra usted?
 Eug De lo peor posible.
 Rob ¿Por qué?
 Eug ¿Por qué?.. Porque... ¡lo digo (*Angustiándose.*) ¡Pues lo digo! Porque se va usted.
 Rob Una ocupación indispensable.
 Eug ¿Qué ocupación, ni qué excusa, ni qué mentira! Si lo sé todo, todo Si me lo ha dicho don Jenaro... Que se va usted para siempre... ¡para siempre!.. (*Angustiándose mucho y volviendo la cara para ocultar las lágrimas*)
 Rob ¡Siempre! ¿Qué palabra tan triste, tan desesperada! (*Sin poder dominarse*) ¿Y si fuese, «amar á Eugenia para siempre!» ¿Qué sería esta palabra? Dígalo usted sin hipocresía.
 Eug ¡Ah! (*Fingiendo bromas.*) ¡Según quien la dijese! Todos los trajes no les sientan bien á todos los niños: ni todas las palabras á todos los labios.
 Rob ¿Y si fuese yo quien lo dijese?
 Eug Le estoy á usted entreteniéndolo y la ocupación era muy preciosa.
 Rob No me gustan discreteos, ni coquetearías, por encantadoras que sean. Respóndame usted; quiero saber la verdad.
 Eug ¿Para qué quiere usted saberla? ¿Para irse con ella?
 Rob ¿Para saberla! Esta palabra:— «Amaré á Eugenia siempre!» — ¡siempre!» — ¿Cómo le suena á usted?
 Eug ¿Para saberlo bien y no equivocarme, necesito oírlo muchas veces! ¡Tengo muy mal oído! ¡Y para que me la pueda usted decir muchas veces, no se marche usted, Roberto! ¡Lloraría mucho!
 Rob ¡Qué dicha... y qué desesperación! ¡Lo que yo quería evitar! ¡Oh!... ¡Qué débil soy!
 Eug ¡Roberto! ¿No le comprendo á usted!
 Rob Eugenia, la quiero á usted con toda mi alma! ¡Mi alma será grande ó pequeña, sublime ó vulgar; pero tal como es, de usted es! Mi cerebro trabaja mucho, tengo muchos pensamientos; pues todos ellos son como caminos de un laberinto, todos salen al mismo punto, Eugenia. Cada aplauso que resuena á mi paso por el mundo, sólo despierta en mí esta idea. «¡Lo habrá oído Eugenia y me

querrá más porque me aplauden!» Y cada vez que me muerden y me censuran, me echo á temblar, pensando, ¡me querrá menos Eugenia, por eso que dicen de mí! ¡Ve usted, qué niñada! ¡No, si somos niños, desde la cunita de mimbres á la cuna de tierra!
 Eug ¡Siga usted, siga usted, Roberto, diciendo esas cosas!
 Rob ¡Es que no debía decir estas cosas! ¡Es que soy infame y cruel al decirlo! ¡Y por eso es preciso que me separe de usted para siempre!
 Eug ¡Ay, Dios mío! ¡Ahora salimos con eso!
 Rob ¡Es preciso!.. ¡Es preciso!..
 Eug Pero el quererse con el alma, no es ser infames. ¡Entonces, yo también soy infame!
 Rob ¡No, usted no!
 Eug ¡Ni usted tampoco! ¡No es usted bueno y honrado!
 Rob Lo soy, tanto como usted.
 Eug (*Riendo entre lágrimas.*) ¡Pues entonces, no hay dificultad!.. ¡digo, no es necesario que usted se marche!
 Rob ¡Es que usted no quiere comprenderme!
 Eug ¡No es fácil!
 Rob (*Sin saber qué decir, sosteniendo terrible lucha consigo mismo.*) ¡Eugenia, si yo la hiciese á usted mi esposa, sería el hombre mas feliz y más desesperado de la tierra! ¡Sí, porque siempre al mayor placer, viene á pegarse como ostra envenenada el mayor dolor! ¡Esto, tampoco lo entenderá usted?
 Eug Tampoco.
 Rob Ni yo puedo explicarlo. ¡Soy libre, y no soy libre! Ante Dios, y ante los hombres, por ley divina y humana, puedo hacerla á usted mía, y sin embargo, ¡qué reacción tan repugnante! Alguna vez pudiera usted decirme:— «¡Roberto, me has engañado miserablemente!» — ¡Y al decirme esto, sería usted tan miserable y tan vulgar, que tendría que ahogarla á usted entre mis brazos!
 Eug ¡Ay, Dios mío, que usted se lo dice todo! Bueno, yo no quiero penetrar en sus secretos. Me basta saber que su alma de usted es noble y pura. ¿No le es?
 Rob ¡Lo es: tanto, como puede serlo la de un hambre!
 Eug Y además, me quiere usted mucho... ¡cuidado, yo no lo digo! Repito lo que ha dicho usted antes: usted sabrá si

lo dijo en broma.

Rob ¡La quiero á usted tanto, tanto... que ya, hasta de mi lealtad de caballero, y hasta de mi fuerza de voluntad, desconfío! ¡No, Eugenia, esta es la última vez que nos vamos!

Eug ¿De veras?... ¿De modo que no he conseguido nada?

Rob ¡Sí, atormentarme, y atormentarse usted!

Eug ¿Es claro! ¿Qué había de conseguir yo? ¡Supongo tan poco para usted!... ¡Sí, tiene usted razón! ¡Porque yo me afligí ama só menos, porque yo llore un poco ó un mucho, un hombre como usted no ha de cambiar su plan de conducta! ¡También era pretensión la mía! Pero como me lo contó de pronto don Jenaro, y como dijo que se lo iba á contar á todos aquellos... pensé yo: antes de que los demás le rueguen... le rogaré yo! ¡Y vea usted, ha sido inútil!

Rob ¡Usted no comprende lo que pasa por mí!

Eug No; nadie comprende nada, ni yo le comprendo á usted, ni usted me comprende á mí... (Se oculta el rostro.)

Rob ¡Eugenia!... (Acercándose á ella con pasión.)

ESCENA XII

EUGENIA y ROBERTO; MAURICIO, que entra al mismo tiempo que le anuncia el CRIADO.

Criado El señor Vizconde!...

Eug ¡Ah!... (Separándose de Roberto.)

Rob ¡(A tiempo llega!)

Maur ¡(Qué oportunidad!) ¡Siempre á sus pies, Eugenita!... ¡Señor de Pedrosa!

Rob Señor mío...

Eug Hasta luego, Mauricio:

Maur ¿Se va usted porque he venido?

Eug Precisamente me marchaba cuando usted llegó. Tengo que dar á aquellos señores una mala noticia. Figúrese usted si llevaré prisa... ¡Adiós, Mauricio!... ¡Adiós,

Roberto! (Sale por la derecha.)

ESCENA XIII

ROBERTO y MAURICIO

Maur ¿Se han recibido malas noticias en esta casa? Lo digo por lo que acabo de oír á Eugenia, y porque me parece que se marcha llorando.

Rob No sé, ni he reparado. Pero si viene usted á ver á doña Mercedes y á don Jenaro, por mí no se detenga usted...

Maur No: no es para ellos mi visita: es para usted.

Rob (Con extrañeza.) Mil gracias. En ese caso tenga usted la bondad de sentarse,

Maur Mil gracias... Como no es usted todavía ministro, manda sentar.

Rob No me lo agradezca usted: cuesta tan poco-

Maur ¡Repito las gracias! (Pausa.)

Rob Pues usted dirá.

Maur Pensé que quien tendría que decir algo era usted.

Rob ¿Yo? No, ciertamente.

Maur ¿No ha recibido usted una carta mía? Era confidencial y urgente.

Rob No, señor. Salí esta mañana muy temprano y he vuelto hace media hora. ¿A qué hora la mandó usted?

Maur A las nueve, y he esperado la contestación doce horas; todo el día: ¡ya ve usted si soy hombre de calma!

Rob Dispense usted. Tal vez estará entre estas cartas que acaban de darme. (Toma el paquete que quedó sobre la mesa.)

Maur Es posible...

Rob ¿Será esta? (Enseñando una.)

Maur A ver... ¡No; no es esa!

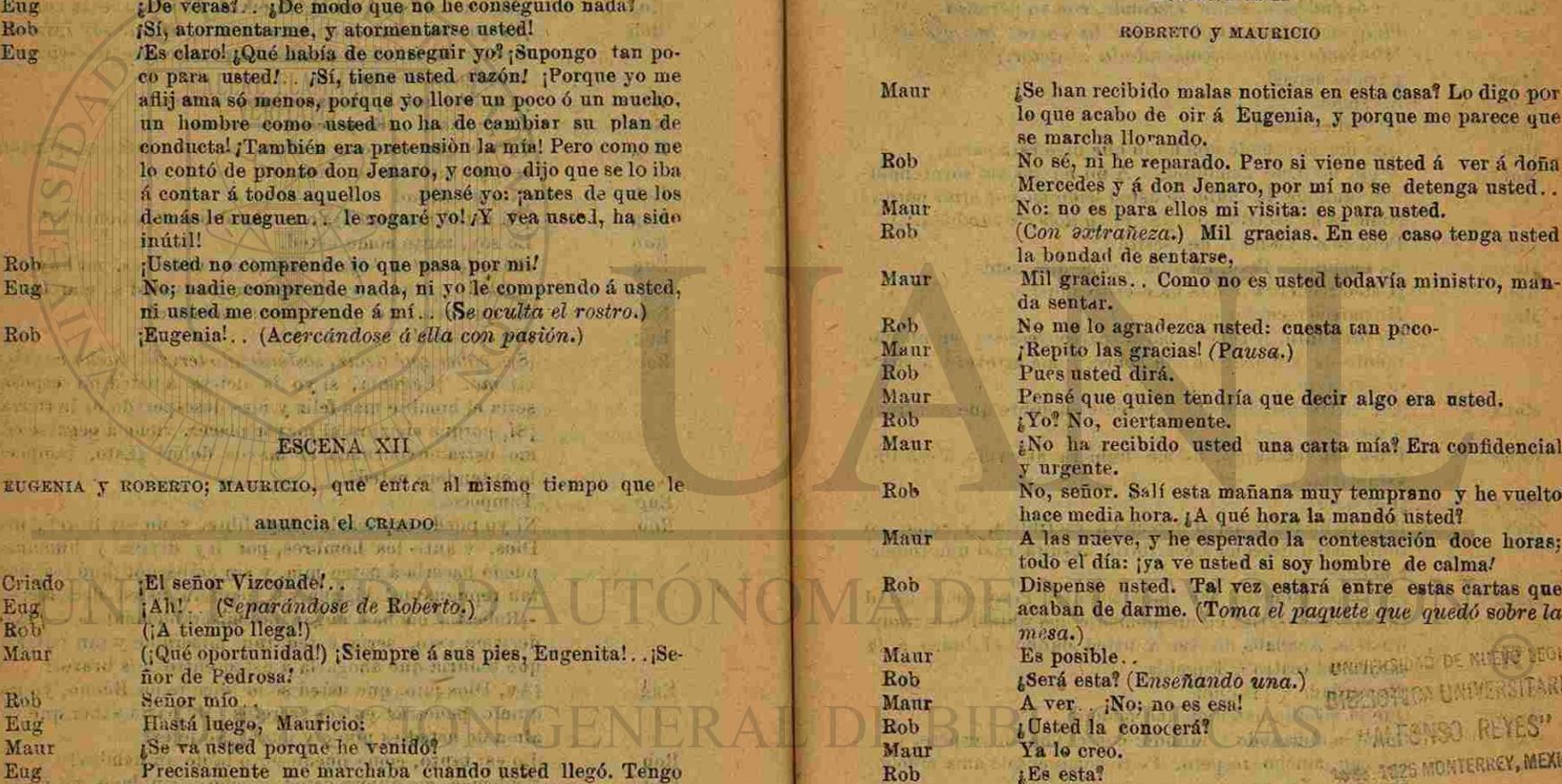
Rob ¿Usted la conocerá?

Maur Ya lo creo.

Rob ¿Es esta?

Maur Justamente.

Rob ¿Quiere usted que la lea ó prefiere usted decirme de pala-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1026 MONTERREY, MEXICO

- bra su contenido?
- Maur Léala usted. Me ahorra usted el trabajo de repetirla. Digo, si quiere usted tomarse esa molestia. *(En todo lo que dice Mauricio, á través del buen tono, se descubre cierta impertinencia.)*
- Rob No es molestia, señor Vizconde, con su permiso. *(Mauricio se inclina: Roberto lee la carta: la actitud de Mauricio queda encomendada al actor.)*
- Maur ¿Acabó usted?
- Rob Sí, señor.
- Maur ¿Qué dice usted?
- Rob Qua me sorprende mucho lo que dice esta carta.
- Maur A mí, no ¿Qué demonio! . . A mí no podría sorprenderme, aunque la hubiese usted leído en voz alta; porque como la he escrito yo. *(Se ríe y Roberto también.)*
- Rob Pero como yo no la he escrito. . .
- Maur Es natural. . . Pero, en suma, ¿qué dice usted?
- Rob ¿Usted recuerda lo que ha escrito aquí?
- Maur Me parece recordarlo.
- Rob Lo pregunto, porque la carta parece escrita en un momento de alucinación, de fiebre. . . me atreví á decir de extravío.
- Maur ¡Oh! ¡Atrévase usted! . . Usted es hombre que se atreve á todo.
- Rob Pues, sin embargo, no me hubiera atrevido á escribir esta carta.
- Maur ¿Por qué?
- Rob Porque no tenía usted derecho á escribirla, y como no tenía usted derecho á escribirla, resulta casi una impertinencia.
- Maur ¿Sí? Pues no creía ser impertinente. Pero tiene usted razón; está escrita en un momento de excitación extraordinaria. Acababa de ver á usted dando el brazo á la salida del teatro á Eugenia.
- Rob ¿Es verdad! . . ¿Y qué?
- Maur Que la miraba usted de una manera. . .
- Rob Como la mira todo el mundo: con el mayor respeto.
- Maur sí, con mucho respeto. Pero como el que ama mucho. Como la miro yo.
- Jen ¡Oh! . . Dispense usted. Los dos no podemos mirarla del

- mismo modo.
- Maur Es verdad. . . Yo soy antiguo amigo de la casa: pariente casi de los Vergaras: la madre de Eugenia y la mía concertaron nuestras bodas: de suerte que, en rigor yo soy su prometido. Y usted no es nada de esto. Usted es un advenedizo en el buen sentido de la palabra: advenedizo en casa de don Juan. Aunque se ignora cuál es su familia de usted, puede asegurarse que no tiene usted parentesco con Eugenia. Seguramente está enamorado de ella; pero como esto á nada conduce no hay para qué tener en cuenta esta circunstancia. De todo lo cual, se deduce que nuestra situación respecto á Eugenia es completamente distinta.
- Rob ¿Y no se deduce más?
- Maur Se deduce que, como la asiduidad de usted y su galantería mortifican mia mor propio y contrarían todos mis proyectos, y sobre todo, excitan mis celos, porque yo estoy enamorado de Eugenia, deseo que en lo sucesivo cese usted de molestarla,
- Rob No; si no la molesto.
- Maur Pero me molesta usted á mí.
- Rob Es posible.
- Maur Es seguro. Y por eso en mi carta le exigía que dejase de frecuentar el trato y la casa de don Juan y de su hija. Y si le fuese á usted posible emprender un pequeño viaje de tres ó cuatro meses, ahora precisamente que principian las vacaciones parlamentarias, tanto mejor. En ese tiempo termino yo mi boda con Eugenia. Y luego vuelve usted para ser ministro, para ser presidente del Consejo, para ser jefe de situación, y salvador del Estado, y regenerador de la patria, y todo lo que usted apetezca. Que casado yo con Eugenia, hasta soy capaz de apoyarle á usted en el Parlamento, pagando de este modo tributo á su talento y á sus altas cualidades. Pero no todo ha de ser para uno: para usted la patria y la gloria, y gócelas usted con salud muchos años; para mí, Eugenia. *(Pausa.)* Ya que no ha contestado usted á mi carta, sírvase usted contestar á mi discurso. Usted tiene extraordinario talento para la réplica. *(Otra pausa.)* Estoy esperando la contestación.

Rob Si no puede usted imaginar el compromiso en que me pone.

Maur Dfebarato sus planes de usted.

Rob Por completo. Ya no puedo . . . ne puedo . . . materialmente no puedo sin caer en el ridículo, hacer lo que pensaba.

Maur Pues lo siento mucho, pero mantengo mi exigencia de caballero á caballero y de hombre á hombre á ser preciso, aunque lo deploraría.

Rob Pues ahí está; que yo no admito exigencias de nadie. y menos en tono de amenaza, y aun menos en tono impertinente. Y lo deploro, ni más ni menos que usted

Maur ¿Es su última resolución?

Rob Yo no tengo que dar á usted cuenta de mis resoluciones. Y dispenseme usted. . . (*Levantándose,*) pero tengo que dar la última mano al discurso de mañana.

Maur (*Levantándose, pero sin apresuramiento.*) Mire usted que sería una lástima que no pudiera usted pronunciar ese discurso tan hermoso.

Rob Y no sería menor lástima que no pudiera usted oirlo.

Maur También pudiera ser. Pero podemos salir de dudas mañana mismo antes de la hora del discurso.

Rob Gracias á Dios que puedo complacer á usted en algo.

Maur Pues aún tengo que pedirle un último favor. . .

Rob Como yo pueda complacerle

Maur Que no salga usted esta noche, hasta que veugan á visitarle dos amigos míos.

Rob Esperaré gustoso.

Maur ¡Mil gracias, señor de Pedrosal!

Rob No hay de qué, señor Vizconde. (*Se dan la mano con mucha cortesía.*)

ESCENA XIV

ROBERTO, MAURICIO, FERNANDA y DOÑA ROSARIO, vienen delante. DON LEANDRO, DON MARCOS y DON JUAN, entran formando otro grupo. EUGENIA y DON JENARO, los últimos

Fern ¡No es posible!

Ros ¡Qué disparate!

Jen Ya les amotinamos.

Lean ¡Qué desfallecimientos son. estos?

Marcos ¡Renunciar á la vida pública, abandonar á los amigos

Maur ¡Ah! ¡Pero es que usted pensaba. . . es que usted se anticipó. . . amigo Roberto! . . .

Rob Pero, ¿qué están ustedes diciendo? ¡Alejarme yo! ¡Abandonar esto? ¡Ni un minuto, ni un segundo! Aquí, á pie firme. Mañana el discurso; después, la lucha, después, el poder. . . ¡Vengan los enemigos! ¡Lo quieren? ¡Pues sea! ¡No! No me marchó, Eugenia; era una broma. ¡Y la creyó? ¡Qué inocente! (*Todos rien y hablan entre si. A Eugenia.*) ¡Aquí, queriéndote, adorándote, disputándote á ese hombre, al mundo entero! ¡Perdiendo por ti la honra y la vida, y abrazado á tí rodando por el abismo!

Eug ¡Qué malo es usted! ¡Pero, qué alegría tan grande!

Rob ¡Conque, señores; mañana el discurso, y después la lucha á muerte!

Maur ¡No sería mejor antes?

Rob ¡Esa, sí; yo hablaba de otra lucha más tremenda, más mortal, más desesperada!

Eug (*A don Jenaro.*) ¡Qué cruel, pero qué bueno!

Rob ¡Qué hermosa! . . . ¡Y yo, qué miserable!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón muy lujoso en casa de don Juan. En el fondo una puerta bastante grande que da al comedor; está cerrada durante todo el acto, hasta la escena final. A un lado y otro de la puerta del comedor, dos puertas menores; por la puerta de la derecha se viene de la calle, por la otra se va al interior de la casa. Al costado de la izquierda, chimenea, puerta, balcón ó cristales de un invernadero ó lo que dé aspecto más elegante á la escena. Al costado de la derecha, otra puerta, que también conduce á las habitaciones interiores. En primer término, mesitas, sofá, butacas, etc., etc. Es de noche; muchas luces.

ESCENA PRIMERA

DON JENARO, que entra por el fondo izquierda, y DON JUAN

Juan Hola, don Jenaro.
Jen Felices, don Juan.
Juan Pues me alegro muchísimo, que se anticipe usted á los demas invitados, porque así tendremos tiempo para hablar con todo desahogo. Pero siéntese, siéntese. *(Se sientan los dos.)* ¡Válgame Dios, don Jenaro! A todos nos valga, y dígame de qué se trata.
Jen Se trata de que esa chica me tiene loco.
Juan ¿Pues qué hizo la pobre?
Jen Enamorarse.

Jen Cuente, cuente, que la afición á historias de amoríos no se pierde nunca.
Juan Es que ya pica en historia la de sus amores. Sin rodeos: está loca por Roberto, pero loca. Yo creo que si no la casamos se nos muere.
Jen *(Siempre de broma.)* Pues la casamos.
Juan Sí, casarla.
Jen *(Con recelo y ansiedad.)* ¿No le gusta á usted el novio?
Juan No es eso. La boda me agrada.
Jen Pues, ¿quién se opone?
Juan Se opone toda mi familia, y Mauricio, qué me da unas jaquecas tremendas.
Jen Pero usted, don Juan, es el amo de su casa y el padre de su hija.
Juan ¡Claro está! Y no hago maldito el caso de mis parientes en general, y de mi noble sobrinito en particular. Allá, allá le tiene usted, *(Señalando hacia dentro.)* apurando á Eugenia con toda su finura. Mauricio es terco como un demonio.
Jen ¿Pero qué dicen sus nobles parientes?
Juan ¡Qué sé yo! Que no se sabe quién es Roberto, ni quiénes fueron sus padres, ni de dónde viene. Que me estoy comprometiendo y que estoy comprometiendo á Eugenia. Se empeñó la chica en que diéramos esta comida en honor de Roberto y de sus triunfos parlamentarios, y cuando la chica se empeña en una cosa... es como su madre. Bueno, pues cedí. ¡Nunca hubiera cedido! ¿Qué cruzada contra Roberto!
Jen Pero, ¿por qué? *(Impaciente.)*
Juan Repiten, claro está, de buena fe, todos los insultos, todas las calumnias que propalan contra Roberto dos ó tres periediquillos.
Jen *(Levantándose con indignación.)* ¿Son calumnias infames!
Juan *(Le obliga á sentarse.)* Ya lo he dicho yo; no se altere. Roberto es un hombre honrado. ¿Que su origen es humilde? ¿Y qué? Yo soy noble porque lo fueron mis padres. Sus hijos lo serán, porque lo es él.
Jen *(Dándole la mano.)* Muy bien, don Juan. Es usted un hombre de corazón y un caballero.

Juan ¡Caballero! Eso sí. ¡Pues no faltaba más! Conque fuesen ciertas la contésima parte de las paparruchas que inventan contra Roberto, antes de que pusiera los pies en mis salones ya le habría plantado mi portero en la calle. ¡Y corazón!... También lo tengo; y grande. Que lo diga esa muñeca.

Jen Está bien, está perfectamente; pero, entonces, ¿qué dificultad hay para la boda?

Juan Que Roberto no dice una palabra. Esta semana no se separa de nosotros, y á la siguiente no le vemos. Vuelve con más furia y huye con más despego. ¿Comprende usted? Y mi Eugenia se vuelve loca. ¡Y eso sí que no lo consiento! Al vado ó á la puente. Que se decida. ¡Que hable, señor! Hablando se entienden las personas. Porque yo ne sé qué hacer. Es tan violento decirle á ese hohbre: «No vuelva usted más á mi casa.» Es tan ridículo decirle: «¿Se casa usted, ó no?» Vamos, que yo no sirvo para hacer el papel de mamá casamentera ó de futura suegra. ¡Tengo razón, don Jenaro!

Jen Tiene usted razón, don Juan. A esta situación hay que ponerle término. Hoy mismo hablé á Roberto, y le hablaré al alma.

Juan No sabe usted cuánto se lo agradezco.

Jen ¡Por Dios, don Juan!

Juan ¿Conque hoy mismo?

Jen Hoy mismo.

Juan Ya tenemos aquí á Mauricio. Acabó con Eugenia y empieza conmigo. El es muy fino, señor; pero de plomo; un lingot de Linares educado en París.

ESCENA II

DON JENARO, DON JUAN Y MAURICIO

Juan Mala cara traes. ¿Has reñido con Eugenia?

Maur ¡Por Dios! ¿Reñir yo con Eugenia! Es que no quiere oirme. Figúrese cómo estaría un orador á quien el público impusiera silencio; puea así estoy yo, En cuan-

to empiezo, me dice Eugenia con su vocecita de ángel: «Mauricio, si no calla usted, rue voy á mi cuarto y me encierro.» Conque tuve que dejarla, pidiéndole mil perdones.

Juan Le dirias cosas desagradables.

Maur Desagradables para Roberto.

Juan ¡Ya!

Maur Pero usted podrá juzgar por sí mismo, porque todo lo que no le dije á Eugenia, porque no quiso oirme, se lo voy á decir á usted, si usted se digna atenderme.

Juan Me voy con Eugenia.

Maur Dispense usted, don Jenaro; y le rogaría á usted que se quedase. A no ser que le cause á usted excesiva molestia oír lo que voy á exponer respetuosamente á don Juan.

Jen ¿Estoy directamente interesado en ello?

Maur Directamente, no; indirectamente, mucho. Voy á recordar algo poco favorable al señor de Pedrosa. El no está aquí para hacerme cara, y puede usted sustituirle con ventaja. Me propongo acusar, luego hace falta un defensor.

Jen Pues, sí señor, me quedo.

Juan ¿De qué se trata?

Maur Mi querido don Juan, está usted comprometiéndose, comprometiendo á Eugenia y comprometiendo el buen nombre de toda nuestra familia.

Juan ¿Por qué?

Jen ¿Por qué?

Maur Porque usted, señor don Juan, hace ó consiente tales cosas, que todo el mundo supone que Eugenia se casa con Roberto; y hasta se afirma: que esta comida es para la publicación oficial de la boda entre los amigos íntimos. Ya ve usted si todo esto es desagradable. Si tan desagradable es, ¿por qué has venido?

Juan Porque usted me dispensó el honor de invitarme.

Juan Quería que hiciese las paces con Roberto; como tuvisteis aquel disgustillo, y á mi no me agrada que nadie esté mal con nadie... por eso.

Maur ¡Ah!... ¡Si!... Pues se arregló provisionalmente. Supe que Roberto, anticipándose á mis descos, pensaba salir de Madrid por algún tiempo, y me pareció correc-

to no insistir en mis exigencias. Exigir á un hombre de corazón como Roberto, que haga una cosa que pensaba hacer, es hacerla imposible. ¡Oh!... Yo conozco á los hombres, y respeto las prácticas sociales.

Juan Bueno, bueno. Ya sabemos que eres muy correcto. (Mauricio se inclina.) Pero ¿qué es lo que tenías que decirme?

Maur (Con cierto asombro.) ¿Pues no lo dije? Que usted no conoce los antecedentes de Roberto, ni de su familia, y que no conociéndolos, usted se compromete y compromete.

Juan Sí, sí; ya hemos oído todo eso.

Maur Dispense usted; pero como decía usted que no...

Jen Pero, ¿qué tiene que ver la familia de Roberto, que ya no existe?

Maur Dispense usted, don Jenaro. Han ocurrido en el mundo casos muy raros. Un matrimonio, en que el esposo y la esposa son blancos y hasta rubios. Y de pronto; les nace un hijo negro como el carbón y con el pelo en virutas. Figúrense ustedes qué orpresa. Es como si en un tazón de blanquísima leche, apareciese de pronto una gota de negrísima tinta. Qué efecto tan cómico y tan desasroso, ¿verdad? Pues todo ello consiste en que en la raza hubo un negrazo como un demonio, y la Naturaleza ha tenido el capricho de dar un salto atrás y de plantarse en el centro del negrazo.

Juan Extravagancias tuyas.

Jen No comprendo el simul.

Maur Lo explicaré. El simul quiere decir que no le haría maldita la gracia á don Juan, que uno de sus nietecillos saliese granuja, estafador, asesino ó presidiario, por virtud de un salto atrás, en la familia de Roberto. Por eso, por eso conviene conocer los antecedentes de esa familia, para evitar la gota de tinta en el tazón de leche.

Jen Señor Vizconde: la familia de Roberto ha sido humilde, pero honradísima. Yo respondo de ella.

Maur El fiador es digno de todo mi respeto.

Jen ¡Y la historia de Roberto yo la contaré!

Maur Y la oiremos con sumo interés. Precisamente es lo que

yo deseo: conocer la verdadera historia de don Roberto Pedrosa.

Juan Cuento, cuento, don Jenaro. (Se sientan todos.)

Jen Lo que voy á decir es la verdad. (Don Juan y Mauricio se inclinan respetuosamente.) Ha aquí la historia de Roberto:— Roberto, aunque de familia modesta, casi pobre, recibió una esmeradísima educación. Pero á los veintidós años no tenía padres, ni parientes ni carrera, ni recursos. Al entrar en la vida, nadie le esperaba más que la miseria con los brazos abiertos. Y hace doce años, que solo y sin un céntimo entraba en Madrid por el puente de Toledo.

Maur «A la caída de la tarde por la puente toledana.» Eso es interesante. parece una novela de Fernández y González.

Jen Pues sí, señor; así llegó y se quedó inmóvil, como estatua del puente, contemplando ante sí el Madrid desconocido y temeroso, y á sus pies el Manzanares.

Maur No es lo mismo que entrar en Tebas por una calle de esfinges de granito

Jen No es necesario ir á Tebas para encontrar esfinges.

Maur Siga usted. Quedamos en que Roberto en pie y apoyado en el pretil del puente, contemplaba ante sí la coronada villa, y á sus plantas, los pintorescos lavaderos del Manzanares.

Jen Sí, señor, sí. Yo he de decir toda la verdad por prosaica, por humilde, por triste que sea. ¿Saben ustedes lo que hizo Roberto, el pobre joven de veintidós años? Había hecho el viaje á pie: ¡Muchos días! Tenía hambre: treinta horas sin comer! Y bajó á esos lavaderos que usted dice, y el pobre mozo consiguió que le tomasen por mozo del lavadero para bajar, y subir, y llevar la ropa. Ahí tienen ustedes: si esto es deshonra, que lo cuenten los periódicos.

Juan Eso no se llama deshonra, se llama trabajo.

Maur ¿Deshonra? ¿De ningún modo! ¿Los lavaderos? Tada una institución social. Después de la limpieza del alma no hay como la limpieza del cuerpo. El mozo de lavadero es todo un funcionario público, y alguno habrá menos limpio.

Jen Pues así empezó Roberto. Y siguió trabajando, y siguió subiendo.

Maur La cuesta de San Vicente es muy penosa.

Jen Otras lo son más. ¿A qué molestar á ustedes? He empezado la historia de Roberto por el último escalón, por el más bajo.

Maur ¿Está usted seguro? ¿Está usted seguro que ese es el escalón más bajo de la historia de Roberto?

Jen (Algo desconcertado.) Me parece

Juan siga usted. Por lo que usted nos ha dicho, Roberto en nada desmerece á mis ojos. Adelante.

Jen Y adelante fué. Luchó desesperadamente por entre las últimas capas sociales; pero á los seis meses era tenedor de libros en una casa de comercio y emprendía la carrera de leyes. Diez horas de estudio, otras ocho de trabajo, y en tres años fué licenciado.

Maur ¿Licenciado, dice usted?

Jen Sí, licenciado en Derecho.

Maur Justamente. . . Aquí aparece en la superficie don Roberto Pedrosa, joven sabio, abogado criminalista, olorentísimo y empeñadísimo en que no se castigue á nadie, merced á no sé qué nuevas teorías. Señor, ¿qué interés tendrán las personas honradas en que no se castigue á los tunantes?

Jen No es eso; usted todo lo confunde.

Maur Tiene usted razón, don Jenaro: no es mi fuerte la disciplina científica.

Jen Yo tampoco entiendo de estas cosas; pero, en fin, repito lo que dice Roberto. Que la sociedad no es un Dios, que no puede penetrar en las conciencias; que no tiene derecho para poner un estigma en la frente; que no puede distinguir con claridad divina de justicia, lo que es el crimen, de lo que es fatalidad: que en suma, la sociedad no tiene más que un deber y un derecho. El *derecho* de defensa utilizando los esfuerzos de los seres peligrosos; el deber de *corregir* y *regenerar* á esos mismos seres hasta donde sea posible. ¿Pero á qué enfrascarnos en cosas que no entendemos? Roberto ha sido un hombre honrado: Roberto es una altísima inteligencia; Roberto es una alma noble, esto es lo que yo digo.

Juan Lo dice usted y lo prueba.

Jen ¿Está usted satisfecho! ¿Completamente satisfecho?

Maur Completamente. ¿Y tú? (A Mauricio.)

Maur Dispénsenme ustedes; siento en el alma perturbar tan exquisita armonía; pero á mi. . . á mí, algo me falta. Conocemos la *historia moderna* de Roberto, brillantísima, Hemos oído á don Jenaro, la historia que podríamos llamar de la *edad media* de Roberto: *honrosísima*, Pero ¿la historia antigua? ¡Ah! La historia antigua es oscurísima.

Jen (A don Juan.) ¿Pero ve usted?

Juan ¡Por Dios, Mauricio!

Maur Me explicaré, si ustedes me lo permiten. Cuando con tan profunda emoción, don Jenaro nos pintaba á Roberto, misero, hambriento, y empolvado peregrino, apoyándose en el granítico pretil de la puente toledana, y contemplando los abanderados cañizos y cordeles de los clásicos lavaderos del sediento Manzanares, acudió á mi memoria por caprichoso contraste el célebre monólogo de Lady Macbeth. (Dice esto con cierta *afectación de elegancia*.)

Jen No le comprendo á usted

Maur Va usted á comprenderme. Decía Lady Macbeth: «Here, s the smell of the bloo still: all the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand.» Traducción libre: «Siempre huele á sangre, todos los perfumes de la Arabia no podrían asear esta mano, tan pequeña como és.»

Jen ¿Y qué?

Maur Que acaso Roberto pensase mirando desde el puente las jabonosas charcas del Manzanares. . . y perdonen ustedes esta mezcla grotesca del romanticismo clásico con el naturalismo moderno.

Jen Acabe usted.

Juan Acaba, hombre.

Maur Acaso pensase, que todas las blancas espumas del río, no bastarían para asear aquellas manos, que nerviosamente oprimían la piedra del pretil.

Juan ¡Mauricio!

Jen ¿Qué quiere usted decir?

Maur Yo, por mi cuenta, nada. Repetía, lo que pregonaba anoche un periódico completando la historia del gran estadista y del maravilloso orador. . . ¿No lo ha leído usted? (A don Juan.)

Juan No.

Maur ¿Y usted? (A don Jenaro.)

Jen Sí.

Maur Pues dice esto. Brevemente, para concluir pronto, porque es de los asuntos que deben tratarse rápidamente y manejarse con guantes para ar. ojarlos después Don Julián Pedrosa, era un señor de sesenta años, cajero de una casa de banca de una de las Islas Baleares, hombre honrado y pundonoroso: historia limpia: su familia, su obligación y su trabajo.

Jen Es verdad.

Maur ¿Ve usted cómo ahora estamos conformes?

Juan Sigue.

Maur Don Julián tenía un hijo: Roberto Pedrosa. Joven vicioso, calavera, pendenciero, jugador. . .

Jen ¿Es falso, es falso!

Maur No siempre hemos de estar conformes.

Juan Acaba.

Mauro El hijo, asaltó la caja que habían confiado á la honra. . . de su padre, y tomó para sus vicios, ó sus deudas, una cantidad de importancia. Se supo: el pobre padre, loco de vergüenza, se levantó la tapa de los sesos: Roberto al fin confesó: sufrió condena, y si liquidó ante los jueces, no liquidó ante los hombres honrados. Estigma de ladrón, y casi de parricida, lleva en la frente. Cuando muera y caiga en su fosa, el dedo de Dios podrá borrarlo; pero como habrá tanta tierra encima, los hombres no sabrán nunca si la piedad divina borró la marca ó si ésta siguió pegada al cuerpo hasta deshacerse con él. Una cosa así viene á decir el periódico, ¡Don Jenaro! (Volviéndose á don Jenaro, con notable alarma.)

Juan Soy un hombre honrado; soy un hombre de creencias religiosas; creo en la santidad del juramento; ¿estamos? Pues bien, como caballero afirmo, y como cristiano juro, que esa historia es falsa. . . falsa. . . absolutamer-

te falsa.

Mauro Puede usted jurar de buena fe, y sin embargo, equivocarse.

Jen No me equivoco. ¡Falsedad! ¡infamia y calumnia!

Juan No se altere usted, don Jenaro. Lo que usted dice, es para mí en lo humano, como en lo divino el Evangelio.

Jen (Por Mauricio.) Pero ese duda todavía.

Maur No, señor, ya no dudo. Entre su juramento de usted y un papelucho, la elección no es dudosa. Por mi parte, ni una palabra más.

Juan (A Mauricio.) Vamos adentro, que ya viene gente. Don Jenaro, cuando llegue Roberto. . . ya sabe usted. . .

Jen (Que se ha dejado caer en un sillón.) Sí, señor; sí, señor.

Juan No esté usted ni preocupado ni triste.

Jen No, señor; no, señor.

Juan (Marchándose por la derecha con Mauricio.) Le has dado un mal rato, y me has dado un mal rato á mí.

Maur Lo siento: pero había que explicarse.

Juan Te salió mal la cuenta.

Maur Al contrario. ¿Roberto es una persona digna y lo fué siempre? Tanto mejor. Así podré entenderme con él.

ESCENA III

DON JENARO sentado en una butaca con señales de gran abatimiento.
ROBERTO, que viene de la calle por el fondo izquierda

Jen ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Roberto! ¡El mundo se le viene encima! ¡Pobre Roberto! Pues más miedo le tengo á él, que á todos sus enemigos, envidiosos, husmeadores de infamias y trompeteros de escándalos. ¡Qué desgracia, Dios santo, qué desgracia!

Rob ¿Qué ocurre, don Jenaro? ¿Que cara tiene usted? ¿Está usted de duelo?

Jen ¿Y me lo preguntas con esa calma? No: si es calma

verdadera, me alegro. Que me alegro. Hijo mío, para las grandes desdichas, los grandes corazones. (Levantándose y abrazándose á él.)

Rob ¡Pero, por qué es todo eso? ¡Por lo que pregona el periódico? ¡Por el escándalo que se prepara? ¡Y qué?

Jen Te lo he dicho muchas veces, debiste cambiar de apellido, tomar el de tu madre.

Rob ¡Valiente cobardía y valiente indignidad! Mi nombre, es mi nombre. Soy el que he sido. Yo no paso en la sociedad, de contrabando. ¡Llevo en la frente un vergonzoso estigma! Pues no es cosa de que yo lo pregone: pero escamotearlo, tampoco.

Jen ¡Exageraciones, rematicismos! Nunca serás un hombre práctico.

Rob ¡Qué remedio! Cada uno es como es. ¡Se supo! Bueno; veremos lo que resulta.

Jen Tienes razón; ¡á tí qué te importa la opinión de nadie! No debía importarme, y me importa. ¡Misericias del ser humano! ¡Qué me importa á mí, dice usted bien, la opinión buena ó mala de Pedro, de Juan, de gente que no conozco, de este tunante, de aquel necio!.. Nada. Una multitud anónima á quien ni quiero, ni aborrezco, ni conozco, ni conoceré nunca. Pues se me impone, se me impone por su masa, por su fatalidad, por su vocerío. Y al pensar lo que pensará de mí esa multitud, que al fin y al cabo me es indiferente, algo me corre por el cuerpo con frialdad de hielo y de muerte. Es como si se me helase toda la atmósfera en que respiro, y quedase yo empotrado y prisionero en un bloque infinito de hielo.

Jen ¡No decías que estabas tranquilo!
Rob Relativamente lo estoy. ¡Vino la catástrofe! Pues me pasó el miedo. Y lo confieso; estos últimos años han sido de un miedo horrible Cobardía de criminal: como si lo fuera. Me pasaba noches enteras entre un sueño, que era fiebre, y una fiebre que era sueño, repitiendo á compás de la péndola del reloj: «¡si se sabrá! ¡Si no se sabrá!» «No.. sí.. no.. sí..» Me figuraba un péndulo enorme, que oscilaba entre mucha sombra y mucha luz: «ya sube á la luz: ya baja á la sombra: á la

luz: á la sombra. No se sabrá: sí se sabrá; no.. sí.. no.. sí..» ¡Jesús, qué noches! ¡Dios mío, qué noches! Y ahora tranquilo: enteramente tranquilo. «Sí.. sí.. sí.. pues sí.. se sabe.. Y bien, ¡qué!.. Aquí estoy.. A ver.. á ver.. vamos á ver.. ¡Qué! (Cruzando los brazos con desesperada arrogancia.) ¡Soy Roberto Pedrosa!.. Aquel.. ¡El de la condena!.. el del estigma.. ¡Aquí está!.. ¡toda la frente me coge!.. ¡El estigma, el estigma!.. ¡Pero imbéciles, sepan ustedes que Dios ha besado aquí!»

Jen Sí, hijo mío, sí; es verdad. Si lo supieran..

Rob ¡Silencio! ¡Silencio! En cuanto yo lo dijese, el beso inefable se borraba y el primer payaso me ponía su mascarilla de farsante.

Jen ¡Válgame Dios, hijo mío! ¡Pero tú no piensas en Eugenia?

Rob ¡Que no pienso en ella!.. todas mis angustias se han reconcentrado en un solo punto: Eugenia: ¡Qué pensará de mí Eugenia? Tan buena, tan hermosa tan pura.. Y yo.. yo.. ¡qué voy á ser ante ella? Don Jenaro, ¡me despreciará Eugenia? (Con suprema angustia.)

Jen ¡Por qué ha de despreciarte?

Rob Porque debe depreciarme; porque así es el ser humano; porque así somos todos. Si yo me presentase ante ella convertido en un monstruo; si hubiese hecho algo horrible, pero muy grande; destruir muchas vidas, verter mucha sangre, posible es que todavía me quisiese. El miedo no excluye al amor. ¡Oh! La piel del tigre, ¡qué hermosa! La melena del león, ¡qué soberbia! Sus anchas zarpas, aunque traigan enganchados, giros de carne humana, ¡qué poderosas! Pero yo no me presento así ante ella; me presento empequeñecido, ruin, ridículo. ¡Unas manos que apenas tienen fuerza para abrir una caja y coger temblorosas unas cuantas monedas! ¡Una ganzúa, en vez de una zarpa! ¡Que grandeza! ¡Y luego la cárcel, y la sentencia y la condena, y hasta el perdón al cabo de dos años por mi buena conducta! ¡Cuándo han tenido buena conducta el tigre real ó el león africano? ¡Oh! Lo mequino, lo ruin, lo despreciable!.. Sí; me desprecia, me desprecia!

Jen No digas desatinos.
 Rob ¡Desatinos! Verá usted, verá usted cuando lo sepa todo Eugenia. ¡Qué desencanto, qué tristeza, qué frialdad, qué lástima tan humillante! ¡Eso sí que no! ¡Como hay un Dios que si me tiene lástima hago pedazos aquel cuerpo tan hermoso!

Jen ¡No te púedo oír; eso es ya el delirio! ¡Un cariño verdadero resiste á todo, á la desgracia á la muerte!

Rob ¡A la muerte, sí; al ridículo, no! Si Eugenia siguiera queriéndome, sería despreciable, tan despreciable como yo. Nuestros cariños nos elevan ó nos envilecen. Por un Dios clavado en una cruz, hay mártires en el circo. Se comprende. Por un mono que gesticula en lo alto de un árbol, ¡quién da su sangre sin ser de la grotesca familia? Yo le digo á usted que si Eugenia no me desprecia, la desprecio yo. Y si me desprecia... ¡Oh! Entonces... ¡entonces se acabó todo! Ojos que me miraban y no me miran, mano que me buscaba, y no me busca; cuerpo que á mí venía y me vuelve la espalda... ¡Ah! Están pidiendo todas estas cosas otros ojos que se cierran, otra mano que se hiele y otro cuerpo que se desplome de espaldas en la fosa, volviendo para siempre la espalda á la tierra ingrata y maldita.

Jen Pero, hijo mío, si no te dominas un poco, vas á perder el juicio.

Rob No, si estoy tranquilo otra vez. Se llega al límite; pues ya no se pasa: hay que volver á empezar.

Jen ¡Y qué has decidido?

Rob Esperar

Jen ¡Esperar qué?

Rob El efecto de mi contestación al periódico.

Jen ¡Has contestado?

Rob Esta mañana, y mi carta saldrá esta noche: ya andará por ahí.

Jen A ver... á ver... ¡Y qué dices?

Rob Una carta curiosísima. (Procurando recordarla.) «Señor director: Ese don Julián Pedrosa que usted cita era mi honradísimo padre. Ese Roberto Pedrosa de que usted habla, soy yo. En efecto, se probó mi delito. En efecto sufrí condena.»

Jen ¡Jesús!

Rob Oiga, oiga: «Si la pena compensa el delito y lo purga, pues la sufrí, liquidé, Si la pena procura la corrección, ya estoy corregido: doce años de vida honrada lo prueban. Si la pena es un seguro social, surtió sus efectos. Luego soy en este momento un ciudadano tan digno, tan honrado y tan respetable como cualquiera de ustedes, suponiendo que lo sean. Así lo entiendo yo: veamos si de este modo lo entiende la sociedad. Roberto Pedrosa.»

Jen ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Qué has hecho?... ¡Tu deshonra!... ¡Tu ruina!

Rob ¡Qué remedio! Hay que decir la verdad,

Jen (Abrumado y cubriéndose el rostro.) ¡Dios mío! Dios mío, qué desgracia!

Rob Mejor.

Jen ¡Qué vergüenza!

Rob Mejor

Jen ¡Qué catástrofe!

Rob ¡Mejor todavía! Venga entera... Lo que faltaba... (Observando que viene.) ¡Eugenia!

Jen ¡Dios mío! ¡Qué va á suceder?

ESCENA IV

ROBERTO, DON JENARO y EUGENIA

Eug Pero, ¡qué le pasa á don Jenaro? ¡Qué tiene? ¡Se ha puesto malo? (Dice esto acercándose á don Jenaro y dirigiéndose á Roberto.)

Rob Se apura por ese artículo en que me ponen de oro y azul Cosas de la vida, Eugenia.

Eug ¿Otro artículo? ¡Qué infamia, Dios mío! Sí: el artículo que quiso leerme Mauricio. Pero yo no quise oírlo.

Rob Es natural.

Eug No se apure usted, don Jenaro, ¡Quién hace caso de indignidades! Nadie las lee.

Rob Al contrario Las lee todo el mundo, menos usted, Eugenia Si esta es la naturaleza humana.

Eug No diga usted eso: está usted muy alto.

Rob ¡Pobre niña!

Eug No se apure usted, don Jenaro.

Jen Tiene razón. No hay motivo. Me voy allá dentro.

Eug Allá tiene usted á Rosario y á Fernanda.

Jen Bueno, bueno. (Yo atajaré tu locura.) (Aparte á Roberto.)

Rob (Acompañándole y en voz baja.) Si dice usted una sola palabra de mi secreto, si para salvar mi honra mancha usted la de mi padre. don Jenaro, el hijo del suicida tiene instintos suicidas. Ley de herencia. Se lo juro á usted por la salvación de aquel que todo lo dió por mí.

Jen (¡Calla, calla, hijo mío! ¡Cómo salvarle, Dios santo!) (Vase don Jenaro.)

ESCENA V

EUGENIA Y ROBERTO

Eug ¡Qué bueno es y cómo le quiere á usted!

Rob Si, es uno de los pocos que me quieren de veras.

Eug ¡Ya empieza usted! ¿Es el único?

Rob ¡Quién saber!. La casualidad, las circunstancias, no mi propio mérito, han dado cierto brillo á mi nombre. Y al rededor de la llama esplendorosa, siempre revolotean insectos y mariposillas también. Pero la luz se apaga, y alrededor del humo nauseabudo y de la mecha carbonizada, ¿quién revolotea?

Eug (Mirándole con los ojos muy abiertos.) ¿Y qué quiere decir eso?

Rob Nada; locuras mías. No me haga usted caso. Yo no quiero que Eugenia esté triste. ¿Cómo podría yo hacer que Eugenia fuese muy feliz?

Eug ¿No sabe usted cómo? Tanto talento para los demás y

Rob para mí tan torpe. ¿Conque no sabe usted como?

Eug Eugenia, ¿me querría usted aunque yo fuese malo, muy malo, pero con maldad ruin: un ser abyecto?

Eug ¡Ay, qué cabeza, Dios mío! Unas veces dice usted que es usted muy bueno. Otras veces jura usted, por todos los santos, que es usted un mal hombre, y toma usted á punto de honra el que yo le odie y le desprecie. Pero, ¿es que los sabios son todos ustedes locos de atar?

Rob ¡Si yo pudiera hacer ante usted confesión general!

Eug Pues mire usted: es una idea. Confíesese usted conmigo, y yo le diré, con franqueza, si es usted bueno ó malo.

Rob ¡Qué niña!.. ¿Qué ángel!.. ¿Qué consuelo!.. ¿Qué desesperación!

Eug (En broma; pero aunque siempre habla con Roberto en broma, en el fondo hay cierta ansiedad.) No se haga usted el distraído. Sí, sí, á confesarse, pero de verdad. Yo pregunto, y usted contesta. Siéntese, hermano, y haga examen de conciencia. ¿Quiere?

Rob ¡Eugenia, delicia mía, tormento mío, yo querré siempre lo que usted quiera! ¡Niños, siempre niños! Al borde del abismo jugando al cerro. (Se deja caer en un sillón, junto á Eugenia y oculta la cabeza entre las manos. Pausa.)

Eug El examen de conciencia. Así, (Mirando fijamente á Roberto, que levanta la cabeza.) así.. así me gusta: mucha contrición y mucho dolor de haber ofendido á Dios. Tiene los ojos llenos de lágrimas.. Eso está bien.. Pero no lllore mucho. que el confesor hace pucheros.

Rob ¡Eugeni!

Eug No me llame Eugenia: llámeme padre y empiece.

Rob ¿Cómo va á ser?

Eug Como son estas cosas.

Rob (¡Pobre niña! No quiero amargarla éste capricho encantador. Demasiado pronto empezarán las lágrimas.) (Siguiéndose la broma, pero entre angustias horribles.)

Eug ¿Cree usted en Dios? ¿Ama usted á Dios, sobre todas las cosas? ¿Qué? ¿Duda usted? ¿Será verdad lo que dicen? ¿Que es usted ateo? (En tono de terror, pero algo có-

Rob *mico.) ¡Ay! ¡Por Dios! ¡No; me daría mucha pena!*
Eug *¡Y ya no me querría usted?*
¡Quererle, siempre! ¡No había de quererle á usted por-
que estuviese enfermo del alma? Sea usted lo que sea,
piense usted lo que piense. Mi cariño no depende de
mí. Es como si usted me preguntase: «Eugenia, si yo
fuese ateo, ¿tendría usted los ojos pardos y el pelo ne-
gro como ahora» ¡Pues qué remedio! Los tendría; pero
haría muy mal en tenerlos.
Rob *Tranquilícese usted. No lo soy. Necesito creer. Creer*
en una justicia eterna, suprema, incorruptible: no co-
mo esta torpe y torcida de la tierra.
Eug *Así, así. ¡Qué alegría! ¡Sigo, hermano?*
Rob *(Procurando calmarse y sonreír.) Siga padre.*
Eug *¿Santifica usted las fiestas?*
Rob *Sí, las santifico,*
Eug *Doy fe. Siempre que yo iba á misa ó al sermón, la veía*
á usted.
Rob *¡Qué alegrías tan crueles estas alegrías! ¡Si usted supie-*
se!
Eug *Lo sabré todo si la confesión es sincera y completa; si*
no queda algo en algún rinconcito. Cuando en una con-
fesión queda algún rinconcito obscuro, allí se acurruca
el diablo.
Rob *Siga usted.*
Eug *¡Honrar padre y madre! ¡Honró usted y quiso á los su-*
yos!
Rob *Venero la memoria de mi madre, pero no la conocí, pe-*
ro á mi padre, sí: le quise con toda mi alma; tanto co-
mo él me quería. Lo hubiera él dado todo por mí: vida
y honra. ¡Por él, hubiera yo dado vida honra y felicida-
dad! (Conteniéndose.) Eugenia, aquí sí que no puede
usted ponerme penitencia.
Eug *¡Lo ve usted, cómo va usted resultando muy bueno,*
El, cree en Dios: él, santifica las fiestas: él honra padre
y madre. . . pero señor ¡qué más hacen los santos!
Rob *Los santos gozan en el martirio, y yo me desespero,*
Eug *¿Yo le martirizo á usted?*
Rob *Sí.*
Eug *¡Nadie lo diría! (Pausa. Con asombro y recelo.)*

Rob *¿Acabamos ya? ¿No le hace á usted más preguntas el*
confesor?
Eug *Algunas más: pero sin importancia. Una cuaresma, un*
confesor muy severo, me preguntó con voz bronca:—
«¿Tiene usted novio?» Diga usted, Roberto: ¿usted tie-
ne novia?
Rob *Y usted, ¿qué contestó?*
Eug *Y usted, ¿qué contesta? Porque ahora quien se confiesa,*
no soy yo; es usted.
Rob *Yo digo que sí: ¡y que la quiero con toda mi alma!*
Eug *Vamos, eso ya merece una penitencia, pero no sé cuál.*
Se la preguntaré al padre.
Rob *¿A qué padre?*
Eug *Por de pronto al mío. Digo, si le parece á usted bien y*
usted me autoriza.
Rob *¿Sí; y yo también se lo preguntaré! Es forzoso concluir.*
¡Basta de bromas encantadoras, deliciosas, pero herri-
bles, crueles! Cree usted que tiene entre las manos un
juguete, y lo que tiene usted, es un corazón que sangra;
basta de niñerías. Acabe aquí la niña. Ha llegado el
momento en que piense usted y sienta, y quiera ó abo-
rrezca como mujer. ¡En serio! ¡En serio! Que usted no lo
sabe, pero esto es el momento supremo de su existencia
de usted y de la mía.
Eug *Yo también sé ponerme serio. A veces parece que hablo*
en broma, pero por dentro sufro mucho. Cuando usted
dice esas cosas tan desesperadas, por algo será. ¿Cree
usted que no lo comprendo? Es decir. . . yo no compren-
do lo que pueda ser. . . pero bien veo que es algo. Es
como si en la oscuridad me apretasen el corazón. ¿Es
una mano! ¿Son unas tenazas? ¿Es un torniquete? No se,
pero sé que me ahogó! Y no sé más, no se más que su-
frir y querer. . . Yo no tengo más que esta idea, no sé
si es de niña ó de mujer, ó de qué: «¿Roberto no me
quiere? ¿quiero morirme!»
Rob *¿Si yo la quiero á usted? . . . ¿Si yo te quiero? . . . ¡Ah, lo*
que dice! Eugenia! si yo me muero antes que tú y no
he podido besarte, bésame, Eugenia, que muerto ó vi-
vo, ese será el cielo para mí!
Eug *¿Y si soy yo la que me muero antes?*

Rob Entonces yo.
 Eug Pues sea.
 Rob ¡Y entre tanto, si me ve usted subir á un calvario de ignominia, no me vuelva usted la espalda! Aunque sea para escarnecerme, vaya usted conmigo.
 Eug ¡Ah, Roberto! ¡No me diga usted eso!.. ¡No lo merezco! Yo sé querer... sé querer más que usted... porque usted, con todo su talento, duda... y yo no dudo... ¡yo amo y creo! con lágrimas de niña... pero con voluntad tan grande, tan grande!.. ¡la voluntad, ya la quisiera usted como la mía! *(Cae llorando en los brazos de Roberto.)*
 Rob ¡Eugenia!

ESCENA VI
 DICHS Y MAURICIO

Maur ¡También se han recibido hoy malas noticias? Perdone usted, Eugenia: lo digo porque esos divinos ojos tienen brillo de lágrimas.
 Eug si no he recibido malas noticias, no será porque no hayan querido dárme las.
 Rob Nunca faltan almas caritativas.
 Maur Ni amigos leales; lo digo, deponiendo toda modestia.
 Rob La lealtad es probada en usted.
 Maur Me complace que usted lo reconozca.
 Eug Y á mí me complacería que mudásemos de conversación.
 Maur Pues yo sospecho, que ha de complacerle más que sigamos hablando sobre el mismo asunto. Para mí, es un deber de conciencia.
 Eug ¿Por qué?
 Maur Porque está probado, que las afirmaciones de aquel peyorístico, que quise leerle á usted, y que usted no quiso oír, son calumniosas.
 Rob ¿De veras?
 Maur Sin género de duda.

Rob ¿Es ironía?
 Maur Hablo seriamente: palabra de honor, No quiso oírme Eugenia: acudí á su padre: le acusé á usted en forma: tuvo usted buen defensor. Se desvaneció la calumnia, y ante la evidencia, me inclino respetuosamente.
 Eug A Roberto.) No: si Mauricio siempre ha sido bueno.
 Maur Mil gracias, Eugenia. En cuanto á usted, señor de Pedrosa, si no se da usted por satisfecho, me tiene usted á sus órdenes. Una reparación no la niego nunca.
 Rob En vez de la reparación que usted me ofrece, voy á pedirle á usted un favor.
 Maur Concedido de antemano. *(En voz baja.)* (No siendo que renuncie á Eugenia.)
 Rob *(No es eso. Esas cosas no se piden por favor.)*
 Maur *(Ni se conceden)*
 Rob *(Naturalmente.)* Eugenia, sea usted tan amable como el Vizconde: concédámé usted otro favor.
 Eug ¡Concedido también! *(En voz baja.)* (No siendo que renuncie á mi cariño.)
 Rob *(No es eso. Eso no lo pediría yo nunca.)*
 Eug *(¡Ni lo concedería yo jamás!)*
 Rob Señor Vizeconde, ruego á usted que lea á Eugenia ese artículo en que tan mal me tratan, y además, mi contestación, que en estos momentos... habrá salido á la calle. Y yo, le ruego á usted, Eugenia, que oiga usted la acusación y la defensa.
 Maur Como favor, estaba concedido. Como reparación, es de justicia; Eugenia decidirá!
 Eug ¡No, por Dios! ¡Yo no quiero oír esas cosas!
 Rob ¿No quiere usted someterse á esta prueba? ¿Teme usted por mí, ó teme usted por sí misma?
 Eug No sea usted así, Roberto,

ESCENA VII

EUGENIA, ROBERTO y MAURICIO: DON LEANDRO y DON MARCOS. Estos dos vienen de la calle muy excitados
 Lean ¡Esto es intolerable!
 Marcos ¡Repugnante!

Rob ¿Qué tienen ustedes?
 Lean Que esta sociedad ha perdido sus polos, que está total, íntegramente, despolarizada. (Se podrá decir despolarizada?) Qué ya no se respeta nada. Y que donde no basta el respeto moral, se impone el respeto á estocadas.

Eug ¿Pero qué ha ocurrido?
 Marcos Pedrosa... soy su amigo de usted. Pues yo le digo, que á ese articulista... Pedrosa, hay casos en que el castigo á sangre se impone.

Eug No, eso no. Siempre está usted empeñado en que se batan los demas.

Marcos ¿Usted qué opina, señor Vizconde?
 Maur Que este no es caso de desafío, Yo puedo cruzar hierro ó plomo con una persona de mi clase y de cierta dignidad aunque no sea mucha: no seamos exigentes. Pero yo no puedo mandar mis padrinos ni al perro que me ladra en una calleja, ni al borracho que me tropieza entre groserías al salir de una taberna, ni al tahir que me insulta al desembocar de un garito. Para estos casos se fabricaron expresamente los agentes de Orden público.

Eug Muy bien, Mauricio, muy bien. Hoy está usted delicioso.

Marcos Eso va en opiniones.
 Rob Pero, ¿qué hay de nuevo?
 Marcos Que ahora mismo, al pasar por la puerta del Sol, hemos oído vociferar á un enjambre de chichelos y de mujeres: «¡La Maza de Fraga, con la carta del diputado lo Pedrosa!» ¡Una carta supuesta! Nosotros no hemos querido leerla.

Lean ¡Una superchería! ¿Suponer que usted les ha contestado! ¿ponerse al habla con el cieno social! (Esta frase sí que le gustará á don Perfecto.)

Rob Pues, mis queridos amigos, lo siento mucho, porque la carta es mía.

Lean ¿De usted?
 Marcos ¡Por Dios!
 Rob Ni más ni menos.
 Marcos Pero, ¿por qué ha hecho usted eso!

Lean ¿Descender usted á defenderse, y ante semejante tribunal!
 Rob Estará mal hecho, pero está hecho.
 Lean (Dándole la mano.) Mal hecho; pero cuente usted conmigo.

Marcos (Lo mismo:) Mal hecho; pero la amistad no tiene límites.

Rob Mil gracias, señores. Sé la amistad que les debo, (Eugenia, ¿no quiere usted leer, al menos, mi contestación? Es la única prueba á que someto su cariño. Si vacila usted es que la duda ha mordido en su corazón.)

Eug Vamos, Mauricio. Quiero complacer á Roberto. Volveré después.

Rob ¿Y si no volviese usted?
 Eug Volveré.
 Maur Estoy á sus órdenes. (¿Le ama usted mucho?)
 Eug (¡Mucho!)
 Maur (¿Con toda el alma?)
 Eug (¡Con toda!) Vamos pronto.
 Maur Pase usted, (Salén,)

ESCENA VIII

ROBERTO, DON LEANDRO y DON MARCOS; después, por la derecha,

FERNANDA, DOÑA ROSARIO y DON JUAN

Lean Amigo Pedrosa, á pesar de sus opiniones avanzadas, reconozca usted que la letra de imprenta necesita un correctivo.

Rob Ya lo tiene.

Marcos ¿En dónde?
 Rob En sí misma.
 Lean Es insuficiente.
 Rob No hay otro.
 Marcos ¿Pero el insulto?..
 Rob Es tan antiguo como el hombre.

Lean ¿Y la murmuración?
 Rob Es tan antigua como la mujer,
 Lean Pero la calumnia necesita un freno.
 Rob Sí lo necesita. Pero es bestia tan salvaje, que en sesenta siglos nadie ha podido frenarla. Se enfrena un potro, porque tiene cabeza en que sujetar un cabezón de serreta, lomos que oprimir y dos ijares en que clavar las espuelas. Pero no se enfrena ni el mar por lo inmenso, ni el aire por lo vagoroso, ni el miasma por lo sutil. Contra la calumnia en letra de molde ó en aliento humano, no hay más que esto: una conciencia limpia aquí abajo; una justicia eterna allá arriba, y la frente muy alta y de frente á la sociedad.
 Lean ¡Bien dicho!
 Marcos ¡Qué hombre!
 Juan Aquí no tiene usted más que amigos y admiradores.
 Ros No se olvide usted: el lunes almuerza usted con nosotros.
 Rob ¡Señora!..
 Lean Es compromiso formal.
 Rob Todo lo que ustedes quieran. (¡Ya vuelve!) (Viendo venir á Eugenia.) (El momento decisivo de mi vida.)

ESCENA IX

ROBERTO, FERNANDA, DOÑA ROSARIO, DON LEANDRO, DON MARCOS y DON JUAN: por la derecha, primer término, EUGENIA y MAURICIO. Eugenia viene pálida y vacilante, en fin, como la actriz crea que debe venir. Su primer ímpetu es precipitarse hacia Roberto. Pero le faltan fuerzas ó le falta valor, y cae en un sofá. Mauricio queda en pie, á su lado ó detrás del sofá. Toda esta escena hay que hacerla con mucha naturalidad, con mucha verdad, con movimientos fáciles. Cuando sea preciso, con intención Roberto habla con todos los que le rodean, se sonríe, parece indiferente, pero no quita la vista de Eugenia.

Rob (¡Se acerca!.. ¡No se acerca!..) (Mirando á Eugenia.)
 Juan (Separándose del grupo y mirando alrededor.) Me parece que estamos todos. No, falta don Jenaro.)To-

ca un timbre y aparece un criado.) Que avisen á don Jenaro. (Sale el criado. Se vuelve don Juan y repara en Eugenia.) ¡Eugenita!.. Pero, ¿qué tiene Eugenia? Se acerca á ella afanoso: los demás, sin atenderle ni oírle, rodean á Roberto, la conversación es cada vez más animada.) ¿Qué tienes, hija mía? ¿Te has puesto mala? (Eugenia no le contesta: le mira con los ojos muy abiertos y muy espantados.) Pero, ¿qué tiene esta criatura? (A Mauricio, el cual tiene un periódico en la mano.) ¿Le has dado algún disgusto?
 Maur Yo, no. Ha leído esto (Dándole el periódico. Todo esto en voz baja.)
 Juan ¿Y qué es esto?
 Maur La contestación de Roberto.
 Juan ¡Ah!.. ¡A ver, á ver! (Buscando con afán en el periódico. Mauricio le señala dónde.)
 Eug (A Mauricio.) ¡Habremos leído mal!.. Yo no veo claro. Tengo una nube ante los ojos.
 Maur Sa padre de usted nos lo dirá. (Eugenia sigue con la vista á su padre.)
 Juan ¡Jesús: Jesús!.. ¡Qué vergüenza!.. ¡Qué desdicha!.. (Se separa algunos pasos y se apoya sobre una mesa, Maquinalmente se lleva el periódico.)
 Maur Hemos leído bien. (Señalando á don Juan. en quien es visible la emoción.)
 Eug (Entonces No sé.. no sé. ¡Dios mío, qué es esto.)
 Juan ¡Pero si esto no es posible! ¡Si yo he leído mal! Si yo he comprendido mal! ¡Si en esta carta debe haber un doble sentido! ¡Calma! ¡Calma! No nos precipitemos. A ver.. A ver. (Vuelve á leer de nuevo el periódico, pero á cierta distancia de Eugenia y Mauricio.)
 Eug (A Mauricio.) También él duda. (Señalando á su padre.)
 Maur ¡Veremos si se convence!
 Fern (En el grupo de Roberto.) Pues nosotras no somos de la opinión de usted, señor de Pedrosa; por la primera vez disentimos de nuestro jefe, ¿verdad, Rosario?
 Ros Esta es nuestra primera disidencia. Ha hecho usted mal, muy mal en contestar.

Marcos Esta vez se queda usted solo; abandonamos al jefe.
 Lean Le abandonamos. *(Todo esto riendo.)*
 Fern Y nos llevamos la bandeja *(Ella y doña Rosario se separan riendo y bromeando del grupo, y vienen hacia el centro sin cesar de hablar. Se oyen frases como esta.)*
 Ros ¡Si, hija, sí! ¡Lo digo de veras! ¡Ha hecho muy mal! . . . *(Etcétera. Don Leandro y don Marcos se quedan hablando con Roberto.)*
 Rob *(A don Leandro y á don Marcos.)* ¡Todos me van abandonando! . . . *(¡Ella También!)* Esta visto . . .
 Lean *(Con severidad cómica.)* Usted se lo ha ganado, señor de Pedrosa.
 Bob Empieza la marea menguante: Esta es la vida.
 Eug ¡No! . . . ¡Esto es un sueño! ¡Esto es una pesadilla! *(A Mauricio.)* Le van dejando. ¡Lo saben ya!
 Maur ¡Es posible!
 Eug ¡Qué crueldad! ¡Qué crueldad!
 Fern *(Acercándose con doña Rosario á don Juan, que lee por tercera vez la carta. Acabó de leerla la segunda vez, y se quedó con la cabeza entre las manos. Y empezó por vez tercera.)* ¡Qué lee usted, señor don Juan? *(Los tres están en segundo término.)*
 Ros *(A Fernanda.)* ¿Será la carta de Roberto?
 Fern ¿Es la carta?
 Juan ¡Si, ahí está! *(Con profundo abatimiento. Los dos se ponen á leer al mismo tiempo. Fernanda tiene el periódico; doña Rosario se acerca á ella y va leyendo á la vez.)*
 Eug *(Volviéndose hacia Mauricio.)* ¿Usted cree en eso que ha escrito Roberto!
 Maur ¿Quién ha de contestar? ¿El enamorado ó el caballero? Porque el enamorado dirá ¡Si!
 Eug ¿Y el hombre de honor?
 Maur ¡No!
 Eug ¡Gracias, Mauricio! *(Estrechándole la mano con las dos suyas, con efusión.)*
 Rob *(Que lo ha observado.)* ¡Oh! ¡Qué expansión! Já, já, já! *(Riendo con risa estridente.)*
 Lean ¿Le hacen á usted reír estas cosas?

Rob ¡Es natural!
 Fern *(Leyendo.)* Pero, Rosario, ¿qué es esto?
 Ros ¡No sé, hija, no sé; se habrá vuelto loco!
 Fern ¡Virgen de los Desamparados! *(Siguen leyendo los dos.)*
 Ros Es preciso que Leandro lo sepa. . . ¡Leandro! . . . *(Llamando en voz alta.)* Con el permiso de esos señores. . . haz el favor.
 Lean ¡Pues vendrá el conflicto! ¡Créanlo ustedes que vendrá! Los conflictos son insustituibles. *(Dice esto separándose de Roberto y de don Marcos.)*
 Ros ¿Leandro?
 Lean Ya voy, hija. ¿Qué querías? *(Fernanda y doña Rosario le hablan con animación y le dan el periódico.)*
 Rob *(Ya circula! . . . ¡Ya circula! . . . ¡De mano en mano! . . . ¡Qué aprisa! ¡Y el qué se va no vuelve! ¡Ni Eugenia!)* Se ha quedado usted pensativo, amigo Pedrosa. A veces don Leandro dice cosas que hacen pensar.
 Marcos
 Rob ¡Mucho, mucho!
 Lean *(En el grupo de don Juan, Fernanda y doña Rosario, leyendo el periódico.)* Pero señor, esto es increíble. Don Juan, ¿qué dice usted?
 Fern El pobre don Juan está muerto.
 Lean ¡Don Marcos! *(Llamándole en voz alta.)* Una palabra. . . con permiso.
 Rob Vaya, vaya usted. . .
 Marcos *(Acercándose al grupo de don Juan, Fernanda doña Rosario y don Leandro.)* ¿Qué deseaba usted, don Leandro? *(Todos le rodean y le hablan, mostrándole el periódico. Todos, menos don Juan, que está entre ellos, pero inmóvil.)*
 Juan ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Eugenia!
 Eug *(¡Solo! . . . ¡No! sea verdad, sea mentira, no quedará solo. ¡No, Roberto, no; eso no!)* *(Se levanta con impetu, pero luego se acerca á Roberto con lentitud, apoyándose en los muebles Roberto, inmóvil; los dos se miran fijamente; ella avanzando. Todo esto queda encomendado á los actores.)*
 Maur ¿Qué corazón tan grande tiene esa niña! ¡Qué lástima no sea mía!
 Criado *(Sabiendo.)* ¡El señor está servido!

Juan (Al ver que Eugenia se va acercando á Roberto le cierra el paso apresuradamente; deteniéndola.) ¡Hija mía! ¡nos llaman! ¡Ten valor; la situación es imposible!

Eug (¡Tendré valor; ya verá usted!)

Juan Don Leandro, tenga usted la bondad de ofrecer el brazo á Fernanda. Usted don Marcos, á Rosario. (Así lo hacen.) Mauricio, dale el brazo á tu prima. (Mauricio se acerca y le da el brazo á Eugenia.) Los demás iremos solos. (En este momento entra don Jenaro.) No... yo con usted. (¡No puedo sostenerme! ¡Qué trance Dios mío!) (Se apoya en don Jenaro.)

Jen (Don Juan!)

Juan (¡Luego, luego hablaremos!...) Pues cuando ustedes gusten. Pasen, pasen. (Movimiento de todos hacia el comedor. Eugenia vuelve la cabeza y mira á Roberto. Roberto en pie, inmóvil, como estaba.)

Eug (¡Le dejan! ¡Todos le dejan! ¡Yo no!) (Soltándose del brazo de Mauricio.) Perdone usted, Mauricio. ¡Qué distracción, papa! (Riendo: fingiendo alegría; como la actriz quiera.) ¡Esta comida era en honor de los triunfos de nuestro buen amigo... y le dejamos solo! ¡No, no está bien! ¡Qué tornadizos somos y qué ingratos! Roberto, ¡quiere usted darme el brazo? (Acercándose á él; todos se detienen á la puerta del comedor y corre un murmullo.)

Rob ¡Eugenia! (Acercándose á ella con suprema alegría. Eugenia, buena memoria! ¡el alma se lo agradece! Con teniéndose.) ¡Pero, no es posible! Dobo retirarme. Con el permiso de ustedes, dobo retirarme. (Todos respiran como si se les quitase un peso de encima. Esto muy poco marcado.)

Juan Si no se siente usted bien... lo deploramos... pero no quisieramos violentarle.

Rob Mil gracias Pues con su permiso (Hace un movimiento para retirarse.)

Eug Con el mío, no.

Juan Eugenia, no seas niña.

Eug Ya no lo soy. Me lo han prohibido: ¡verdad, Roberto? No es capricho de niña, es mandato. Yo obedeci antes;

obedezca usted ahora. El brazo, Roberto. (Todo esto, dicho con los matices que la inspiración dicte: seriedad, tristeza, terquedad de niña, etc)

Juan ¡Por Dios, hija! No molestes al señor de Pedrosa!

Eug ¡Ah! ¡Son ustedes egoistas, muy egoistas! Hace poco rodeaban ustedes al señor de Pedrosa afanosos y entusiastas; pero se abrieron esas puertas. (Las del comedor.) despertaron nuevos apetitos y cayeron sobre Roberto las tristezas del abandono. ¡Yo no soy así: yo sí que soy de los fieles, de los leales, Roberto! De los que siempre creen, de los que siempre... siempre estarían orgullosos con su afecto de usted. Ahora me da usted el brazo, y luego me acompaña usted al Teatro Real, que en nuestro palco tiene usted puesto de honor.

Juan ¡Eugenia! (Con energía, casi con acento colérico.)

Rob No tema usted, don Juan. Yo soy de los que saben agradecer: no soy de los que saben abusar. (Sin poder dominarse.) ¡Eugenia, hay dolores horribles que son dulzuras divinas! ¡Hay momentos en que nada hay más parecido á un cielo que un infierno! ¡Hay abismos que parecen cúspides: todo consiste en darles la vuelta! ¡Perdonen ustedes! Tenga usted compasión de mí, Eugenia. Adiós.

Eug ¡Hasta cuándo?

Rob ¡Hasta cuando Dios quiera!... ¡si quiere!

Eug ¡Si querrá!

Rob ¡El lo sabe!

Eug Y yo también. ¡Adios!

Rob ¡Adiós!

Jen ¡Roberto!... ¡Hijo mío!... (Encontrándole en la puerta de salida.)

Rob ¡No; gracias, don Jenaro; solo, solo con Dios y con ella!

Eug Ya quedaron ustedes libres. Podemos entrar. ¡El brazo, Mauricio!



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

NICOLÁS, encendiendo los candelabros. GREGORIO, en un sofá echado, es decir, á la inversa que en el primer acto

Greg ¿Qué estás haciendo?
Nic Ya lo ves; dar luz por si vienen visitas.
Greg ¡Visitas! Si hace cuatro días que no viene nadie. ¡Desde que el señorito Roberto dió el *barquinazo*, se acabó!
Nic ¡Ya, ya! ¿Qué decente es el mundo!
Greg Pues ya lo ves. El señorito Roberto siempre está solo. Lástima da oírle dar paseos por su despacho. A veces estoy por entrar. vamos, para que tenga compañía.
Nic ¡Hombre! ¡Hacerle tu compañía al señor! Mucho te subes de punto.
Greg ¡Por qué no! Todos somos hijos de Dios. Antes me infundía al señor mucho respeto, estaba ¡tan arriba! Pero desde que los periódicos han publicado su historia, me parece otro hombre. ¡Quererle, le quiero lo mismo ó más... eso sí! Porque estas son desgracias de la vida.

Nic Lo que dice Pablote: ¡hoy estás tú en presidio, mañana lo estoy yo, y qué remedio! ¡Qué le coge á uno el carro!
Greg ¡Paciencia! Cuando no se está por nada dehomoso... Pues lo de tu señor, no fué muy limpio.
Nic ¿Quién te ha dicho eso? ¡Mentira! Que *apañó* unos cuartos de su padre, ¿y qué?
Greg ¡No eran de su padre: eran de una sociedad ó de un comercio, qué sé yo! En fin, que no eran suyos.
Nic Lo que es de muchos no es de nadie.
Greg Dí tú que te ciega el cariño que le tienes.
Nic Desde que tengo más franqueza con él, es verdad, le tengo más cariño. Me parece que es más de los míos.
Greg Pues mira... á mí, no. ¡A mí me da no sé qué! Y que fué la causa de que su padre se matase. Eso hay que mirarlo.
Nic Porque el viejo se precipitó. El señorito, te digo que es muy bueno, y cada día mejor á más considerado. La otra noche entré á llevarle un vaso de agua; porque ahora bebe mucha agua; parece que esta requemado por dentro; pues bueno, me distraje, y entré fumando una colilla. ¿Pues qué te figuras? ¿Que me riñó? ¡Cá! Se echó á reír, y yo me eché á reír con él y nos reímos los dos como si fuéramos iguales, solo que él se reía de un modo que hacía daño.
Greg ¡Claro! Dió un vuelco, que ya ni la paz y caridad lo levanta. Ne le queda ni un amigo.
Nic Le queda don Jenaro.
Greg Esa verdad; pero ese no viene mucho.
Nic T enes razón. Don Jenaro se muere del disgusto. Ni come, ni duerme. Anoche se levantó tres veces y se acercó á esa puerta á oír (*Acercándose á Nicolás y con voz baja.*) Poco á poco le ha quitado todas las armas al señorito, A ia cuenta teme. Mira, ahí tienes las últimas armas que acabo de recoger. (*Señalando á la mesa.*)
Greg Ya, ya, He observado que tiene los ojos muy espantados don Roberto. Cuando tiene así los ojos, cómo tendrá el corazón.
Nic Es que está desesperado. Es que los amigos le tratan de un modo... ¡Fíese usted de los amigos! Pero en

Nic quien más me choca es en don Juan; ni ha vuelto por esta casa.
 Está furioso con don Jenaro: dice que le ha engañado; que es un mal caballero. ¿Y qué me dices de la señorita Eugenia?
 Greg Esa hará como todas las mujeres. ¡Esto, más desengañado del género!
 Nic Pues no pensé yo que fuese así la señorita Eugenia.
 Greg Como todas. (Pausa)
 Nic Suenan faldas
 Greg (Asomándose al fondo.) ¡Sí; doña Fernanda y doña Rosario!
 Nic ¡Toma, toma! Es verdad. ¿Y á qué vienen esas?
 Greg No sé, por algo será.

ESCENA II

NICOLAS, GREGORIO, FERNANDA Y DOÑA ROSARIO

Ros Nicolás, pregunte usted si recibe doña Mercedes.
 Nic Aún no no ha salido de su cuarto; pero yo creo que recibe. Preguntaré.
 Ros Aquí esperamos.
 Nic Como las señoras gusten. (Sale Nicolas por la derecha)
 Fern ¿El señor de Pedrosa, está?
 Greg No, señora. No ha vuelto todavía; pero le avisaré á la señora, cuando vuelva el señor.
 Fern No hace falta. Era una pregunta.
 Greg Si señora. (Sale por la izquierda)

ESCENA III

FERNANDA Y DOÑA ROSARIO

Ros ¿Porqué te ha ocurrido venir á ver á Mercedes?
 Fern Y tú, ¿por qué me preguntaste con tanto interés si

venía?
 Ros ¡Qué se yo!
 Fern Pues yo tampoco.
 Ros (Acercándose y en voz baja) ¿No sentias curiosidad por ver que cara tiene Roberto después de la catástrofe?
 Fern Yo, mucha. y ¿T tú?
 Ros Yo, muchísima.
 Fern Desde niña he sido así. Les tengo un miedo horrible á los muertos; pero no puedo remediarlo, no puedo resistir la curiosidad que siento por ver que cara les queda
 Ros Como yo. Y por eso: como nos gusta ver que cara tienen los muertos
 Fern Por eso nos gustaría ver que cara tiene Pedrosa. (Se ríen las dos)
 Ros Justamente.
 Fern La verdad, encontrar en público á Pedrosa, no me gustaría. Es situación muy difícil la de sus antiguos amigos. Vamos á ver, ¿qué se le dice? ¿De que se le habla? ¿Se le saluda afectuosamente en presencia de todo el mundo? No esta bien
 Rosa No esta bien
 Fern ¿Pero se le saluda con frialdad? Tampoco está bien, es mostrar mal corazón.
 Ros El debió marcharse de Madrid y no comprometer diariamente á sus amigos. Lo demás es el colmo del egoísmo.
 Fern Eso es: un chapuzón de unos cuantos años.
 Ros Pero él es muy imprudente y muy orgulloso.
 Fern Como que hace dos días que tuvo un disgusto grave con Vegafranca, uno de los fieles.
 Ros Como nosotros: fieles lo hemos sido todos hasta sus últimos instantes.
 Fern Parece que Vegafranca pasó sin saludarle, haciéndose el distraído; pues Roberto le detuvo y le dijo en seco: «Tan ruin y tan adúlador con los vencedores, como cruel é insciente con los vencidos»
 Ros ¡Jesús! ¡Qué hombre! ¡Qué energúmeno!
 Fern Figúrate. Dicen que hay un desafío pendiente. Pero á

Ros Roberto le cuesta trabajo encontrar padrinos.
 Ros Es natural. Nadie quiere comprometerse.
 Fern En estas cosas, la neutralidad.
 Ros Precisamente... Ni por Roberto..
 Fern Ni contra Roberto. Quién sabe lo que puede ocurrir.
 Ros Don Jenaro jura que Roberto ha mentido; que es inocente.
 Fern Chocheces de viejo. ¡Mentir para deshonorarse!...
 ¡También sería gusto!... ¡Sería haber perdido el juicio!
 Ros Nunca tuvo mucho. (*Acercándose al foro*) Pero aquí me parece que le tenemos.
 Fern (*Lo mismo*) Es verdad. ¿Le esperamos?
 Ros No hija. Yo no sabría qué decirle.
 Fern No seas tonta. Verás como yo no me corto. Además, no nos han dicho todavía si recibe Mercedes.
 Ros Como quieras. Pero voy á pasar un mal rato.

ESCENA IV

DICHOS Y ROBERTO

Ros ¡Amigo Roberto!
 Fern (*Fingiendo serenidad.*) ¡Querido Roberto!
 Rob (*Frio y respetuoso.*) ¡Señoras!..
 Ros ¿Está usted bueno?
 Rob Muy bueno: gracias.
 Fern Crea usted que nos alegramos. (*Procura fingir serenidad, pero se ve que las dos están cortadas y violentas*)
 Rob ¿Y los respectivos esposos?
 Ros Tan buenos. Es decir... no; digo bueno por la costumbre. Leandro está con un catarro... no sale de casa: absolutamente no sale.
 Fern Tampoco el mío. Siempre en casa.
 Rob Es donde mejor se está. (*Pausa.*)
 Fern ¿Y qué es de su vida de usted? No se le ve en ninguna parte.
 Rob Pues yo á todas partes voy. Al Congreso, al Senado,

al club, á los teatros... á todas partes.
 Ros ¡Qué casualidad! Pues no lo he visto.
 Fern Ni yo tampoco. Verdad es que apenas salgo, como Pepe está así..
 Rob Pues yo las he visto á ustedes muchas veces... en todas partes.
 Fern ¿De veras? Pues nosotras no. (*Pausa*)
 Ros ¿Recibió usted una tarjeta mía?
 Rob Sí, señora. Diciéndome que se suspendía aquella comida á que tuvo usted la bondad de invitarme.
 Ros Justamente. Tuvimos una desgracia de familia.
 Rob Eso decía la tarjeta.
 Ros No sabe usted qué disgusto. Murió de repente don Lucas, un tío político de una cuñada. Muy buen señor y le queríamos muchísimo.
 Rob Lo deploro, señora. Es decir, deploro la desgracia.
 ¿Murió en Madrid?
 Ros No, señor, murió en la Habana. Hacía treinta años que estaba allá (*Pausa, Todos están violentos.*)
 Fern ¿Que tiempo, verdad?
 Rob Muy malo, señora. (*Pausa.*)
 Ros Anuncian un ciclón
 Rob Pues vendrá (*Pausa*)
 Fern ¿Y que hay de nuevo?
 Rob Nada que yo sepa. (*Pausa*)
 Ros Todos los días me está diciendo Leandro: «Tengo que ver á Roberto, tengo que verle»
 Rob Pues no me ha visto. Yo sí; desde lejos. Da la casualidad que siempre que llego yo se marcha él.
 Ros ¿Si no sobe usted lo ocupado que está!
 Rob Con la testamentaria de don Lucas ¿verdad?
 Ros ¿De qué don Lucas? (*Fernanda le da un codazo*)
 Rob Del tío de la cuñada.
 Ros ¡Ah! También. Pero, además mil cosas.
 Nic (*Entrando por la derecha.*) Doña Mercedes y don Jenaro les esperan á ustedes.
 Ros Con su permiso de usted, Roberto. Tanto gusto en verle.
 Fern Adiós, Roberto. Que se le vea á usted.
 Rob ¡Señoras!..

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 TORO MONTERREY, MEXICO

Ros (A *Fernanda*, en voz baja) (Está muy pálido: le ha hecho impresión.)
 Fern (Y le brillan mucho los ojos: ojos de loco. Sí; sí la ha hecho impresión.)
 Ros ¡Adiós!
 Fern ¡Adiós! (Salen *doña Rosario* y *Fernanda* por la derecha.)

ESCENA V

ROBERTO; Luego GREGORIO; Después DON LEANDRO y DON MARCOS.

Rob Voy sintiendo cansancio. Se lucha contra una fuerza que se nos opone y que nos amenaza. No contra una fuerza que se retira de nosotros, y que huye, y que nos deja en el vacío. ¡Bah! Buen necio soy al preocuparme de estas cosas. (Pausa.) Pero ella... ella!... ¡Ni una palabra, ni una carta, ni un consuelo! Cuatro días... y nada. En aquel arranque generoso agotó cuanto le quedaba de amor. No lo pensaba yo no lo creía. Esperaba... esperaba... Eugenia... Eugenia... (Deja caer la cara entre las manos.)

Greg Don Leandro y don Marcos desean hablar con usted.
 Rob ¡Ellos! ¿Para qué?
 Greg No lo han dicho.
 Rob Bueno, que pasen. (Salen por el fondo Gregorio.)
 ¿A qué vendrán? ¿Que importa? Me servirán de distracción. Casi me ha entretenido la conversación de *Rosario* y *Fernanda*. Echar sondas en el egoísmo humano, divierte. Tropecé con la roca, tropecé con el hielo, tropecé con el cieno. Ya está el fondo al descubierto. ¡Qué asco!

Lean ¡Señor de *Pedrosa*!...
 Marcos ¡Señor de *Pedrosa*!... (Entaran solemnes y tristes, como los amigos cuando van a dar una mala noticia.)
 Rob Señores míos...

Marcos Deseábamos hablar con usted brevemente.
 Digo, si no le causamos molestia.
 Rob De ningún modo. Sientese ustedes. (*Don Leandro* y *don Marcos* se miran y invitan a hablar. No quiere empezar ninguno.)
 Lean Puede usted empezar, amigo don Marcos.
 Marcos ¡Por Dios, empiece usted, amigo don Leandro!
 Lean De ningún modo. Su misión de usted reviste más importancia y entraña más gravedad que la mía.
 Rob ¿Una cuestión inpotante y gravísima? Pues no adivino.
 Marcos Verdaderamente es un asunto muy desagradable. Yo quise excusarme, pero se empeñaron los amigos... ¿comprende usted?
 Rob No señor. Si usted no se explica...
 Marcos Ya me explicaré. Pero es difícil, ¿verdad? (A *don Leandro*.)
 Lean Muy difícil.
 Marcos Es una comisión muy molesta, amigo *Pedrosa*.
 Rob Pues hable usted sin reparo.
 Marcos Usted, con su deferencia de siempre, me allana el camino. - Usted fué nuestro jefe, nuestro *leader*, ¡quién podía disputarle a usted el puesto? Usted nos había dado un programa! Ah! Su programa de usted era admirable!... Su programa de usted será el nuestro; pero...
 Rob Pero el jefe no puede continuar siendo jefe, ¿no es esto?
 Marcos En realidad, siempre lo será usted. Pero las circunstancias se imponen, señor de *Pedrosa*.
 Rob Sí, es muy justo y muy natural. Yo me dí por destituido hace días.
 Marcos Es que... no es eso solo.
 Rob ¿Hay más?
 Marcos Hay. Pues hay... La consecuencia de esto. Consecuencia dolorosísima para todos nosotros, créame usted. Los amigos esperan de usted otro sacrificio más.
 Rob Pero si yo me anulé, si me destituí, si me doy por muerto, ¿que más quieren?
 Marcos Continúa usted siendo diputado. Es decir, compañero nuestro.

Rob ¡Ah! ¿De modo que lo que ustedes desean es que presente mi dimisión del cargo de diputado?

Marcos Poco á poco, que no es una imposición. Es un consejo, es apeler á su caballerosidad de usted. Es que la situación de todos, de usted y nuestra, es difícilísima. Lo cierto es, que cuando usted se presentó diputado...

Rob Me presenté con mi nombre, bueno ó malo, y en posesión de mis derechos civiles y políticos; á nadie engañé.

Marcos Sí pero el cuerpo electoral ignoraba.

Rob Basta: no se moleste! Que sus amigos de usted redacten mi dimisión de diputado como gusten, y yo la firmaré!

Marcos Siempre se distinguió usted por su delicadeza y por su buen sentido.

Lean Perfectamente, señor de Pedrosa.

Rob Hemos concluido.

Lean Perdóne usted Yo también tenía que decir algo. Cosa sin importancia Es una indicación de los amigos del Club.

Rob No se canse usted más. Presentaré mi dimisión de presidente, y presentare mi dimisión de socio. ¿Es bastante?

Lean Nunca hubiéramos pretendido...

Rob Asunto terminado á satisfacción de todos.

Marcos Mil gracias, señor de Pedrosa,

Lean Mil gracias. Y con su permiso vamos á saludar á doña Mercedes.

Rob Siempre á sus órdenes. Señores. . . (Vase Roberto por la izquierda.)

ESCENA VI

DON LEANDRO Y DON MARCOS; Después MAURICIO Y GREGORIO

Marcos ¿En qué piensa usted?

Lean En que si ese hombre lograra rehabilitarse, nos habíamos ganado un amigo.

Maur (A Gregorio que entra con él.) Diga usted al señor de Pedrosa que deseo hablarle. (Pasa y Gregorio vase por la izquierda.) ¡Señores!...

Lean Señor Vizconde..

Marcos Señor Vizconde..

Greg (Al salir.) (Van volviendo las visitas. ¿Por qué será?)

Lean (A don Marcos) ¿Viene á ver á Roberto? ¿Por qué será?

Marcos (Es una visita muy estraña.)

Lean (En voz alta á Mauricio) ¿Conque viene usted á visitar al amigo Pedrosa?

Maur Sí, señor. ¿Ustedes vendrán á visitar á doña Mercedes y á don Jenaro?

Lean También también hemos hablado con Roberto. Nosotros no podemos olvidar. ¿Comprende usted?. Nosotros no somos de los que se encarnizan con el vencido. ¿Se hace usted cargo?

Maur Sí me hago cargo.

Marcos De una amistad como la que le profesábamos, siempre queda algo, Respetamos los fallos sociales. . pero en la esfera privada, es otra cosa.

Lean En la esfera privada. . somos siempre de los leales. Puede usted decirlo.

Maur ¿Yo? ¿Para qué?

Marcos ¿Pero usted cree por completo en esa historia desdichada? ¿Sabe usted algo?

Maur Lo que saben ustedes. Lo que sabe todo el mundo.

Lean ¿Pero usted cree?..

Maur En muy pocas cosas. Creo en los artículos de la fe, en la honra de mi familia, en la virtud de la mujer á quien amo y en nada más. ¡Ah, sí! Creo en el egoísmo de la raza de Adán.

Lean (Hiendo.) ¡Este Vizconde!..

Marcos (A don Leandro, en voz baja.) (A este no le sonsaca usted.)

Lean (Esta visita del Vizconde, me intriga.)

Marcos (Y á mi también.)

Greg (Por la izquierda y á Mauricio.) En seguida viene el señor

Lean (Despidiéndose.) Señor Vizconde. . .

Marcos Hasta luego.

Maur Luego pasaré.

ECENA VII.

MAURICIO y ROBERTO

Maur El egoísmo viste todos los trages: desde el manto imperial á la blusa. Estos dos son el egoísmo de la levita.
Rob *(Viene por la izquierda.)* Señor Vizconde.
Maur Señor de Pedrosa.
Rob ¿Deseaba usted hablarme?
Maur Brevemente.
Rob Todo el tiempo que usted guste. *(Lo invita á sentarse.)*
Maur Mil gracias.
Rob Estoy á sus órdenes.
Maur Mi familia quiso que siguiese la carrera diplomática, pero no servía, y la dejé.
Rob Le agradezco la confidencia.
Maur Quise decir, que soy execciblemente franco, No sirvo para los movimientos envolventes: voy en línea recta.
Rob Ya lo he conocido.
Maur Y lo va usted á conocer más. Señor de Pedrosa, desde que las circunstancias han hecho que no pueda usted ser mi rival, siento por usted una gran simpatía.
Rob Agradecidísimo, señor Vizconde.
Maur Como lo digo, y vengo á probarlo. Sé que ha tenido usted un choque con Vegafranca: sé que busca usted padrinos y que no les encuentra. Vengo, pues, á ofrecerme á usted, y si usted se digna aceptarme, del compañero yo me encargo.
Rob Señor Vizconde, es una lastima que séamos rivales.
Maur Es que ya no lo somos. En eso sí que no transijo.
Rob En la intencion, siempre realidad, imposible: ya lo sé.
Maur A la *bonne heure*. Así habla un hombre digno.
Rob ¿Todavía cree usted que soy un hombre digno?
Maur Si yo no lo creyese, no me ofrecería á usted.
Rob Gracias, señor. Vizconde. ¿De modo que usted cree que el tiempo, la voluntad, el trabajo y la honradez,

Maur han borrado mi falta . . . mi delito?
Rob No: yo no creo nada de eso.
Señor Vizconde.
Cada uno tiene sus creencias. Lo que yo creo es que si usted, á los veintún años hubiese hecho lo que usted afirma que hizo, seguiría usted siendo hasta la consumación de los siglos un granuja. En cuyo caso, no me acercaría á usted.
Rob Usted no tiene derecho para dudar de mi palabra.
Maur O hizo usted lo que afirma ó no lo hizo. Si lo primero su palabra de usted vale poco. Si lo segundo, afirma usted lo que no es cierto.
Rob Pero, ¿á qué fin empeñarme en que estoy deshonrado, no estandolo?
Maur No lo sé ni me interesa. Será locura, será misterio. . . . Yo, de todas maneras le agradezco muchísimo que me desembarace usted el terreno.
Rob Señor Vizconde, yo le aseguro á usted . . . yo le afirmo . . . yo juraría á ser preciso. . .
Maur No disputemos. No tengo afán ninguno por demostrarle á usted que es honrado.
Rob ¡Lo soy! *(Con violencia.)* ¡No lo fui! *(Conteniéndose)*
Maur Convencido: fué usted un tunante.
Rob ¿Miente usted!
Maur ¿En qué quedamos? ¿Cuándo miento?
Rob Perdone usted. Todo vendrá á parar en que estoy loco.
Maur Sería una solución muy satisfactoria para todos. En suma, ¿acepta usted mi ofrecimiento?
Rob No se arrepiente usted
Maur No señor.
Rob Pues acepto.
Maur Pues voy á buscar el otro padrino. Pero antes voy á saludar á don Jenaro.
Rob Señor Vizconde, si no le odiase á usted tanto, lo que-rría á usted mucho. A fe que sería su amigo de corazón.
Maur Como yo no tengo necesidad de odiarle á usted, me complazco en ser su amigo. Antes mi admiración y mi odio. Ahora, mi simpatía y mi respeto.

Rob Gracias, Mauricio. ¿Quiere usted darme un abrazo? ¡Ya, qué importa! Primero y último.
 Maur Primero...y no sabemos si será el último. *(Se abrazan.)*
 Rob ¡Adiós!
 Maur ¡Adiós!
 Rob. ¡Gran corazón!
 Maur ¡Demonio de hombre! *(Sale por la derecha)*

ESCENA VIII

ROBERTO; GREGORIO, Con una bandeja en que hay varias cartas

Rob ¡El debía odiarme... y me tiende su mano!
 ¡Ella debía amarme... y huye de mí! ¡Cómo me pesa la vida!
 Greg ¡Señor!..
 Rob ¿Han traído cartas?
 Greg Todas estas. *(Dejándolas sobre la mesa.)* Algunas vinieron esta mañana.
 Rob Retírese usted *(Sale Gregorio Pausa.)* ¿Cuántas visitas he tenido, y cuántas cartas me traen! *(Mirando la bandeja y riendo.)* Ya vuelven á interesarse por mí. La marea que sube: la marea que viene otra vez á la playa y la cubre. Pero no viene con todas sus olas: falta una la espuma más irisada: la única en que se bañaba gozosa, mi alma la única en que no era amarga. ¡Eugenia! ¡Eugenia! ¿Todos vienen... ó piadosos ó crueles, pero vienen! ¡Y ella!... ¡nada! ¡El silencio, el desden, el olvido! ¡Ella ni tiene corazón, ni sabe querer! ¡Ah, la tornadiza, la ingrata, la infame! ¡A que no hay ni una carta suya! ¡A que no? A ver, á ver!... *(Abre una carta.)* Retirándome la defensa de un pleito: adelante *(Abre otra carta.)* Este es un amigo anónimo que me manda todos los recortes de los periodicos que me insultan. ¡Qué almas tan grandes hay en el mundo! Yo no sé cómo reventan las esferas. Venga más mise-

ria. *(Abre otra carta.)* También un anónimo: éste me insulta por su cuenta. ¡Y con cuanto valor! Pues ella ni para insultarme me escribirá! *(Revolviendo con ira las cartas cerradas.)* Nada... nada... ¡Ah! Esta... sí... ella... ella... ¡Al fin! *(La coge, la besa y cae sin aliento, apretándola con delicia.)* ¡Eugenia!... ¡Mi Eugenia!... *(Abre y lee)* «Roberto, te quiero siempre, estoy enferma; me vigilan mucho, sufro mucho, no espero más. Esta noche, con una criada de confianza iré á verte. ¡Iré, iré aunque tenga que escaparme! Voy á volverme loca. ¿Qué pensarás de mí?... ¿Que te olvido?... ¡No, eso no! Estoy todavía en la cama; escribo con lápiz y á escondidas, bajo la sábana. ¡Quiéreme!... No sufras... no dudes... ¡Creo que vienen!... ¡Adiós! Esta noche espérame... espérame por Dios.—Eugenia.» ¡Dios! ¡Dios mio!... ¿Qué hora es?... ¡Es tarde. ¡No viene!... ¡Ah, si, si... ¡Ella! Eugenia!

ESCENA IX

ROBERTO Y EUGENIA

Eug ¡Roberto! *(Se abrazan. Eugenia viene febril, delirante, medio loca; pero sin estar loca; la actriz interpretará como crea oportuno esta especie de delirio, que no es delirio.)*
 Rob ¡Mi Eugenia, que no me olvida, que no me desprecia, que me quiere!
 Eug ¡Si, mucho, mucho! Está mal que lo diga. ¡verdad! Pero si he venido á decirlo, claro, tengo que decirlo. Sin poder verte en tanto tiempo, sin poder escribirte, ¡que angustia! ¡que tortura! Mi padre y mis parientes y todos alrededor de mi cama, y yo escondiendo la cabeza y tapándome la boca para ahogar el llanto. ¿Qué pensará Roberto? ¿Qué pensará? ¡Ea, ya me olvidó aquella chiquilla! ¡Mucho me quería!

¡Es como todos! No: no soy como todos: sé querer.
Roberto: sé volverme loca: sé morirme.

Rob
Eug

¡Eugenia!... ¡Sigue, sigue!
Pero, ¿qué más quieres que diga? ¿Qué desesperación!
¡Haber pensado tantas cosas y no acordarme! ¡Es
que mi cabeza no está segura! ¡Veo unas cosas tan
extrañas! ¡Allá, en mi casa, alrededor en mi frente,
veía un círculo negro, muy negro, así como un anillo
de mis desposorios con Roberto! ¿Será la fiebre?
A ver, a ver si tengo fiebre. *(Le da la mano.)*

Rob
Eug
Rob
Eug

¡Sí; tu mano abrasa.
¡Verdad que sí! ¡Tengo fiebre! Pues por ti es.
¡No me canso de oírte. Tenía mucha sed, déjame que
beba! ¡Sigue... sigue!.....

¡Más todavía! Demasiado dije: si me oyese mi padre
(Se aleja de Roberto.) No, yo no soy buena. Me ol-
vido de mi padre por ti, y le desobedezco. ¡Ne te
asustes, si no me arrepiento; si seguiré desobede-
ciéndole y queriéndote! Pero una cosa es que le de-
cobedezca, y otra que conozca que me porte mal. Lo
dicen todos, y tienen razón. Y yo, nada adelante..
sólo una idea, una idea fija: «¡ Roberto!» Como si
el cielo no tuviese más que una estrella y me faese
hacia su luz en de rechura, sin mirar nada, sin pen-
sar en nada, sin ver donde piso, sin ver con qué
tropiezo... allí... allí está Roberto... el de la afrenta
el del martiro... el del dolor... el que yo quiero
más que á nada en este mundo! Mi Roberto *(Empie-
za á decir esto desde lejos, y se va acercando, co-
mo atraída, y cae en sus brazos.)*

Rob
Eug

¡Bendita mi afrenta! ¡Bendito mi martirio! ¡Ah!
¡Te he dicho que estuve muy mala! Estuve muy mala y
que soy muy mala: los dos somos malos. Dice mi pa-
dre, quedará desonrada; como tú. ¡Qué dicha y qué
orgullo! ¡Iremos juntos á todas partes: que nos vean
dessonrados por igual! Aunque seámos malos, como
nos queremos mucho, va no seremos tan malos y
hasta podremos ser muy buenos, sólo por esto, por
querernos. ¡Si en vez de un infierno, hubiera dos in-
fiernos, y se amasen muchísimo, formarían un cie-

lo! ¡Lo malo es que no hay más que uno, y no tiene
á quien querer: por eso se llama el infierno: porque
es uno solo!

Rob
Eug

¡Sí, los dos solos, solos, con nuestro amor.
Por eso he venido, para no estar sola. En aquella
casa no sentía más que ira, odio, malas pasiones.
Todos hablaban mal de Roberto: hasta mi padre.
Y cuando le oía afrentarte, ¡sentía una amargura y
un desconsuelo! como si le quisiese menos á mi po-
bre padre, no sé, no si lo que digo, ¿ro te lo habia
Contado? El médico dijo que estaba mejor: no era ver-
dad; tenía mas fiebre que nunca, y sufría más que
nunca; pero le creyeron, y yo aseguré que estaba me-
jor; y que quería descansar. Conque se fueron al ga-
binete, y cerraron la puertas de cristal de mi alcoba.
¿Quienes?

Rob
Eug

¡Mi padre y una cáfila de parientes; los que trastornan
á mi padre. Hablaban muy bajo; pero llegaba á mi
tu nombre entre un murmullo de voces agrias, burlo-
nas, secas, con chirridos de lima y sacudida de den-
tellada. No pude sufrir más: me levanté desnuda, y
de puntillas me acerqué á los cristales y me pegué á
ellos. Su frialdad me templaba la fiebre, pero me latia
tanto el corazón y me temblaba tanto el cuerpo, que
tuve que separarme para no romperlos.

Rob

¡Eugenia! ¡Mi pobre Eugenia! ¡Todo eso has sufrido
por mí! ¡Todo eso! Pues, ¿qué deberé hacer yo por
tí? ¡Pideme la vida, el alma, la honra! ¡Pide, pide,
todo es tuyo!

Eug

¡Cállate... cállate... déjame contarte... Qué necio es
todo el mundo! ¡Hablan de lo que se sufre sujeto á
la picota ó amarrado al potro! Donde se sufre es allí
allí... cuando un cuerpo desnudo y calenturiento está
pegado á unos cristales frios, y al otro lado hay mu-
cha gente, que desprecia y escarnece al hombre á
quien se adora y se admira. ¡Ah! Entonces los cris-
tales vibran como una campana maldita, y su frío,
es frío de muerte, y al ver por su transparencia, y
por entre las cortinas la cara del que es nuestro pa-
dre del alma, hay que cerrar los ojos con los puños

para no verle. ¡Para no verle, cuando era lo primero que buscaba yo mientras fui niña, al abrir los ojos todas las mañanas!

(Se echa á llorar.)

Rob. ¡Eugenia! ¡Eugenia! ¡Mucho me quieres! ¡Mucho sufriste! Mereces mucho!

Eug. ¡Sí sí allí... temblando... delirante... desesperada... juré venir á suplicarte de rodillas que fueses mió! ¿Tu afrenta? ¡Pues tu afrenta! ¿Tu mancha? ¡Pues tu mancha! ¿Tu deshonra? ¡Pues tu deshonra! Para decir á todos aquellos: «¡Todo eso que decís, ya es mió, ya es mió!» ¡Y ahora, repetido, repetido, que quiero saborearlo! ¡Que quiero ser infame como él, y despreciable como él, y si vosotros sois buenos y honrados, ni quiero ser buena ni quiero ser honrada!»

Rob. Eugenia de mi alma! Bendita fiebre.

Eug. ¡La fiebre!... Yo creo que todavía me dura, ¡El corazón me salta, y portodo el cuerpo mucho calor y mucho frío! ¡Y por la frente me pasan así como llamadas! Tu pobre Eugenia no puede hacer por tí mas que morirte por tí, Roberto!

Rob. ¡Y yo voy á hacer por mi Eugenia lo que yo juré no hacer nunca! Te voy á decir la verdad. Pero á tí sola. ¡Si alguna vez lo dices me matas! Eugenia, he mentido. He mentido por salvar la honra de mi padre. Es una historia muy triste. Escucha.

Eug. Si te da pena no me digas nada.

Rob. ¡Si oye... pero ven junto a mí! ¡Muy junto á mí! Que no parezca que se lo digo á otra persona... sino á mí mismo. ¡Tú sabes cómo quieren los padres!

Eug. ¡Mucho!, mucho nos quieren!

Rob. ¡Mi padre me quería con delirio, con locura, una ternura infinita, un alma que se deshace en amor, Eramos los dos solos, tenía yo más de veinte años, y me miraba como si todavía fuese un niño. ¡Si estaba ronco, si estaba triste! Todas las mañanas me daba un beso, y por las noches otro beso. «Como no tiene madre, es preciso», decía él.

Eug. Como á mí.

Rob. Siempre estaba pensando el pobre que su Roberto se

le podía morir. Oye. Estalló la guerra, pidieron hombres, y mi padre era pobre, modesto cajero de una sociedad, y mi padre no tenía parientes ni amigos á quienes pedir lós diez mil reales... y don Jenaro estaba en América.

¡Y qué más?

¡Qué noches debió pasar mi pobre padre! ¡Que pálido al levantarse! ¡Qué sonrisas fingidas! ¡Qué alegría postiza! ¡Qué lágrimas en jugadas al volver la cabeza! ¡Cuantas veces en sus sueños febriles, debió verme en el campo de batalla muerto, ó en un hospital de sangre herido! La carne de su carne convertida en carne de cañón; la sangre de su sangre, que él hubiéramos restañado á besos goteando por entre los sarmientos de una fagina en la trinchera.

¡Roberto!

Vendió cuanto pudo vender: pidió, cuanto quisieron darle: no bastaba: el resto, lo tomó de la caja: robó por mí. (Al oído.)

¡Lo mismo hubiera hecho yo!

¡Verdad que sí! Pero vino un arqueo extraordinario: faltaba dinero, cuatro ó cinco mil reales... ¡Eran cuarenta años de honra inmaculada? Una ola de sangre debió subirle al cerebro? Huyó á su cuarto, y se partió el cráneo de un balazo. Acudieron todos... Acudí yo. Adiviné lo que había hecho, y me abracé desesperado y gritando. — «¡Padre! ¡Padre! ¡Por mí! ¡Por mí! ha sido! ¡Por mí!» ¡Qué penetración tiene el género humano! ¡Pensaron que yo era el ladrón, y que aquel grito era un grito de remordimiento! ¡Ah! ¡Con que horrible placer me declaré culpable! ¡Dio su honra y su vida por mí. Yo no podía darle más que mi honra... ¡Ya la tenía! Y se la seguiré dando perpetuamente.

¡Y yo contigo!... ¡Si tu eres así... ¡Si era preciso! ¡Qué alegría! ¡Mi Roberto!... ¡El heroé!... ¡El mártir! ¡El mártir!... El Dios!... ¡Roberto!

¡Tengo aquí la carta que me escribió la noche antes: tu la veras también... pero tú soia... y don Jenaro tiene otras pruebas... tú las verás también... pero no

digas nada.

Eng Nada! ¿Para que? ¡Nosotros solos lo sabremos; ¡Y como Dios también lo sabe, nos reiremos los tres! ¿Qué alegre debé ser reirse, en compañía de Dios, de los demás hombres! Ja, ja, ja, ¿Que dicha!

Rob Si: los dos: los dos.

ECENA X.

DICHOS Y DON JUAN

Juan ¡No: faltaba yo! ¿Los tres?

Eng *(Corriéndole a él)* ¡Padre! ¡Padre!

Rob ¿Don Juan?

Juan Basta! ¡Fuera! ¡Lejos! ¿Que no le vea á usted? ¡Tu, con tu padre!

Eng Si: contigo. ¡Pero con él también.

Juan ¿Hija?

Eng ¡Pobre padre mío!... ¿Que no sabe nada, y se enoja? Pero ves tú, Roberto? ¿Padre, que feliz soy? ¿Que feliz? Ni los angeles?

Rob ¡Eugenia, silencio, por Dios! ¡Me va la vida!

Eng ¡Tu vida soy yo! *(A su padre.)* ¿Cómo has de quererle! ¡Más que á mí! ¡más que á mí! Cuando le quieres más, qué alegría! ¡Ja, ja, ja,? ¡Padre!

ESCENA XI
ROBERTO

¿Qué siento? No lo sé: una dicha inmensa y una angustia indecible. Como si hubiese conseguido algo muy grande, á precio de algo muy infame. Como si hubiese ganado el cielo, vendiéndome al infierno. Me quiere Eugenia como nunca soñé que pudiera

quererme, Y por ella acabo de hacer lo que no quise hacer nunca. Por ganar á Eugenia, he vendido á mi padre: esta idea es un garfio que se me agarra al cerebro. y que de él me tira. Y ha sido una traición inútil contra el pobre que murió por mí: inútil, porque ya Eugenia era mía antes de saber la verdad. ¿Qué necesidad tenía yo de decirle? Pero es que mi gratitud era inmensa, y esa niña lo me recia todo. Darle ella su alma, y regatearle yo la mía, ¡qué ceguedad de corazón, y qué egoísmo! No podía ser! ¡Hice bien, hice bien! ¡Eugenia! ¡Pero la calentura la devora, su voluntad no es suya, la hostiga su padre, querrá defenderme!... ¡No hay secreto seguro en pecho de mujer, aunque esa mujer sea un angel! ¿Qué hice yo, padre mío! ¿Padre mío! ¿Que bajeza y que egoísmo! ¿Cuando tú llevas bajo tierra eterna corona de espigas por mí, yo con tus pobres cenizas refregándome la frente para limpiármela! ¡Ah ruindad humana! ¡Ni te muerde el dolor, ni te enrojece la vergüenza, ni te retuerce el remordimiento! ¡Eres pequeña como la nada: eres grande, como la inmensidad! *(Cae en una silla junto á la mesa, y se oprime la cabeza entre las manos. Se oye hablar dentro con animación.)* ¿Qué es aquello? ¿Qué es aquello? ¡Se me hiela la sangre!

ESCENA XII

ROBERTO, DON JENARO, viene alborozado y conmovido, y le tiende los brazos. Van entrando según se indican, DON LEANDRO, DON MARCOS, FERNANDO, DOÑA ROSARIO Y MAURICIO

Jen ¡Hijo mío!... ¡Mi Roberto!... ¡Al fin! ¡Al fin!... *(Abrazándole.)*

Rob *(Rechazándole.)* ¿Qué dice usted? ¿Por qué me da usted los brazos? ¿De qué hablan allá dentro?

Jen Que serás feliz, hijo mío, que serás feliz.
 Rob *(Rechazándole y retrocediendo)* ¿Por qué.. ¡Si yo
 no quiero ser feliz! ¡Si no quiero!
 Lean *(Que entra con don Marcos.)* ¡Sublime, sublime, Ro-
 berto! Severamente hermoso y hermosamente heró-
 co.. *(Cogiéndole las manos.)*
 Marcos ¿Lo sospechábamos? ¿Lo sospechábamos? *(Quiere*
 abrazarle con efusión.)
 Rob ¿Qué es lo que sospechaban ustedes? ¿Por que soy
 sublime? *(Con desesperación Retroceden Todos le*
 siguen.)
 Jer ¿Porque lo eres, hijo mío.
 Lean ¿Pregunta por que?
 Marcos ¿Qué alma qué hombre?
 Rob ¿Si yo pudiera huir de mi mismo!...
 Fern ¡Las manos! .. ¡No, los barazos!
 Ros ¿Y no hay un abrazo para mí?
 Rob ¡Ah, la marea que vuelve! ¡Qué grande vuelve! Esta
 vez si que me enaga.
 Marcos ¿Sensación inmensa! ¡Rehabilitación sublime! ..
 ¡Adiós; ¡Qué hombre *(Sale por el fondo)*
 Rob ¿A dónde vas? ¿Para que?
 Lean ¿A donde voy yo? ¡Adónde vamos todos!.. ¡A pro-
 clamar su triunfo de usted; Adiós, Roberto. ¿Qué
 alma; Qué alma tan grande! *(Sale por el fondo.)*
 Rob Pero, ¿que os esto; .. ¿Qué dicen estas gentes?.. ¿Qué
 torbellino me envuelve? ¡Don Jenaro!
 Jen Basta de martirio, hijo mío.
 Rob Pero, ¿á que han ido... á qué?... ¡Quiero saberlo!
 Jen A escribir un artículo, que saldrá mañana, relatando
 la historia admirable de tu sacrificio... ¡Si hijo, si
 Rob ¡Ah, ya lo sabrá todo el mundo!
 Fern ¡Madrid entero!
 Ros ¡España entera!

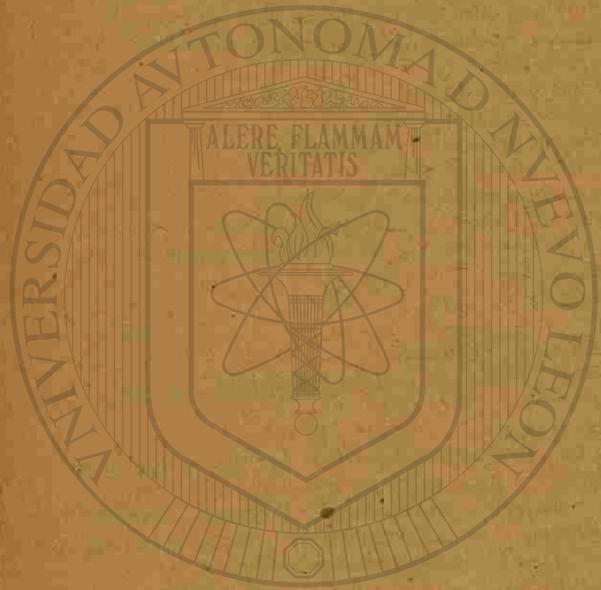
ESCENA ULTIMA

DICHOS, EUGENIA Y DON JUAN

Juan ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!
 Rob ¿También usted?

Eug ¡Si! Te quiero... te admira!
 Jen ¡Como todos! ¡Como todos!
 Rob ¡No hay más! ¡Y de la honra de mi padre y de sus po-
 bres huesos habré hecho reclamo para mi madre!...
 ¡Sublime... sublime!... ¡Me proclamo sublime!
 Eug ¡Roberto, ¡Roberto!
 Rob ¡Y tú has sido... tú!
 Eug ¿Hice mal?... Era por tí.
 Rob Te dije que me iba la vida en ello.
 Eug Tu vida está en mi amor.
 Rob ¡No hay amor donde hay infamia!
 Eug ¡Lloraba mi padre! .. Quise consolarle..
 Rob También lloró el mío, y no le consoló nadie.
 Eug ¿A dónde vas?
 Rob A donde me llaman.
 Eug ¿Quién?
 Rob Quién me pide cuentas.
 Eug ¡Roberto! *(Dando un grito y precipitándose á él la*
 contienen.)
 Rob Un beso me debes.
 Eug ¡Roberto! ¡Sujetadle! ¡Sujetadle! *(Se desprende y se*
 precipita á él, que la rechaza.)
 Rob ¡Tú con tú padre; yo con él mío! *(Saca rápidamente*
 el revólver y dispara sobre el corazón. Se oyen va-
 rios gritos. y se precipitan á socorrerle.)
 Eug ¡Roberto!... ¡Ah, mi Roberto! ¡Fuera! ¡Fuera todos
 ¡Apartarse! *(Casi delirante.)*
 Juan ¡Hija!
 Eug ¡Dejeme, padre; ¡A tí te quedo yo! ¡A él no le queda
 más que el beso que le prometí!..
 (Cae de rodillas sobre el cuerpo de Roberto y lo besa.
 ¡Ah, mi Roberto! Levantándose y cayendo de espal-
 das. entre los brazos de todos. La recoge sin senti-
 do.)

FIN DEL DRAMA.



TENORIO MODERNISTA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ZENORIO MODERNISTA

remembrucia enoemática y jocunda

en una película y tres lapsos

ingénita del subintelectualente

PABLO PARELLADA

Estrenada en el TEATRO LARA el 30 de Octubre de 1903

TERCERA EDICIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle. 1625 MONTERREY, MEXICO

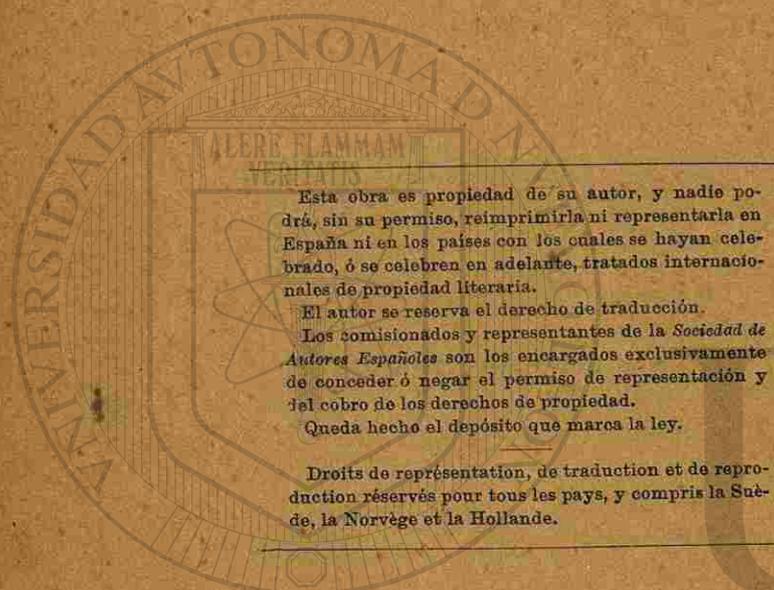
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

B. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPL.º

Teléfono número 551

1907



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 625 MONTERREY, MEXICO

Alma dedicante

*Yo he restregado mi intelecto en las hipocrenie-
ces de los esebos glaucos imperantes y asratelados
en nexo exedraico.*

*Yo nimbé mi doliente espíritu con aromencias
de crisantemos melancolinos, con irisaciones esfu-
madas de libélulas nictalopentes, con estuuios de
nenúfares nostálgicos y emanaciones nefelóideas de
siringas neurasténicas.*

*Yo he quintaesenciado mis quedejas con cánca-
mo helénico.*

*Yo he delectado el beso del color en las sim-
brias desfloradas de dejadeces abúllicas y he dado
un buz al pristino opalescer del día abriente.*

*Yo he cruzado el expando en alas de una ar-
monía pentamétrica, cristalización prolífica libada
en las fontanas glaucas.*

*Yo debiera de ofrendar mi remembrucia don-
juantenoresca á la Secta imperante de esebos
glaucos asratelados en nexo exedraico, alma máter
de mi remembrucia.*

*Yo no ofrendaré mi remembrucia á la Secta
imperante de esebos glaucos asratelados en nexo
exedraico, alma máter de mi remembrucia*

*Yo no procederé con lógica obsoleta porque esto
fuera proceder contra glaucura, y mi alma se sien-
te glauca como los iris de una hetaira en el conti-
cinio, en la intempesta...*

Yo ofrendo media remembrucia d

D. José Samaniego L. de Cegama

Yo ofrendo la otra media remembrucia d

D. José Samaniego L. de Cegama

*Yo no ofrendo otra media remembrucia porque
no quedan más medias remembrucias.*

*Yo espero de D. José Samaniego L. de Ce-
gama un prólogo, prolábio, proemio, protógala,
prostetis, prótasis, atrio, vestibulo, zaguán ó fron-
tispicio en el cual me ponga más allá del expando,
según es práctica entre los efebos glaucos asratela-
dos en nezo exedraico.*

Pincia, 16 Octubrescente de 1906.

Pablo Tarellada.

¡Isagoge!

¡Salve, panicida filenoso, que al poner bajo mi
abrigo las febriteces de tu multicolorde intelecto,
hiciste colidir con la mía tu ánima venialmente co-
tufantel

¡Cómo isagogearte á tí, jocundo feruleador de fa-
vilosos cálamos, Anticristo de la floripondiez moder-
nosa, juglero que musitas opognieces á la pálida
musa de Verlaine!

Al eco jubiloso de tu sonolidante sistro, mi pájaro
azul tornó á la libredumbre; orbiculó errabundo por
las áureas golferieces de la cosmópolis celestiana, y
avizoró añorante, embozada en los nimbos del mis-
terio, la umbría de los bosques milenarios, do la ci-
garra helénica desgranó su ritmo adormilente, y la
cornamusa del divino Pan unisonó sibilina y mila-
grera con el carcajajeo de los sátiros y el tremar
suspiroso de las ninfas.

Mi pájaro azul, zigzagueó nostálgico.

Maya, la blonda virgen imposita, testigüeo su
raudo voltejeo y ofrendole, protectrice, los lirios
eucarísticos de sus manos,—manos traslúcidas, ma-
nos fievilinas—y mi pájaro azul sistolediaistolizó en
ellas gregitante, sistolediaistolizó en ellas flajelino...
Pero sistolediaistolizó.

(Hemos quedado en que sistolediaistolizó.)

Y como habiendo confianza da gusto, he aquí lo

que musitó al oído de la púdica virgen, mi sincera avecilla:

—Sabrás, oh inasequible y codiciada esfinge, ante quien por tan varias y laberínticas sendas se encamina la innúmera caravana de soñadores, que un esforzado paladín del clasicismo hispano acaba de asestar, valiéndose de las artes del ingenio, mortífero golpe á la greñuda grey que sirve á la escarlata la lengua de Cervantes, el divino.

No he de hacer yo que ignores, oh enigmática soberana de un país ideal, que las imperecederas gallardías donjuanescas, vividas donosamente al modo glauco, son el ataque más formidable, trascendental y valeroso inflingido al estetismo militante en su asendereada retaguardia. Y convendrás conmigo, en que si en la regeneradora misión de dar al traste con faunos patizambos, siringas hipoginas, libélulas verdescentes, féminas clorótidas y nenúfares sitibundos, contase el insigne autor de *Tenorio Glauco* con el concurso de media docena de escritores de su talla artística y de su sinceridad literaria, la peluda cohorte de Verlaine podía ir pensando en cortarse con serrucho las melenas.

No podrás negarme, oh Maya, que si por mal entendidos convencionalismos tal cosa no sucediera y siguiese triunfando Glauco, hijo legítimo de Sísifo el embustero, no por ello sería menor la gloria ni menos dignos de encomio los merecimientos de quien en nombre del sentido común y jugándoselo todo en la partida, predicó con el ejemplo, fiel á la máxima, del ilustre Goete, que dice: «No pegues en el avispero, mas si lo haces, ¡da de firmel!»

Y como sobre el avispero del modernismo hay

que pegar sin duelo, como pegó Cervantes sobre el de los libros de caballería, y como el hecho de no haber existido más que un Cervantes, no puede autorizar que sean tolerados y aplaudidos por más tiempo los ridículos desmanes de la andante glauquería, yo aplaudo con toda mi alma á Melitón González y no ofendo con nuevos elogios su modestia, porque la saladísima remembrucia con que ha honrado el nombre de mi dueño, dice en alabanza de su autor mucho más, que cuanto mi pico pudiera musitar en tu oído...

Maya, la púdica virgen imposita, palmoteó con entusiasmo y mi pájaro azul, voló...

¡Salve, panicida filenoso, Anticristo de la floripondiez modernosa, juglero cotufante y multicorde, que pusiste bajo mi abrigo las fulgurosas albescencias de tu mágica siringa!...

¡Anda la siringa!

José Samaniego L. de Cegama.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALICUANTAMIENTO

SERES

DON JUAN.....	SE.	BARRAYCOA.
DON LUIS.....		SIMÓ-RASO.
COMENDADOR.....		RUBIO.
DON DIEGO.....		PACHECO.
CAPITÁN.....		ZORRILLA.
BUTARELLI.....		LA RIVA.
NENUFAREDA.....		DE DIEGO.
PRAXITELES.....		ROMEA.
MIGUEL.....		R. DE LA MATA.
CHOFER.....		PADILLA.

SERAS

DOÑA INÉS.....	SRA.	DOMUS.
BRÍGIDA.....	SRA.	VALVERDE.

Don Juan y Don Luis son dos glaucos cansados de tanto saber; dos de esos que concurren á los aquelarres en los cuales se dan, los unos á los otros, el título de *Maestro, Divino*, etc., etc.

CADA LAPSO TIENE SU ROTULACIÓN IDIOSINCRÁGICA[®]

Lapso pristino.—El bar del símbolo victorioso.

Lapso bis.—Doña Inés, glauca.

Lapso trino.—La hora macabra.

RETUNDIDOS:

Doña Inés viste olosérica, verdegayante con brillantes áureas, aunque mística, magüer que modernista *smart*.

Brígida, de raso azul, alegrada su falda con greca bordeante, compuesta de una carta, una llave, otra carta, otra llave, otra carta, otra llave... de tamaño natural ó supernatural, y amenizada la greca con lentejuela de azur ó violáceas.

Don Juan y *Don Luis* visten traje de sport, gorra de moda con chapita, banderita, etc., al frente; cazadora con cinturón del mismo paño, polainas gualdas ó media exótica.

Comendador y *Don Diego*, lo mismo, pero de negro; capa moderna. El primero lleva en la capa la cruz del trébol rojo, antiparras de automovilistas, lo mismo que *Don Juan* y *Don Luis* en el primer lapso.

Nenufareda y *Capitán*, tipos modernistas.

Praxiteles, tipo parisién barriolatinesco.

Estatua del Comendador, blanca, cabeza descubierta.

Buttarelli, melenuado, monocle.

Miguel, de guayabera; andaluz.

PLAÑERÍA: Si el señor Guión escénico desea introducir alguna variante, sea fina y de quiroteca albescente.

APOSTILA: Esta obra será soporosa á todo público alparga-tífero ó que muestre deleiteces por Talía putrefacta. Ténganlo presente las Gangarillas, Naques y Cambales génerochiquitescas.

OIRA QUE TE PEGO: Para la buena ejecución de esta obra precisa decir muy claras las palabras, tanto más cuanto más difíciles sean. Mucho recalqueo.

LAPSO PRISTINO

Hora y lugar. Es la hora albescente. Aspecto interno de un asomoar; válvula al frente, por la que se papilea la calle; un reloj mural

APULSO PRISTINO

BUTTARELLI, asimilándose un libro; después vendrá MIGUEL

BUT. (lee; sentado.)

«Los rápidos vencejos,
los rápidos conejos,
se pierden lejos, lejos
si corren hacia allá.
Los rápidos vencejos,
los rápidos conejos,
no llegan lejos, lejos
si corren hacia acá.

Lejos están,
rápidos pasan, tornan, giran;
rápidos pasan, tornan, van.» (Se levanta.)
¡Hermoso! ¡Onomatopético! Se ven pasar los
conejos por entre los pies de uno.

«Rápidos pasan, tornan, giran;
rápidos pasan, tornan, van.»

¡Qué descriptivo!

(Por el foro.) Señor amo.

¿Qué aportas, Miguel?

En la librería me han dado esto para usted.

MIG.

BUT.

MIG.

BUT. No se dice librería; se dice el universo em-
pastado; la alacena del intelecto.

MIG. Bueno; pues en la alacena me han dado este
cartabón. (Manifiesta un libro triangular y de colo-
res chillones envuelto en periódico.)

BUT. Otro libro de poesías.

MIG. Modernistas rabiosas.

BUT. Magnificante; forma triangúlica.

MIG. Cuando me lo dieron pensé si sería un ba-
calao.

BUT. Pero, colateralico fámulo; efebo prosáico,
¿crees posibelente que una intelectualidad
hipocrénica se exteriorice en forma baca-
lácea?

MIG. De todo son capaces esos poetas melenudos.

BUT. Se dice *hirsutos*.

MIG. Yo hablo á la pata la llana.

BUT. Patalallaneas.

MIG. Eso, patalallaneo.

BUT. Tú eres un terreno de secano; yo, de moja-
no: tú darás maleza; yo daré bueneza, por-
que he regado mi intelecto con la lectura de
«Silencios precoces» y «Charcas compungi-
das». (Mostrando el libro.)

MIG. Bueno; pues abra usted esa regadera.

BUT. (Abre y lee.) «Aurelius Rodríguez». ¡Buena
firma! «Construcción en doce lapsos.» Que
son: «Alma Enero; alma Febrero; alma Mar-
zo; alma Abril»...

MIG. Etcétera.

BUT. Hasta «Alma Diciembre».

MIG. Los doce meses del año...

BUT. Y qué título. ¡Qué título! Luego decís de los
modernistas. ¿Qué título debe ponerse al
manejo de las doce almas de los doce meses
del año?

MIG. ¿Qué sé yo?

BUT. «Alma... naque.»

MIG. A mí deme usted «El diablo mundo».

BUT. Rudeces grises. (Despectivo.)

MIG. Y el Tenorio.

BUT. Anticuado; obsoleto; vulgarideces grisáceas.
¡Ah! ¡si el Tenorio estuviese escrito por los
míos! ¡por los glaucos!

MIG. Quisiera verlo; el Tenorio con hipos verdes
y flatulencias azules; me voy á fregar platos.

BUT. A fregoplatear. (Echándole.)

APULSO BIS

BUTTARELLI. Lee

«Alma Agosto.
Tiempo caluroso,
suelo resecaceo,
encuétrase tan sólo algo frescoso
el cetaceo.
Aire caligino,
brisa de rescoldo;
impónese el gazpacho de pepino
y el toldo.
Ronronean moscas
y demás compinches
y se ponen hoscas
las chinches.
Muere, agnafaltante,
la libelulilla,
y ordénase en la ley municipale
la morcilla.
Tarde bochornídea,
el pastor sesteá,
se tumbalarguídea
y piernasueltea.»

«¡Tumbalarguídea! ¡Piernasueltea! ¡Her-
moso! Si con este lenguaje se escribiera el
Tenorio... ¡Ah! Yo, yo le escribo; pero... poco
á poco; primero pensemos la obra; vamos á
verla con los ojos del intelecto. Ya tiene títu-
lo: «El Tenorio Glauco». Reparto: Seres: don
Juan, don Luis... etc. Seras: doña Inés, doña
Brígida... etc. «Se levanta el telón...» no, eso
es anticuado; «se atabilla el caladaris», más
moderno. Lapsó primero; nada de hostería,
el bar; don Juan labora la carta en una má-
quina de escribir... tiqui... tiqui... tiqui; But-
tarelli dispone los beberes (Botellas.) y los
sentares. (Sillas. Entonado.)

Y luego el comendador,
que llega y dice al entrar:

(El reloj cambia su esfera por otra transparente que,
en vez de las horas, tiene diferentes colores y señala el
rojo; de este tono se esplendoriza la escena.) (1)

APULSO TRINO

BUTTARELLI, COMENDADOR, por el foro

COM. ¿Sois el dueño de este bar?
 BUT. (¡Don Gonzalo!) Servidor.
 COM. Laconizad. ¿A un don Juan
 y a un don Luis, conocéis vos?
 BUT. En breve lapso, los dos
 aquí conjuncionarán.
 COM. Conozco su apuesta ruin.
 BUT. Veremos quién gana ó pierde.
 COM. ¿A qué hora?
 BUT. A la hora verde.
 COM. Estamos en la carmin.
 BUT. Así lo dice el reló. (El reló mural.)
 COM. El mío se me ha parado.
 (Lo lleva en la muñeca.)
 BUT. Lleváraisle colocado
 á la moda, como yo.
 (En un tobillo.)
 COM. Si en los pies me lo pusiese,
 ¿qué ventaja reportára?
 BUT. Que constantemente andara, (Andando.)
 andarla ó anduviese.
 COM. Desde aquí tomaré notas. (Se sienta.)
 BUT. ¿Queréis leche adulterada?
 ¿Vino pernicioso?
 COM. Nada.
 BUT. ¿Con ó sin gotas?
 COM. Sin gotas.

(1) Donde haya dificultades para esto, bastará encender una pe-
queña bengala roja; después, en el lugar correspondiente, una verde.

APULSO CUARTO

DICHOS, por el foro DON DIEGO, con un papelito que lee

BUT. (¡Otro embozado negroso!)
 DIEGO (Lee.)
 «Tres y cinco, bulevar.»
 (Aquí debe ser.) ¿El bar
 del simbolo victorioso?
 BUT. Estáis bajo su dintel;
 internad, buen caballero.
 DIEGO ¿Está en el bar el ba... rero?
 BUT. Palabrando estáis con él.
 DIEGO Vengo para presenciar
 un mat de que me han hablado.
 BUT. Sentoso y antifaceado
 lo podréis pupilear.

APULSO QUINTO

DICHOS, por el foro CAPITÁN y NENUFAREDA y otros más si la
compañía dispone de ellos

NEN. Ya están los dos en Sevilla.
 CAP. Entremos, Nenufareda.
 BUT. Señor capitán eléctrico...
 ¿Cómo vos por estas tierras?
 CAP. Siempre fui coincidente
 en toda función orgiesca.
 NEN. Traénos algo que libar.
 BUT. Lenguajid lo que desean:
 cocaína, éter sulfúrico,
 inyecciones hipodérmicas...
 Tupinamba.
 CAP. Torrefacto.
 NEN. Al punto. (Vase izquierda y vuelve sin nada.)
 BUT. Las verdes suenan.
 CAP. (El reló señala verde; la escena luciernagínea de este
color.)

APULSO SEXTO

DICHOS; por la válvula fórica ó forense, DON JUAN, DON LUIS y otros ciegos. Los dos primeros van á ocupar las sillas que por tradición les corresponden

JUAN Este artefacto sedente
es para un bohemio gris.
LUIS Es para mi.
JUAN Sois don Luis.
LUIS Vos, don Juan.
JUAN Precisamente.
(Se quitan la cáscara facial.)
LUIS Horas, no dilapidemos
y á contar las fechorieces.
JUAN Antes, unas preludeces
de vermut.
LUIS Vermuticemos,
(vermutizan; Butarelli sirve seltz.)
JUAN Pues, señor, salí de aquí
albescente y opalino
y, errabundífero, di
en Mónaco, porque allí
tiene el Principe un casino.
De féminas y de espor
horizontalica tierra,
y en ella, un gobernador
que á los puntos no da guerra
por timbar, ¿dónde mejor?
Donde hay casinos, hay juegos,
floresta, en los cercanios;
frutesta, en los lejaríos,
vellonesca, en los borregos;
y angulesca por los rios.
Para la apuesta empezar,
mandé publicar en dos
periódicos, al llegar:
Rest ist mesié Tenoar
pur qui desir quelque chos.
Las mónacas estatuosas;
sus caderas anforosas,

yo doliente y neurasténico..
mis pasiones de bohémico
se vieron expansionosas.
Pero como me jugué
mi dinero al encarté,
era Mónaco muy tébrico
y tomando un kilométrico
en Milán me desgrané.
Así que en Milán me ví
otro reclam escribi,
claro está, en italianini:
Arrivato Tenorini
e non che huomo per lui;
di la princhipesa atiese
á pescatora di angüila
di cuesto belo paese,
amerá lui, e desafila
á tuti gli milanese.
No hubo mat, ni pul, ni espor
sin yo batir el recor
en mi automóvil montado
ni camino del Estado
que no llenara de horror.
Yo muerte á personas dí,
yo carros atropellé,
sobre los mulos me fui
y todo cuanto encontré
á mi paso lo barri.
Así automovilizó
don Juan, y en este carné
están los que atropelló;
cuántos suman todos, yo,
como son tantos, no sé;
si lo queréis comprobar
sin matematiquizar,
os lo mostraré en el acto
de modo breve y exacto
mi máquina de sumar. (La manifiesta.) (1)
Buscando mayorizar
de mi hábito los expandes,
dije: ¿Qué mejor lugar ..

Luis

(1) Puede servir un estuche de dibujo, de madera.

tratando de flanear
 más indicado que Flandes?
 Movibundo y rapidero,
 de Flandes tomé el camino
 un mañano diciembrero
 de celaje cenicero
 verde y melancolino.
 Así que flandequicé
 á un esporman-Club subí,
 allí treintacuarenté,
 y dobla que yo jugué
 fué dobla que yo perdí.
 Al verme tan .. desdoblado,
 me ofrendé como chofer
 en casa de un millonado
 á la industria dedicado
 del cochaje de alquiler.
 Bien me amuse, ¡Sacrenón!
 y manejando el volante,
 fué tanta mi diversión
 que atropellamos en Gante
 á una santa procesión;
 gasolínando entre gentes
 apostólicocreyentes,
 aplasté catorce oblatas,
 ocho curas negrescentes
 y veintisiete beatas. (1)
 A Berlín marché al instante
 pero cierto almacenante
 de bicarbonato sódico
 me conoció, y el tunante
 me delató en un periódico.
 Corriendo á Persia me fui
 y como en Mónaco vos,
 otro cartel escribí
 en persa: «*Maja loji,*
jala jila, jala jos...»
 Inmoverá dos semanas
 sin otras cuentas galanas
 ni otro negocio entre manos
 que reñir con los persianos

(1) Aquí será muy glauco hacer una risita estúpida.

y adorar á las persianas.
 En furboles, lontenis,
 Matinés, gardenpartis...
 donde fué la gente esporman
 se cristalizó en recorman
 con su automóvil, don Luis.
 Por donde automovilé
 el pánico introducí
 a quien quise atropellé
 y hedionda peste dejé
 de gasolina tras mí.
 Para ver cuántos mató
 don Luis, y mostrar que no
 son cuentas exageráneas,
 aquí están las instantáneas
 que de los muertos sacó. (Las manifesta.)

COM.

¡Decadentes! A no estar
 proclive á descaecer,
 había de exhaustecer
 vuestra manera de hablar.

(Se descascarilla la faz.)

¡Ulloa!

JUAN

COM.

Con doña Inés
 no esperéis el desposario;
 quien destroza el Diccionario
 como vos, á Leganés.
 Me hacéis brotar el risaje,
 modernizar es lo estético;
 lo que es del Cosmos, «¡Cosmético!»
 ¿grupo de coros? «Coraje.»
 De funda, «Fundamentar»;
 varias calvas, «Un calvario»;
 tenor de ópera, «Operario»;
 comer de balde, «Baldear».

JUAN

DIEGO

No puedo más tu einismo
 escuchar, porque es ultraje,
 de Cervantes al lenguaje,
 y al sagrado clasicismo.
 Al gran Zorrilla, insensatos,
 osais también ultrajarle;
 no servís para limpiarle
 ni el polvo de los zapatos.
 Glauco prosigue, pero, ¡ay!
 Por tu lenguaje epidémico

JUAN ya no serás académico;
me lo ha dicho Echegaray.
¿Quién ultrajecervanté,
por palabrizar así,
ni qué me importa, en Madri, (1)
ser académico ó no?

DIEGO Adiós, don Juan.

JUAN No será
sin quitarte la careta. (Lo ejecuta.)

DIEGO ¡Barro parisién! ¡Esteta!

JUAN ¡El marido de mamá! (Dramático.)

COM. Vamos, don Diego,
(Etacua por la válvula forense acompañado de don
Diego.)

JUAN Don Luis;
mañana continuaremos.

LUIS Aquí mismo nos veremos. (Vase.)

JUAN A las verde, la repris.

CAP. Que aquí todo el mundo se halle.
(Vase con Nenufareda.)

JUAN ¡Chofer!

CHOF. Mesié. (Atiplado.)

JUAN Oye atento:

Hora gris, en el convento.
Hora glauca, en esta calle. (Vanse.)

(Mutatis mutandum)

(1) Ya sé que se escribe «Madrid», señores glaucos, pero, para imitaros á vosotros hay que peñolidisparatar.

LAPSO BIS

Hora y lugar. Es la hora parda con irisaciones policromas. Aspecto de celda muy chic, en un convento roquero de mademoiselles honorables. Al frente gran ventanaje por el que se especta un eclaje y un campñaje rutilantes, reverberantes y Inciparos. Una puerta univalva á cada coté. Muebles fantasiosos entre los que cuspeida una anaclintera.

APULSO PRISTINO

INÉS y BRÍGIDA. La primera habillada de monja verdegayante y escapulario rosáceo; ostenta un ingente rosario de vidriantes uvas rojas eléctricas, las cuales se incandescerán cuando yo diga «Ahora» (1)

BRÍG. Mirad, mirad, doña Inés,
(Libro con flatulencias modernistas)
lo que os traen de la tienda.

INÉS ¿Un libro?

BRÍG. Sí, que os ofrenda
don Juan.

INÉS Muy bonito es.

BRÍG. Don Juan lo mandó editar

(1) Si por circunstancias lamentables no puede sacarse este rosario, suprimanse los versos á él relativos. Pueden encenderse solo los crisantemos con que Inés adorna sus sienes. Esto es barato.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 15252 MONTERREY, MEXICO

y está por don Juan escrito
 en verso, y el pobrecito
 os dedica un ejemplar.
 El manto es de piel de atún;
 (Cubiertas.)
 el hojaldre, piel de angula.
 (Hojas.)

INÉS ¿Y cómo al libro titula?

BRÍG. Leed.

INÉS (Lee.) «Flores de betún».

BRÍG. ¡Está en blanco!

BRÍG. Hay que leer
 en el canto.

INÉS ¡Cielo santo!

BRÍG. De las hojas, en el canto,
 hoy se escribe; es la dernier;
 las cosas andan cambiadas.

INÉS En el libro hay un papel. (1)

BRÍG. Para ofrendaros en él
 sus flores embetunadas.

INÉS ¡Ay, Brígida! En donjuanismo
 don Juan mi pecho ha nimbado
 y creo que se ha esfumado
 de mi pecho el complejismo.

Cuando no está en mi presencio
 siento nostalgia, ^{nostalgialidad,}
 fulgores de oscuridad,
 estampidos de silencio,
 el reposo del correr,
 lo claro de la espesura...

BRÍG. Y del carbón, la blancura.

INÉS Eso.
 BRÍG. Vamos á leer.

(Ahora es cuando se incandesce el rosario de que he-
 mos tratado.) (2)

INÉS ¡Ay! que el papel que ha venido
 en el libro, es incendiario.

BRÍG. ¡Mi mano arde!
 Es el rosario
 que se ha puesto incandesido.

(1) Carta escrita con máquina.

(2) Cuando deja de leer la carta se apaga el rosario.

INÉS (Lee.)

—«Inés, flor de Arimatea.»—

¡Virgen Santa, qué incipencia!

BRÍG. Vendrá escrito en gaya ciencia
 y el pobre, ripioplumea.

Vamos, no fragmenticéis.

INÉS —«Luz que á febea derrumba,
 irisácida columba

mártir de encerrosidad;

si, exorable, en este léxico

abris vuestros miradores,

no los cerréis con temores

misticos, epilogad.»—

BRÍG. ¡Qué humildez y qué decires!

¡Qué sentires y anhelares!

BRÍG. Brígida, siento temblares...

BRÍG. Seguid, seguid los leires.

INÉS —«Nuestros padres, mancomúnidos,

nuestra emulsión acordaron

porque entrambos bucearon

en las almas de los dos,

y halagüeñado por esa

bipaternal proyectanza

feretreo de añoranza

remembrando solo en vos,

ese amor prematurante

en mi pecho voltejea

y, callado, grigritea

con un mutismo locuaz

y su fuego incrementado

se expandece y vibridiza,

se alarguece y ensanchiza

inmensitudo, voraz.»—

BRÍG. Pobre don Juan; es un nene.

INÉS Al mar fué por naranjía...

y naranjas no tenía...

BRÍG. La esperanza le mantiene.

INÉS —«No podrían extinguirlo

los modernos bomberajes,

bocarregajes, mangajes

y escalajes en montón;

pues sobre mi neurastenia

el escombraje viniera

lo mismo que si cayera

sobre rosa en floración.»—
 Esta es la carta de un loco.
 Una carta abracadabra.
 Yo no entiendo una palabra
 de lo escrito.

BRÍG.
 INÉS

BRÍG. Ni él tampoco.
 INÉS —«Inés; cabello sinfónico
 que mi eseyencia imaneces,
 sarta de madreporieces,
 libélula del Edén,
 cigne del lago penúmblico
 que con su cola eucarística (1)
 en el agua traza artística
 guirnalda con su vaivén,
 si exteriorconventualizas
 y tu pensamiento invaden
 las soarés de Baden-Baden,
 Biarritz y San Sebastián,
 remembra que á los cimientos
 de esos muros monolíticos
 te esperan los caribñicos
 tentáculos de Don Juan.»—
 ¡Ay! Que se nubla mi vista...
 Brígida, yo estoy nuiendo.

BRÍG.

INÉS

¿Y quién no se muere oyendo
 lenguaje tan modernista?
 —«Remémbrate de quien plañe
 de tus amores la inedia
 desde la hora azul y media
 hasta sonar la hora gris;
 remembra que existe un hombre
 que los espacios cruzara
 y por tu ventana entrara
 conque solo hicieras. ¡Ohís!»—
 ¿Por la ventana? Imposible.
 ¡Veintidós metros de altura!
 Pudiera.

BRÍG.

INÉS

BRÍG.

INÉS

¿Cómo?
 Criatura,
 con su globo dirigible.
 —«Adiós, lavanco lucíparo,
 adiós, mosca fragantina;

(1) Esto es de Rubén Darío, el divino.

guarda y metitabundina;
 los decires que aquí van:
 y si repudias la celda,
 volará sobre ese risco
 de tu conventual aprisco
 el globo de tu Don Juan.»—

¡Ay! ¿Qué letal bebedizo
 es el que me dáis aquí
 que como verde enfermizo
 zigzaguea sobre mí?

BRÍG.

Mirad, cuán raudo navega
 ese globo, Doña Inés.

(Foro izquierda.)

INÉS

BRÍG.

¡Atraca!

¡Baja!... Ya llega
 el aeronauta...

INÉS

¡El es!

APULSO BIS

DOÑA INÉS. Del ventanal emerge DON JUAN y se detiene ventanabundo

JUAN

INÉS

JUAN

¡Inés!

Os prohibo entrar.
 Que hace dos días, repara,
 salí de Guadalajara;
 permíteme descansar.

(Ingreda, saluda á Brígida, indica que ahueque y vaso Brígida.)

Deja, pues, neurastenura
 y perdona y si un momento
 saboreo del convento
 la nostálgica foscura.

(En la anaclintera.)

¿No es verdad, fauno de amor,
 que á la orilla del aguaje
 fulge más puro el lunaje
 y se halitea mejor?

La brisa que errabundea
 entre nimbos de colorios
 de los boscajiles florios
 que ese fluvio regadea;

el río que ondulatea
 por su transpuril color
 el cantoso pescador,
 monocorde y monorrítmico,
 ¿no es verdad, fauno aromitmico,
 que son hálitos de amor?
 El silfo que grácil salta,
 sin que sus diapas extinga,
 sobre helénica siringa
 desde la fronda más alta;
 el prestigio con que exalta
 su vozneó trinador
 el exulto ruisenior
 de acento epitalamítmico,
 ¿no es verdad, fauno cielitímico
 que son desgajes de amor? (1)
 *Y estos hablarés que van
 *restando desesperanza
 *á la anémica añoranza
 *del neurótico don Juan,
 *y cuyos gemires van
 *orquesteando en tu interior
 *un foco vesubiador
 *hetáirico y graderítmico,
 *¿no es verdad, fauno floritmico,
 *que son gérmenes de amor?
 Y esas dos licuas libélulas
 que en tus pupilas pululan
 y erráticas funambulan
 ofrendándose bebúlulas
 nefeloidarse, á no vélulas,
 en su autosupercalor,
 y el purpúreo sonrojo
 de tu frontis eburnítmico,
 ¿no es verdad, fauno sublítmico
 que son trunqueces de amor?
 ¡Oh! Sí, hierática Inés,
 de luz febea despojos,
 timpanearme sin sonrojos
 azulentes, amor es;
 mira á tus zócalos, pues,

(1) Pueden suprimirse los versos marcados con asterisco.

INÉS

el intrínseco calor
 de este pecho propulsor
 de espíritu antiamoritmico,
 salmodiando, fauno euritmico,
 la infinitud de tu amor.
 Silenciad, don Juan, por Dios
 que tanta palabra glauca
 me perplejiza y embauca
 labializándola vos.
 Silenciad, que vuestro acento
 el espíritu me encona
 y me transforma en la *dona*
móvile cual piuma al vento.
 Vuestra palabra divina,
 vuestro lenguaje selecto
 me producen el efecto
 de la capilocarpina.
 Yo voy á ti enamorada,
 fluyente y desvoluntiza
 como el agua se desliza
 por una tabla inclinada.
 A mi voluntad monomía
 estremecen tus hablars,
 me conturban tus mirares
 y tu voz me manicomía.
 ¡Don Juan! Mi razón se pierde;
 ámame por compasión
 ó muere mi corazón
 de neurastenura verde.
 (Allá ellos.)

JUAN

¡Qué dolencia tan artística!

INÉS

Ahora de moda está...
 más silenciad... ¿qué hora da
 en la torre? (No suena nada.)

JUAN

La hora mística.

INÉS

¡Hora lechuzante... inmóvil!

JUAN

Silenciad; oigo un rumor...

(Se oye bocina de automóvil.)

APULSO TRINO

DICHOS. Por derecha, BRÍGIDA

BRÍG. ¡Señor!
 JUAN ¿Qué?
 BRÍG. El comendador
 que viene en un automóvil.
 (Vase derecha.)
 INÉS ¡Papá!
 JUAN ¡A la luna en seguida!
 CHOFER (Dentro.)
 ¡Señor!
 JUAN ¿Qué?
 CHOFER ¡Abro el gasógeno?
 JUAN Y el globo llenad de hidrógeno.
 INÉS ¡A la luna!
 (Puede desmayarse en brazos de don Juan.)
 JUAN Sí, mi vida;
 la fatalidad cruel
 me hace llevarte a la luna;
 no te importe, será una
 grandiosa luna de miel. (Vanse izquierda.)
 BRÍG. (Derecha.)
 Se van en globo, ¡reflauta!
 sin decir «Brígida, ven»;
 voy con ellos, yo también
 quiero ser aeronauta. (Vase izquierda.)
 (Acto seguido se oye dentro.)
 JUAN ¿Estáis todos?
 MUCHEDUM. ¡Sí!
 JUAN ¡A una! ¡A dos! ¡A tres! (Aplausos dentro.)
 (Se ve pasar el globo por el fondo con Don Juan, Doña
 Inés, Brígida y Chofer.)

(Mutatis mutandum)

LAPSO TRINO Y POSTUMO

Hora y lugar. Hora nictalopente, ó sea la hora amarilla con pintas
 negras. Lugar necrodúlico. Estatuencias albas, cipreses rojos. Luna
 cuadrada. Un enjambre de fraganciosalicas flores circunda la mar-
 mórea estancia de la ex-dña Inés. Lo demás, allá el Apeles;
 cuanto más disparatado, más modernista.

APULSO PRISTINO

PRAXITELES

Firmofeché. La campana
 tocó la hora amarilla.
 La coleteante Sevilla
 abandonaré mañana;
 tornaré a la patria mía
 cuando alboresca el expando
 luciernaginoso; cuando
 se desenchiquere el día...
 ¡Ah! Mármoles sitibundos
 que esculturé con afán,
 los sevillanos vendrán
 a veros, absortibundos;
 y al sorber del panteón
 las nuevas necropolieces,
 mostrará admiracione:s
 la glauca generación.
 Siglos y siglos, pasados,
 persistiréis en los puestos

APULSO TRINO

DICHOS. Por derecha, BRÍGIDA

BRÍG. ¡Señor!
JUAN ¿Qué?
BRÍG. El comendador
que viene en un automóvil.
(Vase derecha.)
INÉS ¡Papá!
JUAN ¡A la luna en seguida!
CHOFER (Dentro.)
¡Señor!
JUAN ¿Qué?
CHOFER ¡Abro el gasógeno?
JUAN Y el globo llenad de hidrógeno.
INÉS ¡A la luna!
(Puede desmayarse en brazos de don Juan.)
JUAN Sí, mi vida;
la fatalidad cruel
me hace llevarte a la luna;
no te importe, será una
grandiosa luna de miel. (Vanse izquierda.)
BRÍG. (Derecha.)
Se van en globo, ¡reflauta!
sin decir «Brígida, ven»;
voy con ellos, yo también
quiero ser aeronauta. (Vase izquierda.)
(Acto seguido se oye dentro.)
JUAN ¿Estáis todos?
MUCHEDUM. ¡Sí!
JUAN ¡A una! ¡A dos! ¡A tres! (Aplausos dentro.)
(Se ve pasar el globo por el fondo con Don Juan, Doña
Inés, Brígida y Chofer.)

(Mutatis mutandum)

LAPSO TRINO Y POSTUMO

Hora y lugar. Hora nictalopente, ó sea la hora amarilla con pintas negras. Lugar necrodúlico. Estatuencias albas, cipreses rojos. Luna cuadrada. Un enjambre de fraganciosalicas flores circunda la mármorea estancia de la ex-dña Inés. Lo demás, allá el Apeles; cuanto más disparatado, más modernista.

APULSO PRISTINO

PRAXITELES

Firmofeché. La campana
tocó la hora amarilla.
La coleteante Sevilla
abandonaré mañana;
tornaré a la patria mía
cuando alboresca el expando
luciernaginoso; cuando
se desenchiquere el día...
¡Ah! Mármoles sitibundos
que esculturé con afán,
los sevillanos vendrán
a veros, absortibundos;
y al sorber del panteón
las nuevas necropolieces,
mostrará admiracione:s
la glauca generación.
Siglos y siglos, pasados,
persistiréis en los puestos

en que os puse, mis enhiestos
remembros petrificados.
¡Oh! Pomas de mi intelecto
que con mi cincel mondé,
y en las que exterioricé
personificante efecto;
aquel que os formalizó
os ruego que los laureles
recojáis del Praxiteles
que forma vivida os dió.

APULSO BIS

PRAXITELES y DON JUAN

JUAN Me alegro de verle bueno.
PRAX. Perdonad; es la hora parda
y el dueño en su casa aguarda
las llaves.

JUAN ¿Sois el sereno?
PRAX. La equivocación disculpo...
JUAN Como con linterna vais
y la hora me cantáis...

PRAX. Yo no sereneo, esculpo.
JUAN Ah, sois vos el escultor
que esto ha panteonizado.

PRAX. El que ha praxiteleado
cuanto veis en derredor.
Los que enterrados están,
intelectualientes fueron
que poesías leyeron

JUAN del glaucófilo don Juan.
PRAX. ¡Sapristil! ¿Tan glauco fué?
Mucho; cuentan que en la fonda
tomaba sopas con honda
y merluza con rapé.

Para él, eran Calderón,
Lope, Zorrilla y Cervantes,
unos percebes andantes.

JUAN Y le sobraba razón. (Con petulancia.)

PRAX. (Señalando á las estatuas)
Todo se compró á propósito,

y el pago, tocatejeado,
éste es de cemento armado, (Megia.)
(La estatua se inclina como para caerse y vuelve a
quedar inmóvil; ellos se asustan.)
como el del tercer depósito (1).

JUAN (Delirante.)

Aquí estoy, piedras nerviosas
pletórico de armonía,
enfermo de poesía
y de ideas verdegosas...

PRAX. (A parte.)

¡Un glauco!...

JUAN (Delirando.)

La fronda... el florio,
la tortuga cataléptica
y la libélula escéptica...

PRAX. Señor...

JUAN Soy don Juan Tenorio.

PRAX. ¡Don Juan Tenorio!

JUAN Sí tal;

y si pronto no te alejas
y las llaves no me dejas,
te recito un madrigal.

PRAX. Tomad. (A parte.) No quiero «foscra»,
ni «gemmas», ni «flatos líricos».
Ahora, los guadalquivíricos
le aguanten la guillardura.
(Ha entregado las llaves y emigra.)

APULSO TRINO

DON JUAN, deambula, arroja las llaves al suelo; da en el pie de la
estatua de la derecha, y como ésta es de piedra doliente, se duele y
vuelve al reposo estático

Mi genitor se gastó
en esto mi metalla,
á mí, plin; al otro día
la hubiera naipeado yo.

(1) Las estatuas, traje blanco, del día, leyendo libros, la del
Megia sobre el pedestal; al otro lado otra estatua en el suelo reclina-
da en otro pedestal y leyendo otro libro.

No protestaréis de mí
si con la Parca os casé;
si mal os talamicé,
bien os necropolici.
Impóndera es, ciertamente,
la idea del panteonaje
y... place al corazonaje
la noche oscura y silente.
Como esta noche tan calma,
pasé más de mil á solas
con el ladrar de las olas
y los molinos del alma.
Sí; pasados esos lapsos,
cuyos remembros me pánican,
siento que aquí me titánican
opalescentes colapsos.
¡Oh! Tal vez me los emita,
como albescencias de aurora,
esa sombra auspiciadora
que, por mis versos, no halita.

(Rumbea hacia la pétrea remembranza de doña Inés,
palabreándola reverente.)

Lapidante doña Inés,
corporal é inanimácea,
deja que un alma violácea (De violón.)
plañá brevente á tus pies.

(Se quita el gabán; lo limpia, busca donde colgarlo,
piensa en la estatua de Megia, pero remembra que se
cae y lo perchea en la estatua de la derecha que no
es don Gonzalo; enciende un cigarro. Todo esto du-
rante los versos que siguen.)

Te llevé, tiempo á través,
en mi cerebral armario,
y hoy, que, como antidotario,
tu amor busca con afán,
te halla metida don Juan
en tu estuche funerario.
En ti sólo remembré
desde que Villadiegui,
y, desde que me esfumi,
volver encefalicé.
Yo tan solo esperancé
de tu espíritu el santuario,
y hoy que retorna precario,

cual lacrimente caimán,
solo se encuentra don Juan
con tu estuche funerario.
*Liliácica doña Inés,
*cuyo peplo de bellencia
*argastuló en sepultura
*quien plañendo está á tus pies,
*si, de esa piedra, el revés
*te refleja el inventario
*del que te adoró anhelario
*como al fauno adoró Pan,
*localidiza á don Juan
*en tu estuche funerario.
*Germinaste por mi bien,
*por tí, vívida camelia,
*he pensado en la eutrapelia
*de la vida, en el andén.
*Si; en el momento presén,
*como efluvio de incensario,

*veo un ser imaginario
*que nimbifica á don Juan,
*y se exhaustece mi afán
*en tu estuche funerario.
¡Oh! Inés de mi convivencia,
lejánica luz de Eriro,
madrigalizante lirio
de mi bohemia existencia,
si de tus labios la esencia
llega al celestial estuario,
y hay alguien tras el muestrario
de astros que fulgiendo están,
di que atalaye á don Juan
en tu estuche funerario.

(Gravitoequilibra en el aposento necrodúlico, celip-
sando su personal frontispicio; y mientras estatiquiza,
una emanación nefeloidé que emerge de la vitrina ne-
crodúlica, pantallea la pétrea remembranza de doña
Inés. Cuando la nefeloidé emanación se esfuma, la pé-
trea remembranza se ha invisibilizado. Don Juan sur-
ge de su estupefacientismo.)

Esa luna cuadrantal
las glauqueces me refresca;
luna miliunanochesca,
abracadabrante y... tal.

¡Cielos! En el sustental
no está el mármol estatuario;
aquel contorno Inesario,
¿fué de mi mente un desmán?

APULSO CUARTO

DON JUAN. La cabeza de DOÑA INÉS aparece en el cáliz de una
rosa, tulipán, girasol ó de otra megafior de las que rodean el
sepulcro

INÉS No hay tal estuche, don Juan
ni tal mármol funerario.
JUAN ¡Aun vives! ¡Dime cómo!...
INÉS Vida me dió Floralia:
(Música dulcidea dentro; aría de las flores en Fausto.)
Al morir y enterrarme en este sitio
he sido, en estas flores, transformada;
mis colores, flores;
mis despojos, plantas.
Mi cerebro dió jugo á las violetas;
mi tronco, á los claveles y á las dalias;
los floralios colores, son los míos,
y mi aliento, enfriado, su fragancia;
mis colores, flores;
mis despojos, plantas;
flores gilbas,
flores gualdas,
flores grises,
flores glaucas.

JUAN Pues ya eres mía; voy á trasplantarte.
INÉS De hacerlo, guarda;
en tocando tus manos estas flores,
quedarán marchitadas
y dejarán de ser para *in eternum*,
mis colores, flores;
mis despojos plantas.

JUAN (A parte.)
Cuando flautas, pitos,
cuando pitos, flautas.

INÉS Si dejas, por impura,
la poesía glauca,

vendrás al lado mío cuando mueras;
tus raíces serán entrelazadas
con las mías, pues han de ser entonces,
tus colores, flores;
tus despojos plantas.
(Se oculta. Cesa la melopea.)

APULSO QUINTO

DON JUAN

¡Pasad, sombras zigzagueantes,
pasad, nubosos arpegios
de amorosos florilegios
y de nimbos ronroneantes!
¡Flores abracadabrantes
tintadas de rosicler,
dejad de retrotraer,
á mi cerebro cansino
el aromencia divino
del ángel que os diera el ser.
(Pausa.)
Culpa mía no fué; mordiome un glauco
y el virus me infiltró de la glaucencia
y, metido de lleno en el embauco,
en vez de «aroma» pronuncié «aromencia».

APULSO SEXTO

DON JUAN, ESTATUA DEL COMENDADOR y otras (1)

ESTAT. Aquí estoy.
JUAN ¡Cielos!
ESTAT. Don Juan;
vienen en mi compañía
los que con tu poesía
mataste con glauco afán.

(1) Las estatuas bajan de sus pedestales; la de la derecha saca
bandeja con fuego y ceniza. La del Comendador lleva rollo de pa-
peles y toma actitud artística.

JUAN ¡Yo! ¡Jesús!

ESTAT. ¿De qué te alteras,
si al glauco nada hay que asombre
pues pinta morado al hombre
y verdes las calaveras?

JUAN ¡Terrible verdad! (Campanas y música alegre.)

ESTAT. En vista
del modo conque procedes
en todo, veré si puedes
con mi cena modernista.

JUAN ¿Y qué me das de yantar?

ESTAT. Ahí, fúegaje; ahí, cenizaje.

JUAN Se me encrespa el cabellaje.

ESTAT. Hoy vas a combustionar.

JUAN ¿Y esas campanas que allá
suenan híbridas?

ESTAT. Por ti
doblan.

JUAN ¡Doblando por mí!

ESTAT. ¡Que desdoblen!... No será.

JUAN ¿Y aquella gente que reza?

ESTAT. Es tu entierro.

JUAN ¿Muerto yo?

ESTAT. El globo hecatombizó
y caíste de cabeza.

JUAN ¡Ah! En todo lo que escribí
el castellano insulté,
palabras introducí
y con ellas consoné,
es decir, consonantí;
el glauco quintaesenció
si el consonante fué en e;
si fué en i, quintaesencié
y en todo escrito dejé
remembro glauco de mí.

ESTAT. Don Juan, á los cielos ruega,
pues no hay conmiseración;
dame la mano.

JUAN ¡Perdón!

ESTAT. Ven conmigo á la delega.

JUAN Aparta, forma estatuida;
suelta mi braceante remo
que aun queda una gemma, ó gemmo
del nenúfar de mi vida.

APULSO FINAL

DICHOS Y DOÑA INÉS

INÉS Don Juan perdonado está;
de lo glauco acepto el rito
porque de lo glauco escrito
quedará algo bueno.

ESTAT. ¡Quía!

INÉS Cesad, cantos necrodúlicos.
(Cesan los cantos.)
Callad, clérigos de bronce.
(Cesan las campanas.)
Sombras, volved al esconce
de vuestros nichos abúlicos.
(Melopea. El sepulero Inesario se transforma en auto
móvil, en el que suben doña Inés y don Juan.)

JUAN ¡Estro glauco! Gloria á ti.
Dirán los guadalquivíricos
que con mis glaucismos líricos
un extremo introducí;
al contrario, queda aquí,
á los clásicos, notorio,
que un poeta perfunctorio
de subintelectualencia
refrescó con su glaucencia
el anticuado Tenorio. (Boeina de automóvil.)
(Se destabilla el caladaris.)

A dormir

PARA BUTTARELLI

ALMA ENERO (1)

Vagamente,
lentamente,
suavemente,
sutilmente
cae la nieve silenciosa,
rumorosa,
sobre el suelo del país;
trís, trís,
nieve blanquinosa,
trís, trís,
del cielo gris.

Se ve entre vapores vagos
llegar á los Reyes Magos;
hay en sus cabezas santas
una viva refulgencia
y se arropan en sus mantas
de Palencia.

Montados en sus camellos
van tan bellos, van tan bellos,
que hay que postrarse á sus plantas;
no sienten concupiscencia
y se arropan en sus mantas,
en sus mantas de Palencia.

(1) De don Miguel de San Román.

Los serenos grigritean;
rumorean las tabernas y casinos,
y noctámbulos, tejean
los mininos.

¡Rumorean! ¡Grigritean! ¡Hermoso! ¡Onomatopético! etc.

ALMA FEBRERO (1)

Ya el sol se destapa;
ya el frío pasó;
se empeña la capa,
se saca el reló.
Músicas y estruendo,
máscaras bailando,
carnavalizando
con locante afán,
guitarrotañendo,
serpentineando,
confetibundando
por la calle van
de dominó, dominantes;
de arlequin, arlequinantes;
qué contentas y alegrantes
van por ahí
las muchachas vestidas de máscaras,
cáscaras, cáscaras,
y cuántas máscaras
con el higuí.

¡Serpentineando! ¡Confetibundando! ¡Hermoso! etc.

(1) De don Luis Pérez Dolsa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
1625 MONTERREY, MEXICO

ALMA ARRIL (1)

¡Oh, los campos verdegueantes y florosos
que seestean letabundos y jocosos
arrullados del follaje por el túrgido frú-frú!...

Ven aquí tú.

¡Oh, la pompa de los cielos donde el rey sol se empavona,
semejando entre los nimbus una inmensa pelucona,
que saludan los cuclillos con su fétido cu-cúl!...

Quiéreme tú.

¡Cómo cantan los cucos en los bojes!
¡Cómo cantan los cucos en los relojes!
¡Cómo canta el cuclillo sobre el bambú!...

Amame tú.

En las fimbrias ondulosas, zigzagueantes, de los lagos,
con acordes tenues, vagos,
verdes ranas crocrotean su sinfónico croar,
mientras cae de la fuente
el monótono glú-glú...

Cucú
cantaba la rana,
cucú...

Quiéreme tú.

—
¡Letabundos! ¡Crocrotean! Hermoso! etc.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Los asistentes, juguete en un acto.

La cantina, sainete en un acto.

Las olivas, cuento en un acto.

El Regimiento de Lupión, comedia en cuatro actos.

El filósofo de Cuenca, comedia en tres actos.

El figón, juguete en un acto.

Los notes ó el gran sastre de Alcalá, sainete en un acto, en
colaboración con D. Juan Colom.

La güelta é Quirico, juguete en un acto.

El teléfono, juguete en un acto.

El himno de Riego, episodio histórico en dos actos

La vocación, comedia en dos actos.

De Madrid á Alcalá, sainete en un acto y tres cuadros.

Tenorio modernista, remembrucia enoemática y jocunda
en una película y tres lapsos.

Pescar en agua dulce, paso cómico en un acto y tres cua-
dros, escrito para bululú.

Lance inevitable, juguete cómico en un acto y tres cua-
dros.

(1) De don Zacarías Ilera Medina.

EG

P
A